
LA BORDADORA DE TREVISO

NOVELA.



Era ya el tercer día de lluvia, y las alamedas y paseos del bosque y del jardín que rodeaban la casa de campo en que estábamos se iban convirtiendo en arroyos. Los que allí nos encontrábamos reunidos habíamos hecho cuestión de honra los dos primeros días que nuestro buen humor fuera tan inagotable como en nubes el cielo; y en el gran salón de cinco ventanas; ante las cuales florecían las adelfas, aluviones de chanzas, borbotones de risa y agudezas picantes se repetían sin interrupción al golpear de las gotas de agua en el arriate de fuera. En este tercer día, sin embargo, aun los más joviales de los que estábamos encerrados en esta nueva *arca* llegaron á darse oscura cuenta de que acaso fuera el diluvio más terco que sus buenas disposiciones. Verdad es que ninguno se aventuraba á quebrantar el voto de aguantar esta visita en corporación, hecha dos días ántes, escabulléndose hácia su cuarto y aburriéndose allí con sus propios recursos; pero la conversacion general, los juegos, las explosiones espontáneas de ingenio y chispa, habian decaido algun tanto desde que un profesor, que pasaba por gran meteorólogo, habia declarado que en vez del cambio á *buen tiempo* que predijo, marcaba entónces su barómetro un nuevo descenso mercurial. Habia conseguido un segundo barómetro y estaba en aquellos momentos investigando sériamente las causas de estas discrepancias entre los dos profetas. Su mujer, mientras tanto, pintaba silenciosamente en colores sobre papel gris la sexta flor de nenúfar. Elena estaba colocando las piezas del ajedrez en su tablero por sétima vez, y Ana, sentada en un rincón junto á la cuna de su niña, espantaba con un abanico

los insectos y al mismo tiempo trataba de descifrar los acertijos y charadas de un almanaque abierto sobre sus faldas. El joven doctor con quien jugaba Elena vió en este intervalo de silencio una oportunidad para hacer justicia á una anécdota rústica; pero de repente quedó cortado, al recordar que la habia referido el dia ántes. El marido de Ana, atento al sagaz dicho de Shandy de que se sufre mejor todo género de disgustos mentales y de perplejidades en una posicion horizontal, se habia estirado tan largo como era en un antiguo sofá de cuero, y soplaba hácia el techo, formando lentas espirales azules con el humo de su cigarro, casi apagado.

Contrastando con estos esfuerzos, más ó ménos coronados por el éxito para sobrellevar cada uno su suerte, llamaba la atencion un hombre de cierta edad por el intempestivo y alegre ademan con que continuaba dando paseos por el salon, con las manos entrelazadas en la espalda: algunas veces se detenia un instante junto á la mesa de ajedrez, ó echaba una mirada por encima de la pintora, ó movia al pasar dulcemente su mano sobre la cabecita de la niña que dormia; pero todo esto parecia hacerlo inconscientemente y cual si estuviera absorto en un órden de pensamientos completamente extraños al lluvioso presente, y relacionados con un clarísimo pasado ó con un claro porvenir.

—¿Qué estará Vd. revolviendo en esa cabeza, querido Erminus?—preguntó Eugenia que acababa de volver de una excursion de ama de casa á la cocina y despensa.—Aquí estamos todos sacando fuerzas de flaquezas para tolerar esta incesante agua, y el rostro de Vd. señala buen tiempo; más aún, tiene una especie de irradiacion solar, como si fuera de novio en vísperas de secreta boda, ó cual si hubiera Vd. escrito la última página de un libro ó se viera libre de un dolor de muelas de veinticuatro horas consecutivas. Venga Vd. acá, confiese en seguida lo que esto significa, ó sospecharemos que no es más que un regocijo grande, nada santo por cierto, de vernos así á los que no venimos al campo, como Vd., con el deliberado propósito de encerrarse en un cuarto lleno de libros.

—En este punto puedo daros satisfaccion completa, mi

buena amiga—respondió con una carcajada el que habia sido interpelado.—Por esta vez, aunque estoy gozando interiormente, nada tiene que ver la malicia: y las otras hipótesis son, á Dios gracias, igualmente infundadas; más diré, una de ellas imposible en la actualidad, supuesto que difícilmente podría tener la cara alegre, si despues de independendencia tan larga, me hubiera comprometido á someterme una vez más al gobierno de las enaguas. No; lo que mantiene mi buen humor, á despecho de lo que nos sucede, es ni más ni ménos que un lindo cuento que me encontré ayer revolviendo mis papeles viejos, y que ahora anda persiguiéndome como persigue una melodía favorita al oido y se repite constantemente.

—¿Un cuento, y lindo además?—dijo la artista.—Inmediatamente es preciso que nos lo diga Vd. sin hacerse de rogar. ¿Habiendo convenido en la comunidad de bienes de todas clases mientras dura la lluvia, pretendia Vd. quedarse con su lindo cuento para Vd. solo? Eso sí que seria *lindo* verdaderamente; ¡tendria que ver!

—Pero, tal vez, pueda no ser del gusto de ustedes—replicó Erminus, manteniéndose de pié á su lado y metiendo en un ojal el largo tallo de una flor de nenúfar.—Yo al ménos doy tan poca importancia á muchas historietas de las que han alcanzado gran boga en nuestros dias, que estoy hace tiempo convencido de que mi gusto está ya fuera de moda, muy á la antigua, sin adelantar un ápice con los años. Pero por mi calidad de historiador puedo consolarme. Nosotros no dependemos enteramente de la última novedad, y acaso los manantiales que recorro para la *historia* han estropeado mi paladar para *historietas*, tales como hoy en dia se escriben y saborean. La diferencia entre el estilo de grabado en madera de un antiguo cronicón de una ciudad, y la menudencia fotográfica y estereoscópica y el pulimento de una novela moderna es grandísima. En el uno todo es material tosco, moles rara vez labradas como se quisiera y agrietadas, asuntos tan revueltos que solamente un experto ó verdadero *amateur* puede encontrar lo que necesita; en nuestros artificiales tiempos modernos, por el contrario, todo está tan suave y pulido, tan sabido y premeditado, tan reducido á mera forma y es-

tilo, que á menudo el asunto se desvanece, el *qué* se olvida por el *cómo*, y debido á la muy psicológica fineza del narrador, llegamos á ser casi indiferentes á los séres humanos que nos presenta. Yo por mi parte ocupo todavía un punto de vista tan anticuado, que en toda narracion busco el interés principal en la narracion misma; uno puede referirla mejor que otro, pero para mí eso tiene muy escasa importancia. Si un suceso real ó evocado por la imaginacion me impresiona en la tosca é incompleta version de una crónica antigua, prefiero no verlo ataviado con los miriñaques del estilo, y dejar que supla mi capricho las omisiones. Pero ustedes los modernos—y lanzó sarcástica mirada al jugador de ajedrez y al fumador—no se satisfacen hasta que visten con todos los adornos concebibles cada historieta de cualquier clase, aun cuando su mayor belleza sea la desnudez con que Dios la hizo.

—Cada edad tiene su modo particular de vestirse, y *nolens volens*, tenemos que conformarnos con la moda—dijo la reclinada figura del sofá sin molestarse en lo más mínimo ni hacer el más pequeño movimiento.

—Y cada edad actúa y refiere sus propias historias—interpoló el jugador de ajedrez.—Mientras prevaleció el derecho del más fuerte, las consejas fueron decididamente materiales en su interés, desde Aquiles hasta el noble caballero de la Mancha. Desde que la vida se ha hecho más espiritual, y más internos sus incidentes, no pueden ser expresados estos al exterior con unas cuantas pinceladas rudas, como sucedia con el romance de daga y espada de la Edad Media. Ya no bastan meros contornos con un poco de luz y sombra; nos hacen falta todos los matices del color, las más delicadas gradaciones del tinte, y todos los encantos del claro-oscuro; y así como nosotros mismos nos hemos hecho en gran parte hombres de sentimiento, así tambien el que un autor manifiesta en pró ó en contra de los caracteres que crea no puede sernos ya indiferente.

—Sí, sí, ya sé—replicó Erminus;—poca carne y mucho espíritu, esa es la divisa del dia. Pero sucede que yo soy justamente hombre de las edades medias no sentimentales, aunque no en el sentido romántico, y por consiguiente, lo mejor será

que me guarde mi cuento para mí solo, porque su estructura no es ni por asomo adecuada al ropaje de los días que corren: y al mismo tiempo, que los poetas aquí presentes podrían volver la cara disgustados de su forma decididamente á la antigua; temeria por otra parte, espantar á las damas con sus incidentes, aun cuando por mi parte lo considero ajustado á la moral más pura.

—Supuesto que nosotras creemos á Vd. persona de moralidad—dijo Eugenia,—su afirmacion nos induce á escuchar la narracion sin escrúpulos.

—Mucho más cuando no hay ninguna entre las presentes que ya no esté confirmada—añadió Elena.

—Con la excepcion de la inocente que duerme en la cuna—observó Ana;—pero no parece sino que cierra los ojos para no enterarse.

—Entónces, respecto á este punto puedo creerme autorizado para aventurarme—dijo Erminus.—Pero ahora un temor súbito me asalta, de que este favorito mio que tanto me gustó en privado, pueda mostrarse torpe y sin atractivos si le presento á tan exigente círculo: el cronista viejo de quien copié estas pocas y mal perjeñadas páginas, únicamente para mi exclusivo placer, no era, lo confieso, un poeta como Bocaccio y sus compañeros, aunque en esta historieta se les acercó muchísimo.

—No perdamos más tiempo en preámbulos—dijo el profesor.—Lo peor que puede suceder á esa historieta es que un poeta la considere como material en bruto, y si sigue lloviendo quince días más, haga con ella una tragedia ó comedia que quede como mancha del teatro.

—Sea pues,—balbuceó Erminus, ya puesto entre la espada y la pared, y salió para ir á buscar su cuento.

No tardó mucho en regresar, con una cartera bajo el brazo, de la cual sacó un rollo de papeles.

—Veinte años tiene ya el manuscrito—dijo, tomando asiento al lado de una ventana y desplegando las hojas sobre sus rodillas.—Dió la casualidad que me encontraba yo entónces reuniendo materiales para una historia de las ciudades lombardas, y habia llegado á Treviso, en cuyos archivos munici-

pales y en los tesoros de las bibliotecas de sus claustros esperaba encontrar lo que por desgracia no cayó en mis manos. Solamente en los Dominicos de San Nicolás tropecé con una crónica notable, cuya fecha se remontaba á fines del siglo XIV, que de buena gana hubiera comprado á los buenos frailes: pero todo lo que entónces pude conseguir fué que me dejaran sacar copia en el helado refectorio de cuanto creyera útil á mi propósito, bajo la vigilancia de un hermano Antonio. Estas cuartillas conservan señales del fragantísimo vino de color de rubí del convento, con el cual de cuando en cuando regaba mi garganta para limpiarla del polvo de la crónica, hasta que despues de muchos y muy áridos episodios, descubrí la historia de la hermosa Giovanna, que como manantial de refrescante agua en arenoso desierto, me confortó de repente más que hubiera podido hacerlo el mejor vino. Empiezo á leerla.

—«En este tiempo (la crónica se refiere á los primeros veinticinco años del siglo XIV) existia una disension amarga entre la ciudad de Treviso y la inmediata de Vicenza, que se originaba aparentemente en asuntos públicos triviales, pero alimentada con secretas envidias, como la llama con chispas que insensiblemente lleva el viento hasta ella. Los habitantes de Vicenza llamaron á los venecianos en su ayuda y pudieron de este modo apoderarse con rápida maniobra del castillo de San Salvador del Collado primeramente, y conquistar en seguida la mismísima ciudad de Treviso; y solamente despues de castigarla con la mayor humillacion y de imponer un considerable tributo, consintieron en retirarse, sobrecargados de botin y rehenes. Tan pronto como transcendieron estas ocurrencias, y el rumor llegó hasta Milan, nadie se encolerizó más que un jóven noble perteneciente á nuestra saqueada ciudad, llamado Attilio Buonfigli (hijo del ciudadano más distinguido de Treviso y sobrino del alférez de la ciudad, Marco Buonfigli), el cual habia sido, en tiernísima edad, enviado como paje á la casa del noble Mateo Visconti, y que en la época á que nos referimos contaba ya veinticuatro años de edad y tenia mucha instruccion y práctica en todas las artes de la caballería. No bien supo la desgracia sobrevenida á su

hermosa ciudad natal, juró no volverse á quitar la cota de malla, ni aún para dormir, hasta haber tomado venganza del insulto; y con el mismo objeto obtuvo de su señor licencia para ausentarse, y salió por una de las puertas de Milan con algunos amigos, todos armados de todas armas y á caballo. Y como ya, jóven como era, se habia hecho un esclarecido nombre en las contiendas de los Viscontis, tan pronto como su propósito fué conocido, corrieron de todas partes jóvenes aventureros á jurarle obediencia y fidelidad como á su *Condottiere*, para que los llevara, como le viniese en voluntad, contra cualquiera clase de enemigos.

En consecuencia, así que hubo asegurado un número de hombres suficientemente grande para salir al encuentro de los venecianos, envió mensajes secretos á Treviso, para informar á su padre y á su tío de sus planes y del dia en que se proponia atravesar las puertas de Vicenza para pedir reparacion de los daños sufridos: deberian ellos estar prontos para apoyarle, y con la ayuda de Dios colocarian los piés en los cuellos de sus contrarios.

Y así en verdad vino á suceder, y todo fué tan juiciosa y sesudamente llevado á cabo, que los de Treviso consiguieron sorprender á las tropas que se retiraban hácia Venecia y arrancarles botin y rehenes; mientras que el jóven Attilio quedaba victorioso en el mismo dia en reñido encuentro con los de Vicenza junto al riachuelo de Bacchiloni. Una sola cosa nubló la alegría de nuestra buena ciudad. El jóven vencedor habia recibido profunda herida en la garganta causada por espada vicentina, y durante algunos dias estuvo su vida pendiente de débil hilo. Su mismo padre y tambien su noble madre le asistieron en la casa principal de la conquistada ciudad, que pertenecia á su más importante ciudadano, Signor Tullio Scarpa, cuyo hijo mayor, llamado Lorenzaccio, habia sido siempre uno de los enemigos más encarnizados de Treviso, y tanto, que miéntras el herido héroe permaneció viviendo en el hogar paterno, nunca aquel atravesó los umbrales. Esto solo sirvió para que la jóven Emilia, única hermana de Lorenzaccio mirase con gran ternura á Attilio, aunque adversario de su ciudad; y de tal modo que los padres de este llegaron

á apercibirse de su parcialidad y empezaron á ver en ella una esperanza de que se transformasen en amistad y buena correspondencia las añejas envidias y mala voluntad entre las dos ciudades, por medio de la union de sus dos principales familias.

Y mientras se cicatrizaba su herida, en una hora de confidencias, Attilio fué inducido por su querida madre á aceptar la idea, viendo que nada tenia que alegar en contra, supuesto que su corazon estaba perfectamente libre y la jóven vicentina era doncella honesta. En secreto, sin embargo, sentia él repugnancia á tomar por esposa á una hija de aquella ciudad; aun despues de sus esponsales se mantuvo apartado de la doncella y con alegría hubiese roto del todo, á no temer sembrar los gérmenes de nuevos ódios entre las crecientes mieses de la paz. De este modo se pasaron seis ó siete semanas, y el médico declaró que ya el herido no correria ningun riesgo en montar á caballo, embrazar el escudo y enristrar la lanza, aun cuando creia prudente evitar por algun tiempo todavía el peso del lorigon de acero. Se decidió, por lo tanto, que se pusiera en marcha para Treviso, á donde le seguiria á las pocas semanas la novia con su parentela, por haber resuelto la rescatada ciudad celebrar el matrimonio de su noble hijo y libertador con todo el esplendor posible. No habian desperdiciado los buenos ciudadanos este tiempo, pues prepararon para su idolatrado héroe, cuyo nombre movia todos los lábios, una entrada más triunfal que la acordada en todos tiempos á príncipe alguno.

Entre otras ofrendas que la ciudad queria hacerle, habia una bandera que su propio tio debia entregarle en nombre del Consejo entero; una verdadera maravilla por el material y la habilidad del trabajo. El asta, de diez piés, era de pulimentado roble, ornamentada con tachuelas de plata; el mango estaba sembrado de rubíes y la punta era dorada, de modo que cuando el sol la heria, deslumbraba. De este asta pendia pesado pendoncillo de brocado de plata, en el que estaba representado un grifo de oro—la cresta de los Buonfigli coronada con la corona mural de Treviso—ahogando una serpiente roja, cuyas enroscaduras eran tan naturales, y cu-

bierta ella con tan hermosas escamas de oro, que parecia ser una culebra viva retorciéndose ante la vista. Sobre esto habia una inscripcion latina en flamantes letras, que decia: *No temas, que yo te libraré.*

Este maravilloso trabajo de hábil aguja habia sido hecho durante las seis semanas que Attilio habia estado curándose de la herida, por una doncella, cuyo talento para la ejecucion de obras en oro, plata y seda, merecia con justicia las alabanzas de propios y extraños. El nombre de esta doncella era Gianna, esto es, Giovanna la rubia, porque sus cabellos eran exactamente como brillantes hilos de oro, tanto, que con trenzas de ellos y sin nada más, habia bordado un pendon de iglesia para la Vírgen Bendita de la capilla de San Sebastian. Se habia cortado esas trenzas por excesivo dolor cuando su prometido, que se llamaba Sebastian, bravo y hermoso jóven del distrito, murió de viruelas algunas semanas ántes de la fecha señalada para el matrimonio. Tenia en aquel entónces diez y ocho años de edad y era objeto de tantos tácitos deseos y de tantos expresos galanteos, que á menudo habia oido á la gente profetizar que ántes de que sus cabellos volvieran á crecer tendria su novio un sucesor. A cosas como estas nunca contestaba ella ni sí, ni no, bajando los ojos tranquilamente sobre sus labores, como quien tiene los oidos y la mente cerrados á vagos dichos del mundo. Desmentian los hechos estas profecías, porque continuaba viviendo como si por el voto de ofrecimiento de sus cabellos á la Madonna, se hubiera entregado ella misma á doncellez perpétua, y nunca pensó en que ningun hombre pudiese desadujar las trenzas que ya ella otra vez devanaba alrededor de su cabeza ó ensortijar con los dedos su suave oro.

Muchos creyeron que se retiraria á un convento, porque daba la preferencia á trabajos en vestiduras de iglesia y paños de altar y se mantenia alejada de toda diversion pública; pero tambien contradecia esta opinion y parecia estar más contenta segun iba pasando el tiempo, aunque siempre más propensa á escuchar que á hablar; y despues de la temprana muerte de sus padres se mudó á una casita en una torrecilla de las murallas de la ciudad, que dominaba magnífica vista

sobre las pacíficas praderas regadas por las aguas del Piavesella y Rotiniga. Allí, con una anciana sorda, su dueña, vivía fuera de comentarios ó censuras hacia más de diez años, y nadie entró en su casa en este tiempo, á no ser alguna que otra vecina de vez en cuando, ó alguna dama noble de la ciudad que venía para ordenarle alguna obra. Con frecuencia, también se veía á uno de los padres espirituales de la ciudad levantar el aldabon de la puerta. En estas ocasiones llamaba á la dueña y la hacía estar en el cuarto durante la visita, y de este modo tenía á raya á la malicia. Aunque no dejaba descansar su aguja sino en los días de fiesta, y aunque salía poquísimas veces fuera de puertas, conservaba su belleza tan sin par, que si alguna vez daba en domingo un paseo por las murallas al fresco de la tarde ó en los bosques vecinos, acompañada por su vieja sirvienta, todos cuantos veían sus grandes ojos negros vigilando con calma entre sus rubias pestañas, quedaban estáticos y como traspasados, contemplándola despues de pasar; y aun extranjeros y distinguidos nobles que no conocían su carácter y que no querían dar crédito á los informes que la concernían, la hicieron muchas declaraciones, esperando poder convencerla á renunciar á la soltería. Pero dió la misma respuesta á cada uno y á todos, á saber, que la vida que hacía le era ya querida y familiar y que no tenía intención de cambiarla por otra.

Así había llegado á los treinta y dos años cuando estallaron las disensiones entre las dos ciudades vecinas, y como buena hija leal de Treviso, sintió tan amargamente todas las desgracias y humillaciones que cayeron sobre esta ciudad, que su liberación por el brazo valiente de un jóven compatriota á quien nunca habían visto sus ojos, la impresionó como portentoso sobrenatural, y era el libertador para ella ángel de flamígera espada. Jamás había emprendido con tanta alegría una tarea ni la había ejecutado con tanta habilidad é industria como esta bandera que la ciudad pensaba ofrecer á su triunfador hijo en su entrada; y cuando llegó el solemne día y todo el que en Treviso no guardaba cama por su mala salud se buscaba un sitio en plaza ó calle, en puerta ó ventana, y aun en los mismos tejados de las casas, desde el cuál arro-

jar flores y congratulaciones sobre Attilio Buonfigli, la rubia Gianna no pudo sufrir por más tiempo su estrecha morada, aunque la verdad es que podía haber visto bastante bien la procesion desde la ventana de la torrecilla. Se procuró un asiento en una tribuna gayamente decorada cerca de las salas capitulares, desde donde podía ver al héroe de muy cerca, y se vistió su mejor traje; un corpiño de tisú de plata adornado con terciopelo azul, y una falda de lana de hermoso azul claro, llevando sus cabellos á la moda de la época, ricamente entretejidos con cintas de seda; y estaba tan bella, que una hora antes de la entrada ya hubo apreturas en las calles y muchas exclamaciones de asombro, cuando, así ataviada, se la vió ocupar un puesto al lado de una amiga. Pero ántes de trascurrir mucho tiempo se separaron de ella los ojos de la multitud y se fijaron impacientemente en el extremo de la calle por donde debia cabalgar el héroe. Parte del consejo de la ciudad habia salido una milla al ménos fuera de puertas para encontrar y presentar sus respetos á él y á su familia. Su tío, el alférez (*Gonfaloniere*), permanecia á pié con el resto del consejo de la ciudad, en los escalones de las casas consistoriales, cubiertas de costoso paño rojo, del cual una ancha tira se extendia atravesando la plaza hasta la puerta de la catedral; modo de preparar el camino, reservado hasta entonces tan sólo para los personajes consagrados y ungidos.

Pero, ¿quién se atreve á describir la impresion verdaderamente maravillosa é inefable que en todos se retrató, cuando al fin Attilio á la cabeza de su escolta entraba por el extremo de la calle, ginete en su bayo corcel de batalla, enjaezado de carmesí? Llevaba un sencillo traje: una cota de malla de acero puesta sobre un tabardo; sin otras armas que una espada; adornada la cabeza solamente con sus oscuros rizos negros; los contornos de su rostro sombreados por ligera barba, por entre la que era visible al lado izquierdo la ancha cicatriz roja de su herida. Y aunque en el manejo de su fiero corcel probaba su fuerza, todavía cubria sus megillas cierta palidez, sobre la cual de vez en cuando oscilaba modesto rubor cuando miraba en derredor y veia por todas partes cabezas blancas doblegarse reverentemente ante su juventud

triumfante, ó madres que levantaban sus criaturas para que viesen mejor al libertador de la ciudad natal. Pero lo que coronaba el conjunto era el chaparron de flores que tan espesamente de tejados y ventanas caian sobre el héroe, que se ocultaba á veces su figura tras tupido velo de múltiples colores; y su buen caballo, acostumbrado en la batalla á proyectiles completamente distintos, enderezaba las orejas, sacudia las crines y mezclaba su penetrante relincho con las aclamaciones de triunfo y con el clamor de las campanas.

Tan pronto como toda la procesion estuvo reunida frente á las casas consistoriales, Attilio saltó de la silla del caballo y subió apresuradamente los escalones para arrodillarse ante su noble tio y recibir de él la bandera y besar la mano que le conferia honor tan alto. Pero en el momento de incorporarse otra vez y cuando se preparaba á bajar la escalera y emprender su marcha hácia la catedral, se estremeció como por efecto de repentino dolor de cuerpo ó de alma, y necesitó tres minutos lo ménos para recobrar la conciencia del sitio en que se encontraba y de los muchos miles de ojos clavados en él. El hecho era que habia visto en la tribuna de la derecha una cara que, cual vision del paraiso, parecia arrebatarle de la tierra; y cuando los grandes ojos negros le miraron fijamente debajo de sus rubias pestañas con una expresion indescripible, dulce en parte, en parte melancólica, la sangre afluyó impetuosamente á su corazon, palideció como si una flecha le hubiese atravesado el pecho, y á no encontrarse empuñando la bandera, con cuya lanza pudo apoyarse, necesariamente hubiera caido segunda vez de rodillas, y esta vez involuntariamente. Los que estaban más inmediatos y notaron su desmayo lo atribuyeron á su herida y á la fatiga de tan larga jornada á caballo en tan caliente dia, sin adivinar nadie la verdadera causa; y al fin Attilio se rehizo, y, retirando á la fuerza sus ojos del encantador rostro que tenian delante, prosiguió con magestad el camino á la catedral sin volver ni una vez siquiera la cabeza hácia el sitio donde estaban las mujeres.

Todo el pueblo siguió sus huellas, y las tribunas quedaron vacías rápidamente. La última persona que se levantó, sola-

mente cuando su vecina la instó para que lo hiciera, fué Gianna la rubia, quien como si envuelta en ensueños, ó como el que mira en el cielo el surco de una estrella errante, siguió al jóven con sus miradas, hasta que la profunda sombra de la portada de la catedral devoró su altiva forma. Su amiga se preparaba á seguir á los demás para asistir á la misa mayor; pero Gianna alegó una indisposicion, dijo que habia estado sentada demasiado tiempo al sol, y cabizbaja tomó el solitario camino de su casa. Recogió como recuerdo una flor de las que se veian abundantemente desparramadas por las calles; era un clavel rojo pisado por el casco de un caballo. Colocó esta flor en un vaso de agua y consultó consigo misma en secreto lo que deberia pronosticar si conseguia que el clavel viviera.

Su anciana dueña, que habia estado escudriñando la procesion por una de las troneras de la puerta de la ciudad, habló por los codos y se deshizo en elogios de Attilio, admiró el modesto modo de mirar en derredor, ¡él, un héroe inmortal en edad tan temprana! insistiendo más que en nada en el honor y gran fama que con seguridad habria de ganar más adelante, haciendo el nombre de su pueblo natal grande entre las ciudades de Italia, ¡tal vez mayor que las mismas Florencia y Roma! En seguida habló de su prometida, á quien todas las damas forzosamente deberian envidiar, y dudó que fuera digna de él, temiendo seria como su hermano Lorenzaccio, quien tenia la peor reputacion entre los habitantes de Treviso, y más especialmente entre las mujeres. A todas estas observaciones la rubia Gianna nada respondia, ó al ménos poquísimo, y con gran sorpresa de la vieja se sentó junto al bastidor de bordar como si fuera vulgar dia de trabajo, alzando sus ojos de cuando en cuando solamente para mirar al clavel del vaso. Cuando llegó la tarde y con ella el resto de las diversiones, regatas, bailes y hermosos fuegos artificiales, permaneció todavía tranquilamente sentada, mientras que la criada salió á participar de la general alegría.

Tardecito era ya y bien de noche cuando esta regresó, muerta de cansancio y cubierta de polvo, pero todavía con bastante qué decir y llena de profunda compasion por su se-

ñora, que se había perdido tantas cosas buenas á causa de aquel maldito dolor de cabeza. La rubia Gianna escuchaba con tranquilo ademán, no alegre por cierto, pero tampoco triste, y más bien como si no tomara parte en lo que estaba escuchando. En el ínterin había añadido un gran pedazo á la estola que estaba trabajando, y en apariencia no se había movido ni un instante de su silla. Pero el clavel del vaso estaba ya en su más brillante florescencia.

En esto había llegado la noche, y despues que las mujeres acabaron su silenciosa cena, la vieja Catalina, cuyos miembros sexagenarios habían trabajado con exceso durante el día, se acostó en su cama de la cocina. Su señora permaneció en pié, mirando salir la luna sobre la extensa llanura y deslizarse la corriente del Rottiniga; y ahora, en vez de los sonidos festivos de la ciudad, que poco á poco habían ido extinguiéndose, un ruiseñor que tenía su nido bajo la ventana, empezó á cantar una melodía tan dulce y amorosa, que, al escucharla, asomaron las lágrimas á los ojos de la solitaria doncella. Sintió el corazón tan oprimido y con tal peso, que se levantó, apagó la luz, echó sobre sus hombros una capa oscura, bajó la empinada, revuelta y estrecha escalera, abrió la puerta de la ya abandonada calle y salió para dar un paseo al aire fresco de la noche y aquietar los latidos de su corazón. Pero, abstraída como iba en sus propios pensamientos, olvidó cubrir con la capilla su cabeza, y así, aunque la luna no alumbraba la calle, era fácil para cualquier transeunte reconocerla. Y sucedió por una casualidad (como todas en este mundo, obedecia á una voluntad superior) que encontró al mismísimo que andaba rondando en sus pensamientos, como el mosquito en la llama de la vela, todo aquel día.

No podía ser otro que Attilio, quien ya hacia mucho rato, fatigado de todos los honores que se le hacian, y aun más rendido por la jarana y alboroto de la fiesta que por el tumulto de un campo de batalla, había pretextado su herida para deslizarse del banquete y para visitar solo y de incógnito los conocidos parajes donde había jugado de niño. Pero todavía más fuerte fué su impulso y deseo de intentar la suerte de ver otra vez aquellos ojos cuya mirada estaba todavía ardiendo

en su corazón. Había sacado con discretas preguntas de un vecino, que la belleza rubia era la inteligente artista que había bordado la bandera, y había determinado hacerle una visita en su casa al siguiente día, con la excusa de darle las gracias. Y ahora, al mismo tiempo que estaba tristemente reflexionando en todo lo que le había sucedido y había de sucederle todavía, la medio velada figura avanzaba como si estuviera esperándole. Ambos quedaron sin habla por este repentino encuentro. Pero Attilio fué el primero en reponerse.

—Os conozco bien, señora—dijo él, con una caballerosa reverencia al acercarse andando.—Sois Gianna la rubia.

—Y yo os conozco también, Attilio, replicó la hermosa.—¿Quién hay en Treviso que *no* os conozca?

Y con esto los dos quedaron silenciosos, y ámbos se aprovecharon de la sombra de la oscura calle, para contemplarse el uno al otro desde más cerca, y al jóven le parecía que la hermosura de Gianna brillaba en la dudosa luz mil veces más gloriosamente que en pleno día, y ella, por su parte, pensó que sus ojos tenían enteramente otro lustre mientras hablaba con ella, que por la mañana, cuando únicamente la contemplaba mudo desde lejos.

—Perdonadme, señora—replicó el jóven—si ando vagando por esta calle de noche como un ratero que espía un descuido. Mi propósito era visitaros por la mañana y daros las gracias por los grandes trabajos y la maravillosa habilidad que habeis empleado en bordar mi bandera. Si no os desagrada, permitidme, pues os encuentro sola, acompañaros á vuestra casa. Quisiera yo, ciertamente, tener ocasion de haceros mayor servicio para que vierais cuán obligado os estoy.

A estas palabras, la peregrina rubia, aunque generalmente de gran habilidad para encontrar una respuesta, nada tuvo que contestar mejor que esto:

—Mi casa está á seis pasos de distancia no más, y es demasiado humilde para que yo me atreva á invitaros á entrar en ella.

—No digais eso—replicó Attilio.—Aunque fuerais una princesa y yo estuviera autorizado para pedir favores, estimaría como el honor más alto que me permitierais entrar en

vuestra morada y descansar en ella un cuarto de hora; porque á la verdad, estoy fatigado de andar de un lado á otro, y un trago de agua me refrescaria.

A lo cual respondió la de dorados cabellos, aunque no sin titubear y ruborizarse ántes:

—¿Quién negaria al héroe de Bacchiloni, en esta ciudad que él rescató, el vaso de agua que tan cortesmente suplica? Mi pobre casa y todo lo que contiene á vuestro servicio está.

Entónces abriendo la puertecilla le invitó á que pasara, y despues de correr el cerrojo otra vez (porque en los dias de bulla la gente de mal vivir anda por todas partes husmeando los despojos) con cortesía llevó á su huésped de la mano entre las revueltas de la oscura escalera, hasta que casi quedó él deslumbrado, cuando abriendo por fin ella la puerta de su cuarto, vió la blanca y brillante luz de la luna que por completo lo bañaba.

—Sentaos un momento—dijo ella—mientras os traigo el agua; ó ¿queréis mejor reponeros con un vaso del vino común que nosotras bebemos?

El, cuyo corazon latia con fuerza que imposibilitaba la salida de las voces, solamente movió su cabeza, y adelantándose hácia el asiento de la ventana en el cual estaba el bordado, se puso á mirarlo con ansiedad como si quisiera dibujarlo de memoria. De este modo le dejó ella y bajó á la cocina donde su dueña estaba profundamente dormida en una manta que habia extendido en las baldosas para estar más fresca.

—Dueña—balbuceó ella—¿si pudiérais saber quién ha entrado!

Despues de llenar una copa con un gran jarro de piedra que habia en el hogar, se detuvo todavía un momento, comprimió con las dos manos sus ardientes megillas, y dijo en voz baja:

—¡Santa Madre de Dios! precave mi corazon de vanos deseos.

Luego se sintió más fuerte, y despues de colocar un panecillo en un plato de estaño, llevó este y el vaso de agua al Signor Attilio, que en este intervalo se habia sentado á la ventana, y estaba mirando por ella al horizonte.

—Vergüenza me dá—dijo ella—traeros esta racion de cár-

cel, que no otra cosa es pan y agua, pero solamente con extender el brazo fuera de la ventana tropezareis con una higuera cuyos dulces frutos se alcanzan fácilmente desde aquí.

—Gianna—dijo el jóven, tomando el vaso de su mano,—si hubiese de quedarme aquí siendo vuestro prisionero para siempre, nunca desearia otra bebida.

Y tratando ella de sonreirse, replicó:

—Os cansariais de tal prision, supuesto que en el mundo exterior, al lado de vuestra jóven esposa, mil placeres, prosperidades y honores de todas clases os aguardan.

—¿Por qué me lo recordais?—exclamó él arrugando el entrecejo.—Sabed que estos esponsales que me presentais como un cielo en la tierra son para mí el mismo infierno. Débil yo todavía á consecuencia de la fiebre que me produjo la herida, y apenas por cierto dueño de mí, me dejé embaucar y fuí arrastrado á esa detestada red en la que ahora me revuelco como el pez cogido en abrasadora playa. ¡Ay de mi juventud! ¿Por qué mis ojos se han abierto ahora que ya es demasiado tarde? ¿Por qué ha aprendido á sentir mi corazon justamente despues de obligarme, como un mentecato, á un deber maldito?

Y diciendo esto saltó de su silla y paseó dando fuertes pasos que repetia el eco por el cuarto iluminado por la luna, como pantera atrapada en un hoyo y encerrada luego en jaula de hierro. Pero la rubia, aunque alarmada por la vehemencia de esta confesion extraña, estaba lejos de imitar sus arrebatos, y dulcemente dijo acariciando al mismo tiempo con un blanco dedo el boton del clavel:

—Me asombrais, signor Attilio. ¿No es vuestra novia jóven, hermosa, dechado de virtudes? ¿Por qué, pues, considerar como castigo el llegar á ser su marido?

—Aunque fuese un ángel del trono de Dios—exclamó él, quedándose de repente quieto en frente de ella,—esa flor que vuestra mano ha tocado seria don máspreciado para mí que toda su persona con todos sus atributos y virtudes. ¡Ay! ¿Por qué habeis hecho esto conmigo? El que nunca ha visto el sol puede vivir y aun gozar en el crepúsculo; pero desde que mis ojos encontraron los vuestros por vez primera esta mañana,

he conocido que solamente hay una mujer en la tierra por cuyos favores y amor me atreveria á todo y perderia cuerpo y alma; y esa mujer eres tú, Gianna hermosa: y ahora, que me trague la eterna noche primero que volver á meterme de nuevo en el crepúsculo, helado y destrozado, para soñar en mi sol.

Diciendo esto, tomó sus manos como agarrándose á ellas para no caer en el abismo; pero al ver que la cara de la doncella permanecia impassible, la soltó otra vez y volvió á la ventana abierta. Allí se detuvo un rato completamente tranquilo y silencioso, y sólo el ruiseñor en la baja enramada seguia con sus incesantes trinos. De pronto, como movido por resolucion súbita, el jóven se volvió exclamando:

—Pero aun cuando haya que deshacer cuanto está hecho, no consentiré, no sufriré estos lazos y cadenas. Mañana al rayar el alba escribo á Vicenza retirando mi promesa, y despues me alejaré de las dos ciudades y desafiare con espada y lanza á quien osare negar que Gianna la hermosa es la reina de las mujeres.

—No lo hareis, Attilio—repuso la hermosa mirando por encima de él el hermoso cielo de la media noche con mirada llena de calma y fervor.—Que tan repentinamente os hayais sentido impulsado hácia mí y que me hayais concedido tan incalificablemente vuestro afecto, reconozco que es dádiva indeciblemente grande, por la cual, aunque indigna de vos, os estaré agradecida mientras viva. Pero no puedo aceptar esta dádiva sin envolvernos á los dos en la ruina. Reflexionad, amigo mio, cómo estallaria de nuevo la apenas sofocada enemistad de las dos ciudades, si llegarais á insultar de ese modo á la casa de Scarpa, y con ella á toda la ciudad, despreciando á vuestra prometida, que nunca os ofendió ni de palabra ni de obra, solamente porque otra cara os agrada más. Y esta misma cara, aun concediendo que merezca en este momento elogios tan grandes y la pasion que en vos ha encendido, ¿quién puede decir que dentro de un año no habrá perdido todos sus encantos, de tal manera que os preguntéis maravillado cómo fué posible que os prendáseis de ella? ¿No vemos á menudo, cuando termina el verano, que una sola noche de escarcha

basta para dejar repentinamente amarillos y marchitos los árboles que el día anterior estaban verdes todavía? Yo ya he cumplido treinta y un años de edad; vos, amigo mio, estais en la plenitud de vuestra juventud, vos estais todavía trepando la colina, á cuya cumbre he llegado ya. Dejadme, por lo tanto, supuesto que soy la más vieja, ser tambien la más discreta y tener prudencia por los dos. Y con este objeto os declaro mi firme resolucion de que aun cuando llegara á descubrir que vuestro amor es algo más que un repentino capricho, y aunque todas las circunstancias que hoy se oponen se pusieran milagrosamente conformes con vuestros deseos, *jamás* consentiria en ser vuestra esposa; no, *nunca*, aunque vuestros padres en persona vinieran á mí á defenderos en vuestro pleito.

Solamente cuando hubo concluido este discurso se aventuró ella á mirarle, y viendo entónces cuán pálido estaba y cómo se cerraban con desesperacion sus hermosos ojos, se encontró dispuesta por verdadero amor y piedad á contradecir todo lo que se habia visto obligada á expresar con increíble firmeza.

—Buenas noches, señora—dijo penosamente Attilio, y parecia á punto de salir, pero se detuvo todavía y miró al suelo.

—¿Estais incomodado conmigo, Attilio?—dijo ella.

Y él:

—No, por Dios, Gianna, no lo estoy; dejadme solamente partir, porque verdaderamente os he detenido demasiado tiempo, y he hablado como un loco, sin considerar que lo que os ofrecia debia aparecer tan indigno á vuestra vista, que no valiera la pena de aceptarlo y mucho ménos de sufrir conflictos y perturbaciones por su causa. Y así os dejo con humillacion bien merecida, y de nadie es la culpa sino mia de que este día de mi triunfo, que empezó tan alegremente, tenga fin tan lamentable. Adios, Gianna. La bandera que bordasteis, y que esta mañana me parecia el más preciado don, se la regalaré ahora á una capilla, para que su vista no pueda recordarme la mano que con tanta frialdad me ha desechado y rechazado.

Con esto hizo profunda reverencia y se iba aproximando á la puerta, cuando una vez más fué su nombre pronunciado. El corazon de Gianna, que habia estado largo tiempo latiendo

furiosamente, rompió al fin sus ligaduras, y se hizo entender con palabras.

—Attilio—dijo la ruborizada hermosa, perdido ya el dominio de sí misma.—No puedo dejaros marchar de este modo si he de continuar viviendo. Lo que he dicho lo sostengo firmemente, y no intentéis jamás cambiar una jota en ello, porque implica vuestra propia felicidad, que es para mí más cara que la mia. Pero todavía no os lo he dicho todo. Sabed, pues, que desde que mi prometido murió, doce años há, nunca tuve el pensamiento ni el deseo de pertenecer á hombre alguno, y que si he guardado tan pura la joya de mi honra, á decir verdad, no me costó ni esfuerzos ni penas conseguirlo. Porque si yo me estimo en algo, no es por mi pobre y transitoria belleza, sino porque conozco bien que mi espíritu es libre y fuerte y que nunca podría rendirlo obediente al mando de uno más débil que yo ó inferior á mí, como en el matrimonio frecuentemente acontece á la esposa. Y aunque mis pretendientes han sido muchos, jamás encontré uno, cuyo dominio sobre mí no me pareciese esclavitud y degradacion. Hoy por primera vez os ví entrar á caballo en esta ciudad á la que habeis devuelto libertad y honra; cuando ví cuán modestamente inclinabais vuestra cabeza bajo triunfo tan grande, conseguido en vuestra tierna juventud sin demostrar vanidad ni desden, sino recibiendo como mensajero de Dios la gratitud de los que habiais libertado, no pude ménos de decirme á mí misma: ¿Por qué no eres ya bastante jóven para merecer el amor de este manco? Y cuando ví la cicatriz de carmin en vuestra garganta, sentí que hubiera ido con pies descalzos en peregrinacion al Santo Sepulcro, si mia pudiera ser la bendicion de atreverme una sola vez á posar mis lábios en esa sagrada herida. Y despues cuando llegué á casa sabiendo muy bien lo que me habia sucedido, recojí una flor de la calle, esta, vedla, sin más motivo que haber sido pisada por el casco de vuestro caballo, y decidí tenerla bajo mi almohada al ser llevada de aquí á mi último sueño. Y ahora que os he dicho todo esto, repetid, Attilio, si vuestro corazon os lo permite, que esta mano se ha retirado friamente de vuestros dedos.

Entónces presentó sus brazos abiertos á su amante, que

ante ella estaba estático sin habla, como el condenado á muerte cuya sentencia hubiera sido suspendida despues de subir al patíbulo. Ella oprimió la cabeza del jóven contra su mismo pecho y besó la herida por la cual sus lábios habian sentido lástima. Despues, libertándose una vez más de su abrazo, dijo:

—Lo que hago, amigo mio, hecho está con deliberacion perfecta y conciencia, y jamás me arrepentiré, aunque muchos podrian censurar y condenar mi conducta si la conocieran. Os doy la única alhaja que poseo, y que hasta ahora he estimado más que mi vida. Porque atended bien, precisamente en ese mismo sitio en que os encontrais, vuestro futuro cuñado, signor Lorenzaccio, estuvo suplicándome con vehemencia que fuese suya, y diciéndome que me llevaria á Vicenza y me haria su esposa. Pero lo que negué al enemigo y opresor de mi pueblo, viéndome obligada á amenazarle con mi daga, cuya señal lleva en su mano derecha, antes de que desistiese de su salvaje galanteo, os lo doy á vos como el salvador de mi ciudad, os lo doy en recuerdo de vuestro triunfo; y no os exijo en cambio recompensa de ningun género, sino que me olvidéis al presentaros ante el altar á prometer fidelidad á otra. Y no os preocupe lo que entónces pueda acaecerme. Mi suerte será bendita por mi renuncia, y envidiable por mi dolor, puesto que habré conferido al hombre más noble que mis ojos vieron, el donativo libre de mi amor; y antes que el invierno de la vida cubra de nieve esta rubia cabeza, habré gozado una postrer primavera, mucho más bella que lo que jamás pudiera haber soñado el deseo. Estos ojos y estos lábios son tuyos, Attilio, y esta forma que nadie tocó antes, tuya es, y tuyo este corazon que, cuando te separes de mí para siempre, jamás volverá á desear ninguna de las dulzuras de este mundo, sino que se alimentará todavía, como el corazon de una viuda, con sus goces pasados hasta que deje de latir.

Diciendo esto, le llevó á la silla de la ventana y se arrodilló ante él, quien agarró su cabeza con las dos manos, y nunca se saciaba de mirarla fijamente, ni de besar su frente, sus mejillas y su boca; y mucho tiempo despues de haberse puesto la

luna estaban todavía juntos y dichosos sobre toda ponderación.

Pero cuando el primer canto del gallo se oyó sobre las praderas, Gianna misma le obligó á separarse de sus brazos para que no pudiera echársele de ménos en la casa de su padre. Convinieron, no obstante, en que volveria la noche siguiente y todas las otras, y fijaron la seña á la que ella habria de abrir la puerta; y con esto dejó la casa, como el que sale embriagado del banquete, y en la arrogancia de su ventura despreció las caracoleadas escaleras, aunque las calles estaban desiertas, y se descolgó por la ventana, y, aprovechando el marchapié que le ofrecia la higuera, gateó por los muros, deteniéndose con frecuencia para decir toda clase de frases amorosas y para arrojar á la adorada de la ventana las flores que crecian en el borde de la mota, hasta que temiendo ella ser observada y ruborizándose se retiró adentro. Entónces él se dejó caer y se arrastró con tanto cuidado junto á los muros, que llegó á la puerta sin que nadie le notara. El soñoliento vigilante no le reconoció, nadie le habia echado de ménos en su casa; así es que entró rebosando júbilo en su propio cuarto, y dejándose caer en la cama, concilió el necesitado sueño en breve tiempo.

Con igual habilidad y secreto consiguieron los amantes reunirse en las siguientes noches, de modo que nadie en la ciudad entera tenia la menor idea de las relaciones que existian entre ellos, excepto la dueña Catalina, que era tan callada en el asunto como la higuera que crecia debajo de la ventana. La felicidad y el honor de su ama eran para ella el primer pensamiento de su corazon, y las torturas más dolorosas del potro no hubieran arrancado jamás de sus labios el nombre del afortunado jóven. Pero una cosa le affigia mucho: la firme resolucion de su querida señora de que era indispensable que todo quedara para siempre concluido tan pronto como Attilio cambiase los anillos nupciales con su novia Emilia Scarpa.

—¿Cómo podeis pensar así?—decia la anciana.—¿Suponeis que podreis sufrir tranquilamente que otra se adorne con la flor que habeis llevado en vuestro pecho? Tan cierto como

que os amo, señora, más que al fruto de mis entrañas, morireis y vuestro corazón se partirá como la manzana que divide por mitad el cuchillo.

—Dueña—contestó la rubia,—acaso tengais razón. Pero, ¿y qué? Aniquíleme yo y no el que amo y esta querida ciudad, madre de los dos.

—¡Qué locuras estais diciendo!—replicó la anciana.—Si él os ama como dice, y yo lo creo, no podrá sobrevivir, y así vuestra obstinación causará la muerte de los dos. Y en cuanto á la ciudad, ahora que está defendida por tal héroe, puede con impunidad desafiar la enemistad de tres ciudades, aunque fuera cada una de ellas más poderosa que Vicenza.

Estos y parecidos argumentos hacia también Attilio, y aún más y más apretadamente según se acercaba el tiempo en que le era forzoso despedirse con adiós eterno de los ojos que adoraba.

Todavía esperaba, como había esperado desde el primer día, vencer esa oposición, y estaba resuelto á sacrificarlo todo por su amada. Gianna, por otra parte, para quien era más amarga que la separación ó la muerte la sola idea de que el corazón de su amante pudiera enfriarse y de que pudiera alguna vez arrepentirse de haber encadenado su vida joven con la marchita suya, intentaba, cuando él la atacaba con ruegos nuevos, cambiar su impetuosidad con alguna chanza sobre su edad y con la inconstancia de los hombres y con hacerle tan dulce el presente que en él olvidara las amarguras del porvenir.

Mientras tanto en ambas casas, en la de Buonfigli lo mismo que en la de Scarpa, se hacían y adelantaban incesantemente los preparativos para el matrimonio, y á las nueve semanas de la entrada triunfal del novio, una no menos brillante recepción fué acordada por los habitantes de Treviso á la novia. Si, no obstante, entre los espectadores había aún mayor alegría general que ántes, á causa del tratado ya sellado y ratificado entre las dos ciudades, y también debido á la presencia de la joven y ricamente adornada novia con su escolta de diez y seis damas que la acompañaban, todas montadas en blancas hacaneas y luciendo costosos atavíos, había dos en

la procesion festiva que apenas pudieron ocultar su incomodidad y fastidio, siendo uno de ellos el novio en persona, que mejor hubiese querido tocar á una culebra que á su novia, y el otro el Signor Lorenzaccio, su futuro cuñado, que secretamente rechinaba los dientes cuando reflexionaba que habia de desempeñar papel completamente secundario al lado de su jóven rival, y de buena gana le hubiera estrangulado, más bien que abrazado, á él y á todos sus parientes. Y todavía habia un tercer corazon firmemente cerrado á todos los regocijos del dia, y aquel corazon latia en el seno de la hermosa Gianna, quien sabia que la noche siguiente seria la última de su dicha. Por esta razon no se habia dedicado como en la primera fiesta á procurarse asiento en la tribuna enfrente de las casas consistoriales, sino que se habia quedado en casa mientras que Attilio galopaba al lado de la extranjera por las calles y una verdadera lluvia de flores caia con ruido sobre la pareja. Aún por la tarde, mientras que toda la gente se agrupaba en la pradera delante de la ciudad donde en terreno cercado y espléndidamente decorado habia de celebrarse una justa, ella estaba sentada todavía en su casa, perdida en lúgubres pensamientos, y sus lágrimas caian tan deprisa que le ocultaba por completo la claridad del dia.

—¡Oh, pobre corazon mio!—sollozó ella.—Llegó la ocasion de probar que eres bastante fuerte para renunciar á tu propia felicidad; y eres tan débil que te deshaces en lágrimas. Has tomado sobre tí carga más pesada que la que puedes soportar. Verdad es que no sabias que el amor es un vino que cuanto mas se bebe dá más sed. Ahora la copa de tu dicha se convierte en vaso de veneno que poco á poco te consumirá, sin que médico alguno en la tierra, ni el auxilio de todos los santos del cielo sirvan de nada para curarte.

En este momento entró Catalina, y la persuadió á salir con ella, para que al ménos, si realmente estaba resuelta á separarse de su adorado, pudiera contemplarle una vez más en todo el esplendor de su caballerosa belleza y como conquistador de todos los congregados; porque la buen alma todavía esperaba secretamente que se verificase un milagro y cambiase su señora de modo de pensar. En consecuencia

vistió á la llorosa mujer, que estaba tan pasiva como un niño, con el más prolijo cuidado, y la llevó al campo de la justa, en el que ya hormigueaba la gente y que resonaba con el relinchar de los caballos y el vociferar de las trompetas. Entonces Gianna, confundida entre la multitud, vió á la novia sentada en elevado tablado entre el padre y el tío de su novio, y oyó lo que el pueblo pensaba de ella; unos admirándola en extremo y otros encontrando algo que censurar y algo que elogiar. No habló una sola palabra la hermosa Gianna, y lo que pensaba jamás se supo. Solamente en dos ocasiones se ruborizó extraordinariamente, cuando uno de los varios jóvenes que pasaron delante de ella exclamó en voz bastante alta para ser oído: «Daria diez Emilias por una Gianna la Rubia,» y otro «Treviso se lleva la palma en mujeres lo mismo que en armas,» y esto fué causa de que muchos ojos se inclinaran á la hermosa bordadora, cuyo color se trasformó de repente en palidez cadavérica; porque en aquel momento el Signor Attilio salió cabalgando á la liza armado de pies á cabeza, excepto su garganta, que en vez de estar defendida por cota de malla metálica, estaba solo protegida por una ligera cortina de cuero unida al yelmo. Levantada su visera, todos podían ver cuán pálido estaba y qué ojeadas tristes é inquietas lanzaba al rededor, y muchos se maravillaban de su aspecto viendo que era un héroe joven tan triunfante y un novio de tan gran partido. Con todo, á caballo se dirigió hácia el tablado en que su prometida estaba sentada, hizo una reverencia ante ella y la dejó liar á su yelmo la banda que ella llevaba, en señal de que era su caballero. Entónces soplaron los trompeteros y del otro lado llegó el Signor Lorenzaccio cabalgando á la liza, con visera calada, es verdad, pero conocido de todos por su armadura y divisa; y todos á una deseaban con todo el corazón verle tendido en la arena por el fuerte brazo de su futuro cuñado. Estaba, sin embargo, decretado de diverso modo en los altos designios. Porque apenas habían hecho los heraldos la señal con sus varas y las trompetas sonaron, cuando ámbos caballeros cargaron con sendas lanzas en ristre, y los cascos de sus caballos levantaron tal polvareda, que por un momento, despues del choque, se perdieron á la vista de los espectadores,

quienes únicamente oyeron el choque de las lanzas en los escudos y cotas, seguido de repentino silencio. Pero cuando se dispersó la nube contemplaron con horror á Attilio con los pies todavía en los estribos, tirado atrás en la silla de su magnífico caballo—que estaba clavado sin moverse,—saliendo un caño de sangre de su garganta, cuya indefensa blancura presentó marca bien venida á la cruel arma de su enemigo; y el vencedor enfrente de él con visera levantada, como deseoso de convencerse de que su venganza se habia cumplido por completo, y que despues de lanzar una última mirada de endemoniado ódio á su contrario, caló su visera y picó al caballo, sin que nadie le aplaudiera, saliendo á paso lento de la liza á través de las turbas petrificadas y llenas de terror que apenas se atrevian á dar crédito á sus ojos.

En el ínterin el escudero y los demás de la comitiva de Attilio se adelantaron á la liza, levantaron de la silla al caballero, y extendiendo un tapiz en la arena, le acostaron encima. Y entonces un clamor ruidoso se levantó, se deshizo todo orden, la gente se lanzó furiosamente sobre las barreras; los que ocupaban las tribunas se arrojaron de sus sitios, y apenas pudieron los heraldos á fuerza de reflexiones y de golpes conseguir abrir paso hasta el agonizante y hacer á su lado un claro para que sus padres, parientes y novia pudieran estar junto á él. Él, entretanto, aún yacía con los ojos cerrados, y mientras que algunos se lamentaban y otros maldecian la pérfida maldad de Lorenzaccio, unos llamaban á voces á un médico y otros á un sacerdote que diese los últimos consuelos al alma del héroe que se alejaba, sin que saliese de sus lábios sonido de dolor ni de sentimiento, por ir tan pronto á unirse con los huéspedes celestiales de las alturas. Más bien le parecia esta dura suerte rescate de odiosos lazos; y cuando oyó su nombre y reconoció en la que lo pronunciaba la voz de su prometida, intentó sacudir su cabeza, como si quisiera decirle que no queria exhalar su último aliento en falso. Entonces, todos á la vez, la multitud que se comprimia al rededor de este espectáculo de dolor, se separaron con un murmullo de espanto, porque vieron á la hermosa Giovanna, pálida como un espectro, aunque coronada con las espinas del dolor,

reina entre todas las otras mujeres, avanzar y entrar en el circo.

—Marchad de aquí—dijo ella, extendiendo su mano hácia la novia;—este moribundo me pertenece, y así como durante su vida fuí suya en alma y cuerpo, así en la muerte también estaré con él y ningun extraño me robará ni uno sólo de sus sollozos.

Entónces se arrodilló junto á su adorado, y dulcemente levantó su inerte cabeza sobre las rodillas, corriendo la sangre sobre su traje de fiesta.

—Attilio—dijo ella—¿me conoces?

En el instante abrió sus ojos y sollozó.

—¡Oh, Gianna mia!—concluyó.—La muerte no ha querido que yo jurase á otra fé y verdad que solamente á tí pertenecian. Muero, esposa mia, bésame, dame el último beso y recibe mi alma en tus brazos.

Entónces se inclinó ella hasta sus lábios, y al descansar la boca en su boca, los ojos de Attilio se cerraron y su cabeza cayó hácia atrás sobre su falda. Y tan poderosa fué la compasion sentida hácia la noble pareja, que nadie, ni aun los miembros de la familia Scarpa, se atrevió á perturbar la despedida de los amantes. Más aún, cuando empezaron los preparativos para llevar el cuerpo sin vida del jóven héroe á la ciudad, el pueblo se dividió en dos procesiones, una de las cuales siguió al muerto y la otra la litera que llevaba á su amada á su casa, porque esta habia perdido el sentido al lado del amigo perdido para siempre. Aquella misma noche regresó la jóven Emilia con su madre á Vicenza. Su padre, sin embargo, Signor Tullio Scarpa, permaneció en la casa de los Buonfigli, para asistir al funeral de Attilio, con el doble motivo de la pena de su hija y de la desgracia de su hijo.

Pero cuando al tercer dia el adorado muerto fué conducido á su tumba en la capilla de la Señora de los Angeles, allí se veia próxima al féretro, y precediendo á todos los parientes, la forma elevada de Giovanna, vestida rigorosamente de negro, y llevando tocas de viuda; y cuando se echó atrás el velo para besar la frente del que se iba, toda la gente contempló con asombro la maravilla que habia ocurrido, porque el oro

de sus cabellos que antes mostraban su brillo á larga distancia, se habia convertido en unas pocas noches en triste plata, y su hermoso rostro estaba pálido y marchito como el de una mujer entrada en años.

Y verdaderamente, muchos pensaron que no podria por más tiempo tolerar la vida, sino que seguiria á su amado. Sin embargo, siguió viviendo tres años más, durante los cuales nunca se quitó el traje de viuda, ni fué vista en sitio público ó de fiesta. En su retiro, sin embargo, fué industriosa en su trabajo, porque habia dedicado á la capilla de la Señora de los Angeles una gran bandera en la cual estaba representado el arcángel Miguel, con blanca armadura y matando al dragon. Y se corrió que la cota de malla del ángel estaba bordada con sus propios cabellos de plata. Y esta bandera fué colocada junto á la primera que pendia en la capilla sobre la tumba de Attilio. Completa esta tarea, no pudo vivir ya más; llevaron tambien á la bordadora al descanso y la concedieron su última peticion: ser enterrada á los pies del que amó. Y esa tumba fué por mucho tiempo lugar de visita de los habitantes y de los extranjeros que iban á admirar el esquisito trabajo de las dos banderas, y á referirse unos á otros la historia de la hermosa Gianna, que en vida y muerte dió á su idolatrado cuanto poseia, hasta su mismo honor, aunque podia haberlo conservado sin mancha si hubiese preferido su tranquilidad.»

Cuando el que leia hubo concluido, sucedió un intervalo de silencio en el salon, y la lluvia, cuyo ruido al caer habia formado acompañamiento melancólico á la narracion entera, era el único sonido que se distinguia.

Al fin el jóven doctor de la mesa de ajedrez observó:

—Esta novela tiene algo del tono dorado de la escuela veneciana, que no pueden producir ya las paletas de nuestros modernos. Sin embargo, confieso que me ha parecido que el copista ha introducido aquí y allí atrevidos toques propios.

—¿El copista?—dijo el del sofá tirando su cigarro.—Esto prueba que conoceis poco á Erminus. Lo que él ha hecho es hacernos caer en el lazo, para hacer el contraste de una pintura de vívidos colores con nuestros decaidos tintes. ¿Quién

quiere apostar á que esta crónica de San Nicolás es producción no mucho más antigua que el en todas partes famoso *Ossian* de Macpherson?

Erminus parecía prestar oídos sordos á estas observaciones.

—¿Y qué os parece la moral de la historia?—preguntó dirigiéndose á Eugenia.

La señora interpelada se tomó un momento para reflexionar y luego dijo:

—No sé que se pueda discutir tan singular caso bajo el punto de vista de un precedente ó ejemplo. ¿Tiempos diferentes no tienen costumbres distintas y diferentes modos de sentir? Confieso que una mujer apasionada, que se entrega sin confiar ni esperar en la constancia eterna, se opondrá siempre y sin remedio á mi propio sentimiento de lo que es bueno; y que únicamente el trágico fin de la historia me reconcilia con su sorprendente principio. Y sin embargo, si hubiera sido mi hermana, Gianna la hermosa, no hubiera yo tenido escrúpulo en ir á su lado acompañando la comitiva funeral que siguió el féretro de Attilio.

—No podría yo desear mejor testimonio para la moralidad del cuento—replicó el narrador.—Permitid que en pago os bese la mano.

PAUL HEYSE.

LA MÚSICA

POEMA EN UN CANTO

A CARMENCITA ROCA DE TOGORES Y AGUIRRE SOLARTE

I.

Responde, Carmencita encantadora:

Un pájaro que canta ¿rie ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
Del ruiseñor que canta en la espesura,
Tú sonries, tu hermana se divierte,
Tu madre os mira á entrambas con encanto;
Y pensamos, al son de un mismo canto,
Tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II.

¡Ay! ¿por qué ries cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
El que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
Reir á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente
La música es un hada complaciente,
De nuestra dicha amiga,
Que dice solamente
Lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
Con más fé al corazon que á la cabeza,
Dando al triste tristeza,

Aumenta del contento la alegría;
Y por eso, al oír, convertimos
La fría realidad en ilusiones;
Pues al recuerdo de sus buenos días,
Ponen en cuanto oímos
Los ojos de nuestra alma sus visiones,
Nuestro oído interior sus armonías.

III.

Si, como todos vemos,
La música despierta los sonidos
Que, desde el día mismo en que nacemos,
Están en nuestro espíritu dormidos,
También probarte intento
Que se lleva la música la palma
En las artes que anima el sentimiento;
Que así como el estilo es el talento,
El metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
Pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
Todo el que canta, ó toca,
Si no ama en realidad, ama algún sueño:
Porque su magia es tanta,
Que, aunque eres niña aun, ya habrás sentido
Que, envuelto en el sonido,
Hasta lo amargo del dolor encanta:
Y que la misma senectud que mira
Que cada nota una esperanza encierra,
Con inútil ardor ama y suspira,
Como alma juvenil que, ardiendo en ira,
En oyendo un clarín corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
Pues entonces también fuerza es que creas
Que, según nuestras mismas sensaciones,
Cual los hechos imágenes de ideas,
Son las notas pedazos de pasiones;
Y que con fuerza virtual vibrando,
Y á la vida escitando,

Por el espacio va cada gorgojo
 Como una vaga tentación volando;
 Y camina, y camina, murmurando
 «¡Levántate, y anímate!» al deseo.

IV.

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
 Que hoy se canta y que el aire se la lleva;
 Y que luego, mañana, ó el otro día,
 Con nuevo ardor la misma melodía
 La vuelve á repetir otra vez nueva;
 Y así, en curso variable,
 Cuanto nace, se espacia, se disuelve,
 Y en giro interminable
 Lo que del aire viene, al aire vuelve;
 Y, en raudo movimiento,
 Se disipa en el viento
 Lo que en el viento por amor vivía,
 ¡Ideas, armonías, sentimiento,
 Flores, músicas, luz y poesía!

V.

Como en cosas de amar yo lo sé todo,
 Sé bien que en esta vida
 Jamás será perdida
 La que cierre el oído á piedra y lodo.
 ¡El oído, el oído! Ahí se esconde
 El gran traidor que al corazón entrega;
 Él es la senda criminal por donde
 Desde fuera el amor al alma llega.
 Por él arrobadores los sonidos
 En ardiente emoción, ó en dulce calma,
 Después de electrizarlos los sentidos,
 Arrastran los sentidos hasta el alma:
 Y por él, en amante devaneo,
 Desde el salto de Léucade, el deseo
 Se arroja al mar para templar sus penas,
 Escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorgojo

con que á Sáfo llamaron las Sirenas.
 ¡Cierra, cierra el oído,
 Y ten por cosa cierta
 Que es del amor el tentador sentido,
 Y que siempre á la voz de un sér querido
 Abre nuestra alma á la traicion la puerta!

VI.

¡Cármén, perdon! Mi confusion es tanta,
 Que ya olvidé mi tema.
 Dime otra vez: ¿siempre será un problema
 Saber si llora un pájaro que canta?
 Y aunque es lo más sencillo
 El pensar que ese tierno pajarillo,
 En medio de su risa ó de su lloro,
 Cantará eternamente el estribillo
 De la eterna cancion del «yo te adoro,»
 Lo cierto es que su canto
 Te vuelve más festiva;
 Y tu madre entre tanto
 Ruega á Dios por tu dicha pensativa;
 Mientras tu padre, á tan graciosos sonos,
 Escitado en sus graves pensamientos,
 Ya siente una avalancha de emociones,
 Y un vértigo ideal de sentimientos;
 Y, presagiando amores,
 Más bella que la luz de la mañana,
 Entona melodías interiores
 Con más afan que el ruiseñor tu hermana.
 ¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
 Desde que allá en mi aldea
 Tocaba siendo niño la campana
 En las horas del sueño,
 Y á las gentes sencillas
 Las obligaba con pueril empeño
 A orar puestas en cruz y de rodillas,
 Sé que hay sonos inciertos
 Que forman la cadena prodigiosa

Que enlaza con ternura misteriosa
 Las almas de los vivos y los muertos.
 Y por esto, ese canto me convida
 A que recuerde el fúnebre misterio
 De otra ave dolorida
 Que oyó mi alma, de dolor transida,
 Cantar en un ciprés del cementerio
 Donde yace la madre de mi vida!

VII.

¡Mas perdona otra vez la pena mía!
 Yo adoro como tú, niña hechicera,
 Con ciega idolatría
 La música que presta lisonjera
 El ritmo, que es la vida verdadera,
 A su hermana mayor la poesía.
 Siempre al idioma la canción supera;
 Y así te lo dirán, si les preguntas,
 Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
 pues, del sonido la expresión esclava,
 Al ir la frase y la armonía juntas
 Lo que la frase empieza, el són lo acaba.
 Y te dirán que el arte soberano
 Que llena de delicia
 La escala toda del concierto humano
 Desde el tango sensual de la Nigricia
 Hasta el son funeral del canto llano,
 Agotadas las frases, con su acento
 Nuestra ilusión á lo sublime eleva,
 Y ya estinguida la palabra, lleva
 La música hasta el alma el sentimiento.
 Y ellos, en fin, te seguirán contando
 Que al arte natural sobrepasando
 Del génio artificial las filigranas,
 Hoy remedan los pájaros cantando
 Las dulces melodías italianas;
 Y que después que oyeron los primores
 De las *Normas*, *Lucías* y *Barberos*,

Creció la afinacion en los gilgueros
Y gorgean mejor los ruisseños.

VIII.

Es el mundo sensible
Un conjunto de notas armoniosas,
Desde el ruido ondulante y apacible
Que forman al volar las mariposas,
Hasta el ritmo visible
De la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
Himnos sin forma, é informes elegías,
Para el que sabe oír lo que Dios canta
El orbe es un compuesto de armonías;
Siendo en los campos para todo el que ama
Un arpa cada rama
Al ponerse en confuso movimiento
Las notas disconformes que derrama
Todo árbol agitado por el viento;
Y el mar, esa otra música infinita
Que el curso entero del sonido imita
Desde el canto guerrero hasta la endecha,
Remeda sin cesar, murmure ó truene,
La rugiente pasion la ola que viene,
La ola que vá nuestra ánsia satisfecha!

IX.


Bendecida y bendita
La armonía, es el alma que palpita
En toda accion, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
La música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
Triste, alegre, marcial ó juguetona,
Y el amor del hogar inmortaliza,
Pues, en no escrita tradicion, entona
La cancion siempre igual y monotona
De la abuela, la madre y la nodriza!

X.

¡Gloria y honor al arte placentero
 Que, embriagando las almas de ternura,
 Hace del mundo entero
 El espejo más fiel y verdadero
 De una casa de locos sin locura!
 ¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
 Alegando al infierno,
 Mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
 Se desvanezca en el silencio eterno!
 ¿Qué importa que tu númen vagaroso
 Prometa un ideal, que no se alcanza,
 Si, lo que hay de más real y delicioso,
 Aun esperando el cielo, es la esperanza?
 ¿Qué importa que las dulces emociones
 Que despiertan tus cantos halagüeños
 Sean solo visiones de unos sueños,
 O más cierto, visiones de visiones,
 Si siempre en este mundo
 Viviremos soñando
 Y estaremos ilusos descifrando
 El problema fatal de Sejismundo?

XI.

¿Y el sol en dónde está? Pero, ¡qué miro!
 Ya las tinieblas al silencio llaman.
 Bien dicen los que te aman,
 Que á tu lado la vida es un suspiro.
 Y ya que hermosamente
 Se agrandan para ver tus bellos ojos,
 Pues ya el sol, como un rey, en Occidente
 Se envuelve, al destronarse, en mantos rojos;
 Mantos de luz que, al acabarse el día,
 Solo las cumbres de los montes doran,
 Partamos pues. Ya te diré otro día
 Si, expresando su pena ó su alegría,
 Las aves, al cantar, cantan ó lloran.



Y pues, ya triste, de la luz la ausencia
Trae la sombra, y con la sombra el luto,
Y reina la elocuencia
Del silencio absoluto,
Que es la nota en que grita la conciencia,
Marchemos ya: ¿qué esperas?
Ve en la humedad de mi marchita frente
Cómo el aire, al pasar por las praderas,
Se impregna dulcemente
De un lánguido vapor de adormideras;
Y cómo, al confundir todos los ruidos,
En vago remolino nebuloso
Va dejando el crepúsculo en reposo
Pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII.

Pues se va el ruiseñor y el día parte,
Tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
Como dice la frase castellana,
Marchemos con la música á otra parte
Para seguir pensando hoy y mañana,
Tu padre en los problemas de la historia,
Tu madre en vuestra suerte,
Tú en la fé y en la gloria,
Tu hermana en el amor y yo en la muerte.
Pero al decirte adios, niña querida,
Déjame que primero
Te diga veinte veces que te quiero
Y te querré mientras que tenga vida,
Pues que serás espero,
Además de alabada en mis cantares,
Adorada por bella y virtuosa,
En el mundo primero como hermosa
Y despues como santa en los altares.

R. DE CAMPOAMOR.

EL CUAKERISMO



Lo sentimos, pero no nos sorprende el tener noticia de que la persona estimable del antiguo y tradicional cuákero se va extinguiendo gradualmente—y casi se siente uno tentado á decir que se va marchando poco á poco—de la superficie de la tierra. Bien claro aparece que sus costumbres peculiares y originales no pueden soportar la atmósfera del siglo XIX, y en cuanto aquellas eran absurdas y pueriles, como algunas lo eran ciertamente, bien puede considerarse á primera vista como un beneficio el que hayan seguido el camino de los afeites para pintarse el rostro y los polvos para teñir el cabello. Pero aún no estamos seguros de esto. Todavía no sabemos si la desaparicion de los parafernales y del cuakerismo es un bien. Tomemos un solo punto, el traje. El traje era un uniforme, y todo el mundo sabe el valor de los uniformes. No parece imposible que el vestido haya conseguido estimular en el tradicional *Amigo* un vestido de asociacion y solidaridad con la union de otras personas semejantes, merecidamente apreciadas por la rectitud de su conducta. Una filantropía, una generosidad y una amabilidad poco comunes podian esperarse del cuákero como resultado de su traje; así como se espera del que viste el uniforme militar mayor arrojo que de otro hombre cualquiera en una ocasion extraordinaria, como un incendio ó un motin. En ocasiones como estas, un militar que viste de paisano puede verse tentado á eludir el peligro; del mismo modo, el cuákero, con sus pantalones y su ancha túnica, puede haberse marchado con alguna parte de su filantropía. Esto seria una pérdida para la humanidad. Además, en los tiempos actuales, la originalidad anda tan

escasa, que no puede uno desear que se extinga una forma inocente de ella. Por eso, en vez de alegrarnos, como algunos, por la desaparición del cuakerismo, quisiéramos estar seguros del camino que toman los hijos de los ricos cuákeros y el pueblo, que á no ser por la extinción de los cuákeros sería cuákeros; quisiéramos saber á ciencia cierta dónde se va la mayoría de este pueblo, y cuenta que de *este* mundo hablamos. Pensamos que su porvenir está en las iglesias establecidas. ¿Es esta una gran adquisición? ¿Son las iglesias establecidas un adelanto sobre el cuakerismo, á juicio de los lectores de esta REVISTA? Las sectas rivales atraen otras á sí. Por eso preguntamos nosotros: ¿es mejor ser independiente, ó bautista, ó metodista, ó cristiano bíblico que cuákeros? Algunos, es verdad, han llevado los principios de la sociedad á su legítima conclusión, y por consiguiente se hicieron racionalistas. Estos (al ménos en Inglaterra) no se han separado de la secta: han sido excluidos de ella. Las pérdidas sufridas por el cuakerismo en este sentido nos parecen más sensibles que las de las demás. Pero sobre este punto hablaremos más adelante.

Hemos dicho que el cuákeros está desapareciendo; mas si usáramos la palabra para significar un sectario de Fox y Barday, ó significando uno que se hallare identificado desde hace mucho tiempo con los *Amigos*, con William Allam ó con José John Gurrey, bien claro está que ya ha desaparecido virtualmente: el siglo actual concluirá con los pocos ejemplares que quedan. Hay ciertamente personas que todavía pueden llamarse por el mismo nombre, y frecuentar los mismos lugares de culto, y mantener la tradición de las asambleas mensuales, trimestrales ó anuales; pero no es muy aventurado el decir que si los primitivos Amigos pudieran volver á la vida y enterarse del estado presente de la sociedad, acudirían á tales asambleas únicamente para llamar la cólera del cielo sobre aquellos á quienes denominarían formalistas, maestros é hipócritas, perros, puercos, y víboras de Sodoma y Egipto juntas.

Hasta es posible que se presentaran desnudos «como un símbolo» y les denominaran sepulcros blanqueados. Porque el no quitarse el sombrero ante ningun hombre y el llamar

de *tú* á todo el mundo, eran para Fox prescripciones de revelacion divina. Del mismo origen hacia dimanar la condenacion de las representaciones teatrales y otras frivolidades semejantes. Salomon Eccles, uno de los más ardientes misioneros cuákeros, llegó á considerar la música peor que el «trueno del Señor». Los juegos campestres, los juegos de azar, tales como los naipes, por ejemplo, el baile, la lectura de novelas, los trajes costosos, las pinturas, la estatuaría, etc., fueron condenados del mismo modo. Y no fueron estas prohibiciones de toda cortesía, de todo arte y de todo inocente recreo, mirados por los que despues vinieron como excesos de celo por parte de los primeros propagadores del evangelio cuáker. Fueron aceptadas y consignadas en las prácticas de la secta. Hace cincuenta años, un cuáker que se permitiera cazar ó bailar no sufriria pequeño castigo de sus superiores. No es necesario manifestar el cambio que se ha operado últimamente en todos estos asuntos. Los cuákeros de influencia—los principales Amigos—son propietarios de las mejores pinturas que se exhiben en los sitios más espléndidos del mundo, y asisten á la ejecucion de las grandes óperas. En la caza, en el baile, en la mesa de juego algunas de las personas más conocedoras que hemos visto son caballeros á quienes se podrá encontrar todos los domingos sentados con el sombrero puesto (quizá algo lastimado por una caida ó por un golpe en el teatro de Su Magestad) esperando la divina iluminacion.

Algo puede oponerse, sin duda, en contestacion á esto. Puede decirse que la sencillez en el traje y en el adorno, la abstinencia de etiquetas y títulos honoríficos, y de los nombres de los dias y meses que tienen sabor pagano, lo mismo que de las diversiones que se estilan ordinariamente en todo el mundo (en suma: las distinciones características por las que se conoce al cuáker *exteriormente*) no son, despues de todo, esenciales en el credo. En cuanto á esto podremos contestar que una práctica es esencial en un credo si la encontramos consignada en los términos más categóricos y explícitos por el fundador y por los primeros apóstoles del credo, establecida claramente en sus libros de texto, confirmada por

todas las asambleas que tienen autoridad en la secta, y proclamada en las páginas de todos los escritores de la sociedad. Ahora bien: claro está que las prácticas que acabamos de mencionar, tales como la de abstenerse de las pompas mundanales y de las diversiones, estuvieron establecidas entre los cuákeros durante dos siglos en lenguaje tan claro y tan explícito como el que consigna el deber del culto silencioso ó los dogmas de la Luz Interna y la espiritualidad de toda religion. Estas observancias nos parece que han sido mantenidas por aquellas autoridades como esenciales para la devoción y la sobriedad de la vida, lo cual es tan importante como cualquier otra cosa dentro del credo. Si hay una autoridad ante la cual un verdadero cuákeros debe inclinarse, es la de Barday, el cual, si no encontró, sistematizó al ménos la creencia de los Amigos. A los ojos de Barday, el uso de las cintas, lazos y adornos para el pelo son fruto de la degradada, liviana y corrompida naturaleza. «Nosotros consideramos esto, dice, como ilegítimo é impracticable para los cristianos.» Las cadenas y los brazaletes tambien se condenan, lo mismo que los juegos, comedias, bailes y otras clases de diversiones. Las infernales conversaciones de los maestros de baile y de los comediantes, nos dice, se sabe demasiado á qué pueden conducir. Fox habia llegado á condenar la guerra. Habla de uno que era un «borracho, un alcahuete y un poeta». Esto puede ser comparado con una relacion que hemos leído últimamente en el *Times* de las operaciones de Mrs. Moody y Sankey. «Un gran número de borrachos y concurrentes al teatro han sido convertidos.» Pero Mrs. Moody y Sankey no son más que simples particulares, y de ningun modo ni los fundadores ni los representantes legítimos de una nueva denominacion religiosa. Nosotros encontraremos los sentimientos de Fox y Barday repetidos con autoridad á través de toda la historia del cuakerismo. Clarkson, que describe la secta á principios de este siglo, escribe:

«Entre los ejercicios corporales están prohibidos el baile y las diversiones campestres. Entre los intelectuales están prohibidos la música, las novelas, el teatro y los juegos de azar de toda clase. Estas son las principales prohibiciones

que los cuákeros han establecido respecto á su educacion moral. Las más fueron sugeridas por Jorge Fox, pero fueron despues convertidas en disciplina diferentes veces por sus sucesores» (1).

En 1809 la epístola impresa de la asamblea anual contenia una prevencion contra los vestidos costosos. Algunos de los más antiguos Amigos no estaban todavía «suficientemente instruidos con respecto á la sencillez». Existe una torpe degeneracion desde los dias de John Woolman, el cual rehusó entrar en una habitacion alfombrada, y puso reparos á la cámara de un buque donde iba de pasajero porque tenia algunos trabajos de tallado. Esta degeneracion todavía no seria muy espantosa en un período en que Clarkson nos da cuenta de que no habia visto más que tres pinturas en las casas de los Amigos (una de un buque slavo, otra de Penn y los indios, y la tercera de la escuela de Ackworth). Todavía en 1846 la epístola impresa contenia esta sentencia: «Nosotros juzgamos la música en el aprendizaje y en la práctica como desfavorable á la salud del alma.» Dos años más tarde tenemos lo siguiente, emanado de la misma autoridad: «Como conviene á aquellos hombres que profesan la piedad, nosotros nos separamos de las múltiples modas del dia y nos abstenemos de practicar la música y el baile; de las representaciones teatrales; de los vanos juegos, y de otras frivolidades y livianos entretenimientos del mundo.» Posible es que todavía se emplee este lenguaje convencional en ocasiones como esta. La voz de la secta es como la voz de Jacob, mientras las manos endurecidas y callosas por el contacto del mundo son como las manos de Esaú.

No es nuestro propósito, sin embargo, dilucidar este punto. Basta consignar que, sean ó no sean esenciales las peculiaridades de la sociedad de los Amigos, no han sido suprimidas; que la participacion en los recreos y entretenimientos del mundo se perdona hoy fácilmente entre ellos (lo cual no sucederia ciertamente hace cincuenta años); que una señora cuáquera puede en la actualidad ser muy buena y devota lle-

(1) Pintura del cuakerismo. Vol. I. p. 16.

vando sobre sí un monton de lazos y joyas, y un cuáker puede ser un perfecto asociado gastando vestidos supérfluos, sobre todo levita de color y zapatos adornados; en suma: que el Amigo del siglo XIX no sería reconocido como tal seguramente por sus predecesores del siglo XVII. En vez de la extincion de los Amigos, nosotros adoptariamos la palabra transformacion, la cual difícilmente será combatida, y nos parece que sirve para expresar la misma idea. Existen algunas singularidades en la creencia que todavía conservan ó creen conservar los miembros de la sociedad. De estas ya tendremos ocasion de hablar. Primero vamos á permitirnos, sin embargo, arrojar una mirada rapidísima sobre el origen de esta famosa asociacion.

Se cuenta que el obispo Butler preguntó una vez á su capellan si sería posible que la locura invadiera á todas las naciones. Claro está que durante las guerras civiles y la época de los bienes comunes, la locura religiosa habia penetrado en la mayor parte de los países ingleses. Es igualmente claro que Jorge Fox fué víctima de esta epidemia en una de sus peores formas. Pudiéramos decir la peor si no recordáramos las excentricidades de algunos de sus prosélitos, como los Ranters y los miembros de algunas otras sectas, las cuales en este tiempo estremecian en todas partes á la gente con la rapidez de su éxito. No podemos convenir con lord Macaulay en que era demasiado loco para hallarse libre, pero no lo bastante para ser encerrado en un manicomio. En la actualidad no hay duda ninguna de que sería llevado á una casa de locos bajo el certificado de dos médicos. Si no fué reconocido como tal en su tiempo, se debe únicamente á que los que andaban á su alrededor estaban más ó ménos atacados de la misma enfermedad; así sucedió con Hamlet en Inglaterra. Fox se veia favorecido por las comunicaciones directas con la Divinidad, y cualquier idea que viniera á su desordenado cerebro suponía que le habia sido «abierta», ó «mostrada», ó «hablada» por Dios en persona. Tenia sueños y visiones; oia voces, y era visitado por los malos espíritus. Es imposible leer siquiera algunas páginas de su diario sin ver con qué clase de hombre se pone uno en contacto. Muchos de nuestros lecto-

res recordarán que entraba en las iglesias interrumpiendo el culto y denunciando á los predicadores, y escribía cartas descompuestas á los que se hallaban constituidos en autoridad: recordarán tambien cómo el Señor, que le habia prohibido en una ocasion quitarse el sombrero, le ordenó en otra sacarse los zapatos y correr por las calles de Lichfield gritando: «¡Ay de tí, ay de tí, ciudad sangrienta!»; recordarán cómo se abstenia de tomar alimento durante diez dias; cómo la venganza de Dios alcanzaba á todos los que le contradecian; cómo curaba á los enfermos y hacia milagros, y cómo se le habia concedido un espíritu de penetracion en materia de brujería. Estos son evidentemente síntomas de una clase de locura bien conocida en el dia y tratada, segun parece con éxito, por el procedimiento de los baños de chorro.

En vez de ser encerrado en un manicomio, José estuvo alguna que otra vez preso (lo mismo que hoy sucederia si no fuera su locura tan aparente), y de este modo llegó á ser un mártir y consiguió reunir á su alrededor otra porcion de gente extraviada. Pasaremos por alto los excesos de algunas de estas personas bajo el criterio de que no eran responsables de ellos. Unicamente vamos á citar el lenguaje de una de las ménos locas, la señora que despues llegó á ser esposa de Fox. Hé aquí cómo escribía á su futuro marido: «Nuestro querido Padre en el Señor..... Oh tú, pan de la vida, sin el cual nuestras almas morirían de hambre..... ¡En tu continente está toda la alegría! Oh tú, fuente de eterna vida, nuestras almas te siguen sedientas.» En resúmen: Fox llegó á ser el fundador de una secta, y las inocentes mujeres de aquel tiempo le escribian abiertamente bastante más de lo que las mujeres inocentes de estos dias *piensan* acerca de sus predicadores favoritos.

Cualquiera que leyese estas páginas por la primera vez y no estuviese enterado de lo que despues pasó en el mundo, podia suponer, muy naturalmente, que el ruido hecho por Fox y sus prosélitos se extinguiría pocos años despues y no volvería á oirse hablar de él. Y en verdad que si no fuera por un notable accidente, que necesitamos consignar, es posible que así hubiera sucedido. Pero ningun hombre que

sepa del muggletonianismo, swedenborgismo, irvingismo, espiritismo y otras locuras se arriesgará á tal afirmacion. Sospecharia más bien que es posible que haya despues de todo en esta ilusion algo (como sucede casi siempre en las ilusiones religiosas) que pueda ser tomado y organizado por otras sanas inteligencias, y que merced á esto puede conseguir la existencia sobre la superficie de la tierra durante un período más ó ménos largo. La doctrina de la divina iluminacion del cuakerismo es en Fox un «no sé qué» al cual el arte de Barday, Penn y otros ha dado un «sitio y un nombre» aunque se hayan estrellado sus esfuerzos al querer dotarla de una realidad positiva y sustancial. Sobre esta doctrina es necesario decir algo y de cómo ha sobrevivido y existe en una ú otra forma todavía entre los modernos Amigos.

Esta divina iluminacion se define así por José Juan Gurrey:

«Ahora bien; con los Amigos (y probablemente con muchas otras personas bajo otros nombres) es un principio capital de la religion que la inspiracion del Santo Espiritu no es tan solo inmediata y directa, sino perceptible. Nosotros creemos que todos estamos provistos de un guía interno, cuya voz llega á nosotros, y el cual, si es fielmente obedecido, nos conducirá infaliblemente á la verdadera virtud y felicidad, porque nos lleva á una conformidad positiva con la voluntad de Dios.»

Penn dice:

«Cuando ni el hombre ni las Sagradas Escrituras están cerca de nosotros, todavía nos asiste continuamente ese espíritu de verdad que nos informa inmediatamente de nuestros pensamientos y nos indica con exactitud lo que debemos hacer ó dejar de hacer.»

Casi no hay necesidad de decir que esta doctrina es más antigua que el cuakerismo, y aun que el cristianismo. El Demonio de Sócrates es una forma de ella. No obstante, es preciso que nos limitemos á la forma que reviste en la sociedad de los Amigos.

Si la divina iluminacion y el guía interno quieren decir que el hombre está dotado de razon (lo único, como dice

Butler, que nos permite juzgar todas las cosas incluso la misma revelacion) la afirmacion es indispensable, y no se necesitaba la presencia de Fox en el mundo para enseñar lo que ya se sabía desde los tiempos primitivos. Pero desde luego algo más que esto se quiere significar, y la luz en cuestion se distingue cuidadosamente de la razon y de la conciencia. «Esta influencia (del Espíritu de Dios) debe distinguirse de la conciencia, á la cual ilumina, y de la razon, la cual cuando no está sujeta á este guía se pierde y se extravía (1). Es difícil en la actualidad transigir con una creencia como esta; tan difícil como razonar con un hombre que se imagina iluminado. El Amigo se cree inspirado por un guía siempre presente é infalible, el cual le enseña lo que ha de hacer y le precave del error. Es preciso, por supuesto, que sea infalible, porque si no seria más pernicioso que útil, y ciertamente, la idea de su divinidad presupone su infalibilidad. Es preciso tambien que esté siempre presente (ó como Penn dice, que sea «continuo»), ó de otra suerte, no solo faltaria en las épocas más críticas de la vida dejando su sitio á la falible razon, sino seria suplantado durante su ausencia por un espíritu infernal enviado por el demonio.

¿Pero cómo se confirma la presencia de este espíritu infalible? ¿Por su tendencia? ¿Por qué nos guia á lo que es bueno y justo? Pero ¿qué es lo que nos permite juzgar de lo bueno y justo, sino nuestra razon, á la cual apelamos en último resultado y la cual puede engañarse? «Mi único camino, dice Gurrey, es ir á mi Señor con esta pregunta: ¿Es mio ó es tuyo? O de otro modo: ¿Es malo ó es bueno? Porque las dos preguntas son perfectamente equivalentes. En otros términos, nosotros suponemos que esta bondadosa persona al sentir un impulso á hacer una cosa ú otra, consulta al Espíritu para saber si este impulso procede del Espíritu ó no, y obrar segun la respuesta recibida, la cual se supone que es infalible.» Pero no parece habersele ocurrido que surge la misma pregunta en cuanto aparece la respuesta. Para es-

(1) Declaracion de algunos principios fundamentales de la verdad cristiana por el comité nombrado por la asamblea anual para visitar la asamblea trimestral de Lancashire y Cheshire.—1872.

tar seguro cuando un hombre se entrega á una séria é interna meditacion (que nosotros consideramos como la fuerza positiva de la oracion) sobre la propiedad de una accion propuesta, es más probable que acierte que sin tal meditacion. Pero de la *infalibilidad* de la luz interna estamos hablando. Cuando Jorge Fox fué comisionado para acusar algunas pobres viejas como brujas, exponiéndolas así á una muerte casi segura por un crimen que no existia, ¿obraba bajo la influencia del guía infalible? Cuando James Nayfor se presentó en Bristol como el Mesías, ¿estaba bajo la direccion del Espíritu Divino? Cuando la mujer cuáquera entró desnuda dentro de la iglesia donde Oliverio Cronwell estaba orando, ¿obedecia á la luz interna? Si esto no es así, si se admite que la razon puede juzgar de todas estas cosas y otras semejantes, haciendo que se ejecuten actos malos ó erróneos, ¿qué vienen á ser los guías infalibles ó las luces internas y otras abstracciones que despues de todo tienen que ser juzgadas por los principios de la razon? Esta dificultad fué presentada á los cuáqueros desde sus comienzos y nunca pudieron resolverla. Leslie en su *Culebra en la yerba* dice: «No hay duda que los judíos que crucificaron á Cristo, y San Pablo mientras fué perseguidor, creian seguir su luz interna. Segun esto un hombre puede creerse en lo justo y estar equivocado, lo cual destruiria toda la certeza de los cuáqueros. Sí, un hombre puede pensar de un modo y pensar muy erróneamente, y todo esto puede ser quizá una pura y falsa ilusion.» Todavía más: «Si todos los hombres tienen esta luz que ellos afirman, entónces no hay nada peculiar á los cuáqueros. Y si ellos tienen la pretension de poseer solos esta luz, entónces se colocan por encima del resto de la humanidad.» Esta misma dificultad la hallamos un siglo más tarde presentada por la hija de Mad. de Stael, la duquesa de Broglie á Guillermo Allann: «¿Cómo podremos distinguir entre la influencia divina y la obra de nuestra propia imaginacion?» Parece que Allann citaba á Guillermo Penn: «¿Cómo conoceré yo, preguntaba Penn, que un hombre no nos da las impresiones de sus propios sentidos como inspiraciones del espíritu infalible?» Para lo cual su réplica decisiva era: «¡Por el mismo espíritu!» En otros términos, el

Dios Todopoderoso revelaba á Penn, si lo que cualquier otro cuákero estaba hablando era de él mismo ó no. ¿Pero cómo se resolvería la dificultad si surgiera una discusion entre ellos sosteniendo el cuákero que Dios hablaba por su boca y Penn por sus propias impresiones? Esta dificultad la resolvieron los cuákeros desde muy antiguo por un medio práctico. Como siempre, el Señor se le apareció á Jorge Fox y le ordenó que estableciese tribunales para el gobierno de la sociedad en forma de asambleas mensuales y trimestrales.

«Algunos de los principales cuákeros, dice el doctor Cunningham en su excelente pintura de la sociedad, sostuvieron que esto no se compadecia con la libre operacion del Espíritu Santo, y era sustituir las invenciones de los hombres á la guia de Dios..... No hay duda alguna de que aquellos cuákeros tenían más claro concepto del modo de ser de su religion, la cual consignaba que no existia gobierno humano. Si nadie presidia en sus asambleas porque Cristo era el único presidente, no debia de haber asambleas para legislar porque Cristo era el único legislador, ni asambleas para juzgar porque Cristo era el único juez. El mismo Espíritu que guiaba sus devociones no dejaria de guiar su conducta. Los hombres que obraban por una inspiracion celeste no debian sujetarse al yugo de una autoridad terrenal. El establecimiento de un gobierno era una confesion tácita de que una iglesia puramente espiritual es imposible» (1).

Del mismo modo que la «divina iluminacion» se deshace inmediatamente en pedazos así que tratamos de distinguirla de la razon falible, así fué siempre innegable para la mayoría de las personas ortodoxas que no pertenecen á la Sociedad, que esta razon ó conciencia es la que han seguido siempre los cuákeros bajo un nombre más imponente. Y en verdad que sus actos más excéntricos no tienen otro origen que el haber puesto en accion lo que ellos juzgaban justo; ó lo que es igual, lo que era dictado por su conciencia en estado de excitacion. Ahora bien; es casi axiomático el decir que un sistema en el cual la razon del individuo (cualquiera que sea el nom-

(1) *Los Cuákeros*, p. 111.

bre que se le dé) ocupa el sitio de guía ó director, es un sistema de puro racionalismo, cuando no se restringe por algun medio á la razon; y cuando tal restriccion existe, tenderá á desenvolverse en un sistema de puro racionalismo segun se va relajando por algun motivo esta restriccion. Este freno para los cuákeros consistia en la fé que tenian en la inspiracion de las Sagradas Escrituras. Creian en la inspiracion de las Escrituras porque este dogma se hallaba «sancionado y aprobado por la Luz,» lo cual, por supuesto, no era otra cosa que un medio para decir que lo habian mamado con la leche de sus madres, y que esta, como todas las creencias religiosas implantadas en la niñez, se habia convertido en una parte de sí mismos. Todavía es más importante observar la supremacía teórica que desde el principio fué asignada al Espíritu sobre las Escrituras. En el pecho del filósofo solo reina la razon. En el católico la sumision á la Iglesia: el protestante ortodoxo se halla virtualmente sometido á la Biblia.

Respecto al cuáker, vive regido por formas constitucionales, siendo la Biblia, de hecho, su Constitucion. Pero compromisos como los que ya hemos señalado no son de ordinario más que expedientes transitorios (1). Y el peligro de esta subordinacion teórica de las Escrituras á la Luz interna consiste en que entrañaba un principio que algun dia podia llegar á ser fatal á la creencia en la inspiracion. Pues qué, ¿si despues que un hombre hubiese cuidadosa y concienzudamente examinado el asunto, su Luz interna le revelara que la relacion mosáica de la creacion era un mito, el diluvio una leyenda, el Éxodo mentira, el libro de Daniel de una fecha posterior á los acontecimientos que pretende profetizar, los cuatro Evangelios una produccion del siglo II, y otras cosas por el estilo? ¿No seria su deber seguir la Luz interna? Ó como si dijéramos, hablando en distintos términos, ¿no deberia seguir sus propias convicciones? Manifestar que la Luz interna no podia guiarle en este punto es volver á la misma dificultad. Y no es este enteramente un caso hipotético, porque la mayoría de los cuákeros americanos, que constituyen la ma-

(1) *Westminster Review*. Vol. XLII.

yoría de todo el cuerpo, han llegado precisamente á este punto; han llegado á ser virtualmente deistas. Aludimos por supuesto á los Hicksitas. Movimientos parecidos en pequeña escala han tenido lugar en Inglaterra, como por ejemplo, el notable que se llevó á cabo hace algunos años en Manchester. Como quiera que la doctrina de la inspiracion bíblica está recibiendo todos los dias nuevos golpes, se aproxima la época en que el pequeño resto de los cuákeros tendrá que elegir entre la letra del culto ó el racionalismo. Esperamos, y en tanto teniendo presente el ejemplo que nos dieron los hermanos americanos, podemos confidencialmente decirnos que la eleccion se decidirá por el último.

La doctrina de la Luz interna guardada y custodiada por las Escrituras, ya no puede durar más tiempo cuando se deja oír la voz de «*¿Quis custodiet ipsos custodes?*» Cuando este dogma de la inspiracion bíblica haya desaparecido, la «Luz interna,» el «guía perceptible» y otras elevadas nociones se desenvolverán dentro del criterio de cada hombre segun lo que crea justo, dándose así las manos con la filosofía.

Es preciso manifestar que aun tomando la doctrina cuákera tal como se halla ahora en Inglaterra, aunque admitamos como principio fundamental de la sociedad que «todo lo que se pueda decir ó hacer contrariando á las Sagradas Escrituras, aunque se suponga hecho bajo la influencia inmediata del Espíritu Santo, debe ser considerado como una ilusion» (1); la teoría del cuakerismo se presta á las mayores divergencias. Por ejemplo: ¿no podría ser perfectamente un hombre buen cuákero y *unitario* al mismo tiempo? Jorge Enrique Newman ha observado con acierto que la primera impresion que deja en un espíritu desapasionado la lectura del Nuevo Testamento es que Jesús fué un sér superior de algun modo, pero no que fuera necesariamente igual á Dios. Hay tantos pasajes, añade el doctor Newman, que afirman su inferioridad, como pueden citarse en apoyo de su igualdad con el Padre. Desde luego este es un argumento que puede

(1) Declaracion de algunos principios fundamentales de la Verdad Cristiana, 1872.

emplearse contra algunas autoridades externas, tales como la Iglesia católica. ¿Qué es, pues, lo que impide que la Luz interna conduzca á un miembro de la sociedad de los Amigos al arrianismo ó á la práctica del Bautismo y á participar de la Comunión, lo cual seguramente no podrá decirse que es *contrario* á las Escrituras? Otras Iglesias protestantes y sectas poseen artículos, credos, catecismos, formularios, los cuales definen lo que los miembros tienen obligación de creer; mas entendemos que el cuakerismo rechaza estas «mezquinas bagatelas.» De hecho, una persona ó las personas que llegasen á tales conclusiones en Inglaterra, serian despedidas de la sociedad por la simple razon de que estarían en minoría. Pero el número no hace prueba en un caso como este (si hiciera prueba, los Amigos ortodoxos se encuentran sin remedio en el error), y las personas así despedidas pueden perfectamente decir que en vez de abandonar el cuakerismo, ellos son los verdaderos cuákeros. Si hubiera una separacion bastante crecida, continuarian sin duda usando el nombre de Amigos, y como hemos visto, estarían legítimamente dentro de los verdaderos principios de los Amigos. El principio positivo que contiene el cuakerismo es la doctrina de la suficiencia de la Luz interna. Como este, si se desarrolliera legítimamente, conduciría al deísmo, ha habido necesidad de restringirlo, suponiendo que se trataba de la Luz interna testificada por las Sagradas Escrituras. Como todavía esto podría llevar á alguna de las formas de la doctrina cristiana, incluso el unitarismo, ha sido aún más depurado y confinado á lo que la Luz interna decía, testificado por la opinion de la mayoría de la Sociedad como intérprete de las mismas Escrituras. De lo cual resulta que bajo esta manipulacion la Luz interna queda reducida á una luz cualquiera, y el cuakerismo ortodoxo se presenta á nosotros como una de las más dogmáticas y por lo tanto de las más ilógicas sectas cristianas. Y las gentes, observando que la Luz interna ha guiado á la mayoría de los cuákeros americanos por un camino y á los ingleses por otro, pueden preguntar con razon si esta luz no es tan falible como la razon, á la cual repugnan que se identifique.

Si esta doctrina de la Luz interna (en cierto sentido pro-

funda y filosófica) ha sido pervertida por su asociacion á determinados libros considerados como infalibles en el tiempo en que la doctrina se dió á conocer por vez primera, y aún más pervertida y esterilizada por la tradicion, por el formalismo, por el deseo de mantener la Sociedad en un estrecho recinto, ha sido origen en cambio de resultados de inmenso valor. El cuakerismo está bajo algunos puntos de vista tan adelantado sobre el siglo XIX como lo estaba sobre el siglo XVII. Porque la doctrina de la inspiracion universal ha tenido por corolario la de la espiritualidad de toda religion, y consiguientemente la ausencia de un sacerdocio. Donde cada uno es el sacerdote de sí mismo, no puede haber plaza para tal funcionario. Donde cada cual se halla en comunicacion inmediata con la Divinidad, los Sacramentos no significan nada. No vayamos á suponer, sin embargo, que estos puntos se hallaban dispuestos con enlace lógico en los espíritus de Fox y de sus inmediatos continuadores. La creencia que todavía tiene el resto de los cuákeros en asuntos como el de la iluminacion fué construida y trabajada por los más cultos de sus sucesores. La iluminacion de Fox era inspiracion sobrenatural en un sentido que no admitiria seguramente un cuákero de hoy. Se creía inspirado al tenor de Ludovick Muggleton y John Reeve, ó viniendo á tiempos más cercanos, como se creía inspirada Juana Southcott.

Suponia que habia recibido una mision sobrenatural y divina por el mismo procedimiento que San Pablõ, del mismo modo y acaso en un grado no menor que Jesús mismo. Llegaba á decir que «tenia algo que hablar de parte de Dios á los sacerdotes y al pueblo.» Sus extraordinarias cartas y mensajes (los cuales, á diferencia de un diario, parece que han sido conservados en su jerga original) están escritas como las de un apóstol que se dirige á sus conversos. Hemos visto que curaba á los enfermos y hacia milagros; más tarde fué dotado con el don de la profecía y con el poder de abatir al impío como Pedro abatió á Ananías. En cierta ocasion dijo á un armador que su fin seria el de Judas, y que esta era la voluntad del Señor. El armador se ahorcó poco despues.

Otra vez, un rudo carnicero que habia empleado su len-

guaje en burlarse de los Amigos, fué castigado hinchándosele repentinamente la lengua hasta el punto de no poder moverla dentro de la boca, y en este lamentable estado murió.

No sólo estaba Fox inspirado, sino que todos aquellos que abrazaban su doctrina estaban inspirados de un modo análogo, llegando á ser un pueblo único. Viajaba anunciando «el día del Señor entre su pueblo» por las ciudades que iba atravesando. Una de sus cartas está dirigida «á la semilla elegida del Señor, llamada los cuákeros.» En 1656 decia que «la verdad del Señor estaba hermosamente implantada en la nacion, y muchos miles de personas se habian convertido al Señor.» Seguía de esto que todo el resto del mundo se hallaba en tinieblas y bajo el dominio de Satán. Todos los papistas, prelatistas, presbiterianos, independientes y bautistas, todos aquellos, en suma, que habiendo oido sus rústicas arengas, no se convencian, eran presa del fuego del infierno. Llamaba á los sacerdotes con sus congregaciones, hipócritas, falsarios y tontos profesores, en algunos casos ántes de que hubiera hablado siquiera con ellos. «Yo sé que cuando el Señor me creó, fué como al cachorro de un leon, en medio de una caverna de fieras.» Contra los sacerdotes era contra quienes se dirigia con mayor furor. A sus ojos «los sacerdotes estaban en el error, obraban bajo el poder de las tinieblas, se hallaban fuera de la verdadera fé.» No era poco frecuente que estas personas huyeran á la noticia de su aproximacion. En una de estas ocasiones el ministro fué buscado en un pajar y perseguido despues por un campo de trigo, donde se suponía que se habia ocultado. Habiendo descubierto á un sacerdote en la calle de una ciudad (uno á quien conocia un poco, aunque fuese tan piadoso como Ricardo Baxter) le avisó inmediatamente. En vez de manifestar que era Ricardo Baxter, dijo que pertenecia simplemente á otra profesion. Su aversion por los sacerdotes se extendia á las iglesias donde predicaban y á los servicios que ejecutaban. «Las iglesias anglicanas y los púlpitos siempre ofendieron mi espíritu, escribia.» Son «templos de la idolatría.» Y en verdad que la sola vista de una iglesia le producía el mismo efecto que una capa encarnada á un oro bravío. «Hallándome de paseo con varios amigos, levan-

té mi cabeza y descubrí las torres de tres iglesias; y esto *me hirió profundamente.*» Cuando se le ofrecía una iglesia para predicar, rehusaba diciendo al pueblo «que él venía á desembarazar á Cristo de estas cosas.»

El ódio que Fox profesaba á los sacerdotes y á las iglesias, y á todo lo que ejecutaban exclusivamente aquellos en estas, le llevaba muy naturalmente á rechazar todas las ceremonias, tales como el Bautismo y la Eucaristía. Los argumentos inventados por los apologistas para justificar estos dogmas nunca entraron en su cabeza. Si el Bautismo hubiera sido un rito administrado ordinariamente por los legos, si la Eucaristía se verificara comunmente en el seno de las familias, es probable que los hubiera admitido de buena voluntad en su credo. Pero según él, tenían olor de teocracia y de iglesia, y esto bastaba. Seguramente que algunas razones tendría para rechazar los ritos primitivos del Cristianismo, prescritos terminantemente en las Sagradas Escrituras y practicados durante quince siglos por la cristiandad. Fox da en 1656 lo que nosotros suponemos que serán sus razones. Puede estimarse su valor por lo siguiente. Pablo había escrito: «Tan frecuentemente como comais este pan y bebais este vino se os mostrará la muerte del Señor.» A lo cual observa Fox que las palabras «tan frecuentemente» prueban que el rito era discrecional. Cuando el primer fervor y entusiasmo á que había dado origen el cuakerismo hubo desaparecido, se hizo necesaria una definición de sus dogmas como condición para subsistir en la tierra en calidad de profesión religiosa. Porque una simple creencia en la inspiración divina, no forma un lazo bastante fuerte para retener unidos de un modo estable á los miembros de una sociedad religiosa. Ni podían los cuáqueros esperar que andarian vagando siempre por el país llamándose hijos de Dios, y á todos los demás hijos de Satán, lo cual para muchos era el resúmen de su credo, como el interrumpir y ultrajar al clero era el resúmen de sus prácticas. Afortunadamente ó desgraciadamente, como el lector juzgue mejor (nosotros creemos que afortunadamente), algunos hombres de criterio se hallaban afiliados á esta extraña compañía, hombres que nunca soñaron en pasear desnudos como símbolo

del cuakerismo, aunque Mr. Wallace actualmente soñaría con ir así á la cabeza del espiritualismo. Estos definieron el credo y establecieron las proporciones, que suponemos serian tan inteligibles para Jorge Fox como las de Mr. Wallace para Katie Fox. El período de las apologías habia llegado. La inspiracion del fundador, que era simplemente una locura, fué templada en una construccion que tenia un aspecto teológico y aun filosófico; y la doctrina pudo desde entónces considerarse como una reaccion contra el culto externo y la bibliomanía. Del mismo modo, cuando la primera agitacion del movimiento hubo cesado, se encontró entre los restos la doctrina de la espiritualidad de la religion y la negacion consiguiente de todos los ritos y ceremonias. Barday en una série de «Tesis Teológicas,» quiso dar las razones por las que los cuákeros estaban en la verdad y el resto de la cristiandad en el error sobre estos puntos. En cuanto á las razones de Barday y de otros, fuerza es que digamos que nos sentiriamos más atraídos hácia el cuakerismo si nunca se hubieran dado. Recordamos lo que decia lord Mansfield á propósito del individuo que habia ido á las colonias de juez: «Hubiera hecho mejor en no dar las razones de sus sentencias, porque las últimas es posible que fueran justas; las primeras con seguridad eran un disparate.» A nosotros nos gustan extraordinariamente las conclusiones de los cuákeros en favor de la religion espiritual contra el bautismo, la comunión y el sacerdocio. En cuanto á sus pretensiones de conciliarlas con la total inspiracion de las Escrituras, las dejamos para los teólogos.

Como el trabajo práctico de una religion es, sin embargo, más importante que las doctrinas estampadas sobre el papel, las doctrinas y las prácticas en este caso son de más importancia que los argumentos en que se sostienen y que el procedimiento por el que se llega á ellas. Ninguna doctrina puede ser defendida con más éxito por la tradicion y por las Escrituras que la de la transustanciacion; pero como sus consecuencias son desastrosas para la sociedad, se ha creido conveniente rechazarla con malos razonamientos, pero con excelentes resultados. Ninguna secta cristiana es más lógica en su contenido que la del «Pueblo peculiar». La Biblia, que

todas las sectas suponen igualmente inspirada, establece un procedimiento particular para el caso de enfermedad, y el «Pueblo peculiar» es el único que lo sigue. El proceso es innegable, pero el resultado es ordinariamente la muerte del enfermo y la comparecencia de sus amigos ante un jurado compuesto de sacerdotes, bautistas y metodistas, donde son considerados reos de homicidio, si bien los jueces van aceptando las disculpas de los reos. Un razonamiento semejante, aunque ridículo, ha conducido á los cuákeros á resultados provechosos. Sostuvieron sériamente que las palabras de Jesucristo «Id y enseñad á todas las naciones y bautizadlas, etc.» debian ser tomadas literalmente en cuanto á la enseñanza y figuradamente en cuanto al bautismo. El resultado fué desembarazarles de una de las *raisons d'etre* del sacerdocio.

En vez de presentar la mejilla al agresor (lo cual, sin embargo, fué aceptado literalmente por los primeros Amigos), siempre estuvieron dispuestos á no resistir la violencia; pero como el doctor Johnson hace notar, no habia ninguno entre ellos dispuesto á aceptar el precepto de no pagar lo que se debe. Y aunque es cierto que la doctrina de la no resistencia podia haber resultado, acompañada de ciertas circunstancias, peligrosa para la comunidad y podia ser restringida por las leyes, no ocurrió nada de esto en la historia del cuakerismo inglés. El resultado ha sido la creacion de una casta inofensiva de cuákeros que aumentaron la riqueza del país con su economía, y nunca turbaron su prosperidad. Rehusaron pagar los diezmos, y no vieron ó no quisieron ver que esto era colocarse encima de la ley, contribuir á la disolucion de la Iglesia, arruinar al clero y gozar de más ventajas económicas que otros pueblos. Su obstinacion sobre este punto ha contribuido á levantar de nuevo una cuestion enojosa. Muchos de ellos irian al cadalso antes que poner la palabra «Enero» en el encabezamiento de una carta, y sufririan el martirio alegremente con las palabras «Octavo mes» entre los lábios como protesta contra las formas latinas de Agosto ú Octubre. Estas y otras caprichosas singularidades fueron útiles consideradas como una barrera artificial entre los

cuákeros y el mundo; fueron útiles porque hicieron subsistir un pueblo tan característico. Tan pronto como se abrió una brecha en esta barrera; tan pronto como aquellos comenzaron á moverse en direccion al exterior, el decaimiento del cuakerismo ha sido un hecho.

Este decaimiento comenzó realmente cuando los Amigos, de una banda de peregrinos misioneros se convirtieron en una secta cristiana regular, sin estar expuesta á ningun peligro, porque ya no revestia las formas mayores de la violencia. Nos permitiremos decir, de pasada, que se ha hecho demasiado ruido con la llamada «persecucion» de los cuákeros en Inglaterra. Nada tenemos que decir ciertamente (salvo la ignorancia de los tiempos) en favor de la brutal canalla que invadia sus asambleas y arrastraba por el suelo á sus mujeres predicadoras. Es preciso considerar, sin embargo, que los defensores de una creencia impopular, sea política, social ó teológica, han estado en todos los tiempos expuestos á estos tratamientos por parte de aquellos, á quienes Mr. Bright ha llamado *el residuo*. Un candidato impopular y sus amigos en una eleccion acalorada han sido tratados en muchas ocasiones como los primeros cuákeros, y estarían expuestos á ser tratados siempre del mismo modo si no fuera por la intervencion de la policia. Mas si por persecucion se entiende la organizada por el gobierno y las autoridades del país, creemos que algo acertado se puede decir por la otra parte. A ningun hombre en la actualidad se le permitiria estarse con el sombrero puesto en una iglesia ni increpar al predicador; á ningun hombre se le permitiria escribir libelos ni cartas insultantes á los jueces.

Es muy posible que vinieran circunstancias en las cuales se creyera conveniente exigir á ciertas personas el juramento de adhesion á la reina Victoria, ó de algun otro modo obligarlas á hacer profesion de lealtad á la Corona, tomándose algunas medidas contra aquellos que rehusaran cumplirlo. Ningun gobierno puede pasar por que se rehuse el pago de impuestos como los derechos de Iglesia ó el diezmo, donde el pago es obligatorio por las leyes del país. La severidad particular empleada con los cuákeros fué en gran parte debida á

su proceder en estas materias. Que este proceder se debe á motivos de conciencia, es innegable; pero que deba tomarse como un acto de persecucion por parte del gobierno el no tener en cuenta para nada estos escrúpulos, seria un aserto extraño en boca de una generacion que destina al «Pueblo peculiar» á limpiar estopa y á los mormones á moler trigo.

No siendo por más tiempo agresivo y encerrado ya en sus ordenadas asambleas, el cuakerismo dejó de ser para el mundo el propagador de un nuevo y espiritual Evangelio, posicion que despues tomó el metodismo con mayor éxito. Sus esfuerzos de propaganda fueron dirigidos desde entonces á objetos más prácticos, y sin esperanza ya de convertir á la humanidad á la doctrina de la iluminacion, se aplicaron á convertirlos hombres al bien. Sus protestas contra la esclavitud, sus trabajos en favor de los nuevos adelantos, en las prisiones y en el perfeccionamiento del salvaje código criminal de otros tiempos, les honrarán mucho, despues que el último cuákero haya sido arrastrado hácia el último muggletoniano.

El bien que han llevado á cabo subsistirá despues que ellos hayan muerto, y el mal (que como secta no pudieron menos de hacer) quedará enterrado con sus huesos.

Hemos advertido ya que hubieran podido hacer mucho mal. Si, por ejemplo, la mayor parte del pueblo inglés se hubiese convertido á la doctrina de la no-resistencia, es seguro que ya hace mucho tiempo que hubiéramos dejado de existir como nacion independiente. Afortunadamente, no fueron bastante numerosos para hacer más que protestar contra las guerras de cualquier especie, lo cual creemos que es lo mismo que protestar contra los terremotos. Arrojando al mundo un desafío, si tal expresion puede aplicarse á gente tan pacífica, para seguir literalmente los preceptos de Jesucristo, han puesto al mismo tiempo de manifiesto lo absurdo del reto, por su propia costumbre, no tan rigurosa pero sí más benéfica, de no vender todos sus bienes y seguir al Maestro, de no prestar sino bajo buenas garantías y de acumular una gran riqueza sobre la tierra. Esta conducta les ha dado en el mundo la respetabilidad necesaria para llevar á cabo sus propósitos humanitarios.

En el trascurso de algunas generaciones la sola mencion de la palabra cuákeró llevará á las gentes á preguntar: «¿Qué fueron despues de todo los cuákeros?» lo mismo que en la actualidad se pregunta: «¿Qué fueron los dogmas de los peripatéticos, quiénes fueron los esenios, quiénes fueron los hombres de la Quinta Monarquía?» Probablemente uno que tuviera el necesario conocimiento de aquellos tiempos encontraria dificultad en decirlo. La naturaleza sensible de los hombres correrá siempre por nuevos cáuces. Nuevas recetas para sondar lo insondable, llamadas vulgarmente teologías, reemplazarán á las que se forjaron en el siglo XVII. Estas especulaciones y supersticiones tendrán probablemente el mismo valor práctico que siempre han tenido las especulaciones y supersticiones; algunas serán seguidas de malos y otras en general de buenos resultados prácticos, como el culto de la Vírgen y la doctrina de la divina iluminacion han producido, á su modo, beneficios al creyente. Nosotros nos alegraríamos extraordinariamente de que algunas de estas nuevas sectas ó escuelas así formadas dejen, antes de desaparecer, una historia tan honrosa como la de los antiguos y extinguidos cuákeros.

A. P. V.

(*Westminster Review.*)

UNA DEFENSA DE MARÍA TUDOR



Más de una vez ha sido el trono para ilustres mujeres una verdadera picota en la historia. El género humano las ha odiado, las ha maldecido, las ha condenado como si fueran realmente encarnaciones del mal, del vicio ó de la ineptitud puestas en la más alta cima de una sociedad. Los historiadores han levantado sus manos cargadas de documentos, y han señalado con ira esas víctimas de la inexorable justicia de la posteridad. Los hombres escuchaban con emoción estas narraciones apasionadas, y cuando han querido concretar en una figura la odiosidad de una política, de un vicio ó de un crimen, han pronunciado con indignación esos nombres entregados á la animosidad de los siglos.

Existe, á no dudarlo, este derecho de los historiadores. Los que atropellan con su poder la razón y la justicia en un momento histórico, los que levantan una personalidad soberbia sobre todos los deberes y todos los derechos, los que viven matando, envileciendo, anonadando á un pueblo, deben hallar en las páginas de la historia una protesta y un anatema. Este castigo de la razón histórica tiene todos los caracteres de una gran reparación.

Pero al lado de este derecho á la severidad, hay el altísimo deber de hacer justicia á los que fueron. La influencia de una pasión política ó religiosa que se prolonga demasiado, la acción maléfica de un error que no se desvanece á tiempo, un conjunto de calumnias que se agolpen, ó la coincidencia de todos estos elementos, han llevado á las páginas de la historia juicios erróneos é injustos. Deshacerlos, reintegrar en su perdida respetabilidad á los personajes, devolver á un actor del

gran drama de la humanidad su carácter verdadero, es un noble servicio del erudito y una verdadera obligación del historiador.

En el primer número de la REVISTA hemos dado cuenta de los últimos importantísimos resultados que ofrece á la espec-tacion pública el ilustre Gregorovius en el gran proceso de Lucrecia Borgia, abierto por tantas inteligencias privilegia-das. Hoy debemos hablar á nuestros lectores de otra ilustre mujer, de una reina que desde sus primeros años va por la vida de tragedia en tragedia, como van los desgraciados de dolor en dolor, y que al pasar á la posteridad, como si su destino de lágrimas debiera estenderse más allá del sepulcro, ha sido constantemente acusada de crueldad, de fanatismo, de rencores inauditos, apareciendo de esta suerte en el período más dramático de la historia de Inglaterra como un tipo de maldad grabado por el espirante fanatismo de una secta ven-cida en las ensangrentadas tablas de los cadalsos.

La hora de la reparacion compasiva ha sonado tambien para esta desventurada reina. Su figura, inundada de luz por la gigantesca inspiracion de Tennyon, ha inspirado un pro-fundo y misericordioso respeto. El drama *Queen Mary*, cuyas situaciones y cuyos versos constituyen en Inglaterra el ver-dadero acontecimiento literario de actualidad, ha puesto al servicio de la memoria de María una profunda emocion. Mr. John Piggot ha aprovechado este momento altamente favorable para confiar al estudio de los lectores de *The Fra-ser's Magazine* (1) el resultado de anteriores investigaciones detenida y laboriosamente hechas por amor á la verdad de la historia.

Hemos leído cuidadosamente este trabajo con el interés que nos inspiran todos los estudios consagrados á devolver su perdida aureola á las mujeres ilustres en que se detienen siem-pre las miradas de los que estudian la historia, como si bus-caran en su hermosura y en su génio un puro manantial de inspiraciones del corazon. Hemos tratado de completar este

(1) *Fraser's Magazine*.—*The Character of Mary Tudor*. By John Piggot.

trabajo con indicaciones indispensables para el lector español y hemos creído que estábamos en el deber de comentarlo más de una vez, de añadir á sus datos algunas apreciaciones y ciertos suplementos que nos habia sugerido la lectura. Lo ofrecemos ahora al lector con todas estas modificaciones, aspirando tan solo á contribuir en la medida de nuestras fuerzas al esclarecimiento de un importante período de la historia.

I.

El origen de la dinastía de Tudor se remonta á los más interesantes períodos de la trágica lucha de las casas de York y Lancaster. Owen Tudor es el tronco de esta famosa dinastía. Perteneciente á una de las principales familias del principado de Gales, vivia en constantes relaciones con la córte, en esa proximidad del poder que engendra y alimenta ambiciones atormentadoras. Dotado de brillantes cualidades que sabia consagrar hábilmente al logro de sus deseos, logró inspirar una profunda pasion á la reina Catalina, viuda de Enrique V. Casó secretamente con esta princesa, y en medio de las alegrías y de los placeres silenciosos de un amor ardientemente correspondido y avalorado tambien por los encantos del misterio, tuvo un hijo. Este heredero de su nombre se llamó Edmundo Tudor y fué conde de Richemond. De este hijo de Owen y de Margarita de Lancaster nació Enrique VII, que ocupó el trono despues de haber derribado á un príncipe de la casa de York, á Ricardo III.

La casa de Tudor reinó en Inglaterra desde 1485 hasta el advenimiento de los Estuardos en 1603. Cinco soberanos ha dado esta dinastía á Inglaterra, y casi todos estos reinados se distinguen por la importancia y el dramático carácter que revistieron. Esos cinco soberanos son: Enrique VII, Enrique VIII, Eduardo VI, María é Isabel.

Dos hijos tuvo Enrique VII, y el mayor, llamado Arturo, era naturalmente el heredero de sus reinos. En 1500 concertaron los reyes de España D. Fernando y doña Isabel, los *Católicos*, y el de Inglaterra, que casaran el príncipe Arturo y doña Catalina. Verificóse este matrimonio en 1501, cele-

brándose las velaciones á 14 de Noviembre en la iglesia londonense de San Pablo. Enfermo el príncipe y demasiado joven, pues no contaba aún quince años, no hubo trato conyugal entre los esposos, y para vedarlo, segun refieren muy verídicas historias, tomó desde un principio el rey Enrique las más oportunas precauciones.

La fiebre que devoraba lentamente la salud de Arturo puso término muy pronto á su vida, pues aconteció su muerte cinco meses despues del enlace. Este matrimonio no fué otra cosa en realidad que una promesa de amor y de ventura que entrevieron ámbos jóvenes, sin que pudiera inundarlos jamás con sus resplandores.

La muerte de Arturo parece que debia devolver su hija á los reyes Católicos. Mas no fué así, pues Enrique VII les propuso que se desposara doña Catalina con el hijo de aquel, el príncipe Enrique, que se llamó despues, cuando subió al trono de Inglaterra, el *Octavo*. La proposicion fué bien acogida por los monarcas españoles. Consultóse el caso con los letrados y canonistas de más celebridad en ámbos reinos; elevóse, por último, esta consulta á la santidad de Julio II, y este, con parecer de las personas que estimaba más competentes, quitó todo impedimento. La dispensacion que dió el Papa puede verse en la *Historia del cisma de Inglaterra*, del P. Rivadeneyra (1), entre otros lugares, y citamos este por las razones que enumera el docto jesuita en abono de la resolucion del Pontífice.

Hiciéronse los desposorios en la menor edad de Enrique. Mientras crecia este príncipe y podia efectuarse su matrimonio, murieron Isabel y Enrique VII. Soberano ya el primero del Estado, que le correspondia, segun el sentido de aquella época, como á príncipe natural, con diez y ocho años que tenia, singulares dones de varonil hermosura y mucho despejo, supo vencer las repugnancias que habia manifestado en un principio y casó con doña Catalina á 3 de Junio de 1509. De la sucesion que hubo en su virtuosísima esposa murieron todos en tierna edad, á excepcion de María, que nació el 18 de Fe-

(1) Rivadeneyra, *Historia del cisma*, etc., cap. I.

brero de 1516 en el palacio de Greenwich ó Grevinga, como dice Rivadeneyra, alterando, segun usanza muy estendida en su tiempo, los nombres extranjeros, y dejándolos tales que no los reconoce con facilidad el más experimentado.

Fué confiada la guarda y educacion de María á Margarita, condesa de Salisbury, hija del duque de Clarence, hermano del rey Eduardo VI, y madre de Reginaldo Pole, que fué despues cardenal. Trascurrieron los primeros seis años de la vida de María en Ditton Pork, Bucks y en otros varios palacios de su real familia. En 1522, contando á la sazón seis años, fué María prometida al emperador Cárlos V, padre de su futuro esposo Felipe II. Convino el emperador en casar con ella cuando tuviera doce años, y en virtud de este convenio se educó á la princesa como á la brillante posicion que debia ocupar en el mundo convenia.

Sampson escribe á Wolsey el 8 de Setiembre de 1525 desde la régia residencia de King's Langley, Herts, lo que Mr. Piggot recuerda y literalmente traducimos del embrollado inglés de entónces: «Mi señora la princesa vino aquí el sábado. Es ciertamente, señor, para su edad, la niña más buena que jamás mis ojos vieron, y de aspecto y continente muy buenos tambien.» Esta opinion de Sampson (1) fué manifestada poco tiempo despues de haber empezado á circular en Inglaterra la noticia de que el emperador estaba para contraer matrimonio á la mayor brevedad con Isabel de Portugal. María partió muy luego para su córte en Ludlow Castle, donde se organizó muy pronto su servidumbre como en calidad de princesa de Gales debia tenerla. Fué su chambelan sir John Dudley, más tarde duque de Northumberland, y este célebre personaje compartió con Tomás Andley y la condesa de Salisbury las más elevadas posiciones de aquella córte espléndidamente formada.

Dedicóse en Agosto de 1527 el cardenal Wolsey á negociar en Francia el matrimonio de la princesa con Francisco I; mas no coronó el éxito estas negociaciones. Reunióse en aquel tiempo María con sus padres en Tyrtynhanger, palacio

(1) State Papers. Henry VIII. I. 162.

en que vinieron á residir, huyendo de la plaga que azotaba el reino á la sazón.

Empezaba á agitarse entónces la cuestion del célebre divorcio con que inició Enrique VIII la série de sus incalificables excesos y delitos. La importancia de este suceso en la vida de María nos obliga á detenernos un momento para relatarlo sumariamente.

Como hemos dicho ya, fué menester una especial dispensacion del Papa para que casara con Enrique la desgraciada viuda del príncipe Arturo. Avínose por fin el nuevo rey, con perfecta aprobacion de su Consejo, á celebrar el matrimonio. No parecia que hubieran de surgir andando el tiempo graves conflictos por esa circunstancia; mas no fué así, pues no aviniéndose los distintos caractéres de Catalina y Enrique, austera y devota ella, muy dada á piadosos ejercicios y privaciones, grandísima mortificadora de sí misma en ásperas penitencias, y siempre con el temor de Dios preocupada, y por el celo de las buenas obras influida, y harto distraido y mundanal el príncipe, pues siempre le sedujeron con grandísimo atractivo los placeres de la bebida y el amor, aunque fuese al mismo tiempo de muy claro entendimiento y mucha instruccion, y obrando muy eficazmente en él deseos que su matrimonio contrariaba, juntamente con la mortificacion que le producía el haberse unido para toda la vida con quien no quisiera estarlo, empezó á mover el negocio de la dispensacion, allegándose servidores de su capricho é instrumentos de su falsía. Con lo cual, y muy bien servido en su intento por Wolsey y Cranmer, viendo que del Papa no podía conseguir el logro de sus propósitos, lo resolvió por sí mismo, coincidiendo con su divorcio de la reina su separacion de la Iglesia, y casando muy luego con Ana Bolena, causadora en gran parte de todos estos sucesos por el frenético amor que le inspiró y la maña que supo darse para inflamarle más en su deseo con la resistencia que le opuso, llevándole por anhelo de su posesion á buscarla como ella quería, haciéndola su esposa y reina de Inglaterra.

Fué acogido este divorcio en aquellos reinos con grandísima impopularidad, y harto demuestra esta repugnancia el

hecho de que Cranmer, elevado al arzobispado de Canterbury para que lo pronunciara y confirmase la union de Enrique y Ana Bolena, se vió en el caso de prohibir la predicacion por espacio de un año. Y estaba tan disgustado, que no se atrevió á trasladarse, como era de esperar, á Canterbury para las acostumbradas ceremonias. Mr. Piggot hace constar estos interesantes datos, que sirven para ilustrar grandemente un hecho importantísimo en que concurrieron tantas miserias, que el historiador más apasionado no puede ménos de mirarlo con prevencion.

II.

No necesito quizás consignar la profunda afliccion de María en los años que precedieron y siguieron á ese desdichado suceso. Amaba ardientemente á su madre, perfectísimo dechado de virtud, cariñosísima y llena de dulzura para con ella, á quien profesó siempre un afecto vehemente, con igual vehemencia correspondido. Una larga enfermedad le sobrevino á consecuencia de estas rudas pruebas de su corazon. Consta que padeció mucho en 1530 y 1531. Con motivo del parto de Ana Bolena, que privaba á María de su calidad de princesa de Gales, fué trasladada al palacio de Greenwich, en que, como hemos dicho ya, habia nacido. En 1534, un año despues de ese parto, el Parlamento declaró heredera de la corona á la hija de esa hermosa mujer, á la célebre Isabel, que andando el tiempo habia de ser tan famosa.

La residencia de María varió frecuentemente en este período. Primero se le designó en Newhall ó Beaulieu, cerca de Chelmsford, condado de Essex; pero luego que ocurrió el nacimiento de la nueva princesa, fué llevada al palacio de Hunsdon. Residiendo María en esta régia mansion, murió su desgraciadísima madre. Ocurrió esta defuncion el 7 de Enero de 1536. La abandonada reina llamó en vano, con voces que partian el corazon, á su hija, de quien tan largo tiempo estuvo separada por la perfidia. «Fuera para mí, decia Catalina, la vista de mi hija, casi la salud» (1). Para en-

(1) Hearne's Syllogue. p. 107.

carecer las desdichas de María nada tiene tal vez tanta elocuencia como los remordimientos que exaltaron la conciencia de Ana Bolena. La víspera de su ejecución, herida irremediablemente por los terribles cargos que la llevaron al caldoso, bajo el peso de una terrible acusación de incesto, que costó también la existencia á su hermano lord Rochefort, colocó á lady Kingston, que estuvo un tiempo al cuidado de la persona de María, delante de ella para que representara á la princesa, y cayendo de rodillas ante aquella dama, rogóle muy encarecidamente que fuese á Hundson é impetrara el perdón de María por las desgracias que le había causado.

Mientras vivió su madre, abstúvose la princesa de dar ningún paso que pudiera oscurecer el nombre de aquella con sombra de deshonor. Muerta doña Catalina, afligióse hondamente María en el aislamiento, y ardía en deseos de llegar á una reconciliación con su familia. Fué inducida á firmar, sin oponer, por lo que ya se ha dicho, resistencia, una declaración en que reconocía al rey como suprema cabeza de la Iglesia y como ilegal el matrimonio de su madre. En la carta que acompaña la declaración ruega María al rey que tenga compasión de su miserable y apesadumbrada hija: *to have pyttye and compassyon on his myserable and sorowfull child*, frase enternecedora que trascribimos para inteligencia del lector con la ortografía que se usaba en aquel tiempo.

Conviene recordar que aun entónces era extraordinaria la popularidad de María. Celebraban los poetas, sin esperanza alguna de medro, los dones de su entendimiento y todas las cualidades de su persona. John Heywood, entre otros, le dedicó entusiastas y bellísimos versos, titulados *Descripcion de una nobilísima dama*. En estos versos se presenta á María como una criatura encantadora, que sobrepujaba en gracia y perfección á todas las mujeres.

No sería difícil relacionar estas simpatías de los poetas con las no comunes dotes de cultura que en la princesa concurrían. En sus largos años de retiro y abandono halló María dulces consuelos en el cultivo de las letras. Leyó las inmortales obras que nos han legado Grecia y Roma, en las lenguas en que fueron escritas, estudió atentamente las Escrituras, y

si hemos de creer á lord Milherve, que residió cerca de ella en 1536 é hizo despues una crónica, se familiarizó con la astronomía, la geografía y las matemáticas (1). Sobresalia tambien en la costura y en la música.

Era muy caritativa, y esta hermosa cualidad que tuvo, resulta perfectamente comprobada. En la apuntacion de sus gastos particulares, que empezó, segun consta, cuando hizo una visita á la córte en las Pascuas de 1536, se encontraron, entre otras cosas dignas de notarse, muchos socorros que hizo á los que poblaban á la sazón las cárceles de Lóndres. Su conducta en este triste período en que puede decirse que vivió entregada á sí misma, fué digna de los más justos elogios. Una hermosa jóven de veinte años que sale de un largo retiro y entra en córte tan regocijada y corrompida como la de Enrique VIII, encontraria tal vez legítimas disculpas para yerros y deslices. No las ha menester María, pues supo sobreponerse á estos incentivos que la rodeaban, ostentando un carácter enérgico que ha merecido las alabanzas de sus contemporáneos.

Gustábanle sobremanera los niños, y en 1537 fué madrina de quince, siendo de notar que algunos eran de humildísimo origen. Sus cuentas demuestran que no los olvidó y les hizo regalos distribuidos con mucha discrecion.

Los tres años que pasaron desde 1538 hasta 1541, tragéronle hondos pesares. Sus mejores amigos, la venerable condesa de Salisbury, lord Montague, el Dr. Featherstone, su maestro, fueron condenados á morir en el cadalso por el implacable Enrique VIII. No es necesario encarecer la afliccion que destrozaba el pecho de María cuando estos terribles castigos recayeron sobre esas personas que ella queria y reverenciaba tanto.

Ya en 1542 encontramos á María residiendo con su hermana en el palacio de Pergo, situado en Essex. Al año siguiente, presenció con su hermana el matrimonio de su padre con Catalina Parr. Estas bodas se celebraron en Hampton Court el 12 de Julio.

(1) Strickland. *Lives of Queens of England.*

Desde que su madre cayó en desgracia, se había reducido extraordinariamente la renta que disfrutaba, y esta circunstancia dá naturalmente á sus obras de caridad un mérito mayor.

El 7 de Febrero de 1544 fué declarada por el Parlamento heredera del reino á falta de su hermano, hijo del rey Enrique y de Juana Seymour. Recobró desde entónces su título de princesa y acrecentáronse sus recursos. Este cambio de posición sirvióla para dar mayor satisfaccion á sus generosos instintos.

Un caballero español fué recibido por Catalina Parr poco despues de su enlace con el rey. Este caballero, D. Manrique de Lara, duque de Nájera, describía algun tiempo despues á la princesa María en los siguientes términos: «Simpáticos son su aspecto y toda su persona, y tanto se la quiere en todo el reino, que casi se la adora» (1).

Ocupábase la princesa á la sazón en un trabajo literario cuya naturaleza se presta sin duda á excitar vivamente la curiosidad de aquellos que ignoren el hecho. Ya hemos dicho que consagró muchas horas de soledad y tristeza al estudio de las lenguas muertas. Familiarizándose con las obras maestras de Grecia y Roma, logró adquirir un envidiable conocimiento de las lenguas que hablaron esos pueblos esclarecidos. Educábanse de esta suerte las más ilustres damas en aquellos tiempos, como si quisieran realzar con esta cultura del espíritu los dones de su gracia, de su belleza y de su posición. No es maravilla que propusieran á María la traducción de la *Paráfrasis* de Erasmo; pero debe admirarnos que aceptara este encargo de facilitar una edición popular proyectada por los partidarios de la Reforma. Tomó á su cargo una de las más importantes partes de esa importantísima obra, el Evangelio de San Juan y su capellan, el Dr. Mallet, revisó esa traducción esmeradamente hecha. La reina, que consagraba su influencia al éxito de las pretensiones de los partidarios de la Reforma, vió con singular agrado esta conducta de María, y

(1) England as Seen by Foreigners in the Days of Elisabeth and James I. By W. Brenchley Rye (1865) introduction.

le escribió una cariñosa carta instándola para que no renunciara á presentarse ante la posteridad con la gloria que habia de proporcionarle su trabajo.

Su devocion, su amor al estudio, la energía de su carácter no privaban á María de presentarse en la córte y de permitirse todas las diversiones que á su elevada posicion correspondian. Existe, sin embargo, una carta de su hermano Eduardo, sugerida probablemente por su tutor Ricardo Cox, en que manifiesta la esperanza de que «su querida hermana María sabria preservarse de las seducciones del mal dejando de asistir á bailes extranjeros y regocijos que no sientan bien en tan cristiana princesa.» Esta carta, escrita por un niño que obraba bajo la influencia de personas extrañas, cuya oportunidad y buena intencion no son para nadie artículos de fé ni mucho ménos, solo es digna de recordacion porque se enlaza perfectamente con lo que sucedió despues.

Deslizábase de esta suerte la existencia de María, cuando sobrevino la muerte de su padre. Pollino refiere (1) que advirtiendo Enrique VIII la proximidad de su muerte, hizo que viniera su hija donde estaba y hablóle en estos ó muy parecidos términos: «Conozco que he sido causa de grandísimos pesares tuyos. Te ruego que no me guardes rencor y que me hagas solemne promesa de ser amante y bondadosa madre para tu hermano, á quien dejaré sin ayuda en su niñez.» Con razon afirma Mr. Piggot, refiriendo estos hechos, que todos los que conocen la historia del siguiente reinado saben con cuánta fidelidad cumplió María su promesa y cómo fué recompensada por su hermano. Enrique confirmó en su testamento á María en la sucesion á falta de Eduardo, le dejó 10.000 libras de dote y le señaló una renta anual de 3.000. Eduardo VI le asignó muy luego el señorío de Hunsdon, y en su palacio residió desde entónces muy á menudo.

Sobrevínole al año siguiente una enfermedad, y en 1550 estaba tan quebrantada su salud, que se desesperó de salvarla. Enferma, sola, casi con un pie en el sepulcro, ocurrióle á su hermano la incalificable idea de proporcionarle un nuevo

(1) *Istoria dell'Ecles*, pág. 396.

martirio. Prohibióle que se dijeran misas en su capilla particular. La intolerancia que se apodera á la larga de todas las sectas favorecidas por una injusta intrusion del Estado, heria en lo más íntimo de su conciencia á la princesa, precisamente cuando el triste estado de su salud y su afliccion la predisponian más fuertemente á buscar en las creencias que profesaba consuelos y nuevo vigor para su abatido espíritu. Tomó este asunto tales proporciones, que el emperador Carlos V dispuso que algunos buques cruzaran por la costa oriental con objeto de ofrecer á María un refugio, y trasladarla, si tal era su gusto, al lado de la reina de Hungría.

En el interesantísimo *Diario de Machyn* se encuentran interesantes noticias de sus visitas á Eduardo y datos que nos revelan el firme propósito que la princesa abrigaba de no abjurar su fé (1). Su resistencia no lograba vencer, sin embargo, el lamentable intento á que su jóven hermano fué arrastrado. El 14 de Agosto de 1551, los lores del Consejo Real comisionaron á Roberto Rochester, á Mr. Walgrave y á sir F. Englefield para que fuesen á Copt Hall, donde estaba María á la sazón, y prohibieran la celebracion de la misa. La princesa les obligó á volverse sin conseguir su objeto con una carta dirigida al rey en que le decia entre otras cosas que habia confiado en que S. M. permitiera á *su pobre humilde hermana* que celebrara la misa, como todos sus predecesores la celebraron, y que su conciencia no le permitia ni le permitiría nunca pensar una cosa y hacer otra, rogándole por último que se condujera con ella como hasta entónces, pues ningun mal habria de seguirsele por eso, ni al reino tampoco.

El 25 de ese mismo mes los mismos funcionarios recibieron la órden de llevar á cabo la instrucciones que recibieron; pero todos rogaron que se les dispensara. Otros servidores ménos escrupulosos encontró el poder, los cuales accedieron á ir y dieron cuenta al Consejo del resultado de su visita el 29 de Agosto. Con arreglo al informe que presentaron, sabemos que la princesa dijo que ántes de acceder á celebrar dife-

(1) *Diary of Henry Machyn, Citizen of London 1550-63* edited for the Camden Society by J. G. Nichols 1848, págs. 4-5.

rentes ceremonias de las usadas hasta la muerte de su padre, sufriría la muerte, que respecto de los sacerdotes que la servirían, les dejaba en libertad de hacer lo que quisieran y de abstenerse de cumplir su ministerio si temían verse reducidos á prision; pero que los nuevos ritos no entrarían nunca en su palacio, pues si entraban dejaría de habitarlo.

Estando María en su residencia favorita de Newhall, recibió en Julio de 1552 á lady Jane Grey, su futura rival. Un año más tarde, el 6 de Julio de 1553 murió el rey Eduardo. Guardóse por dos dias el secreto de su muerte con objeto de que María quedara sobrecogida por la noticia; pero estos planes se frustraron, pues la princesa supo por medio de sir Nichólas Throckmorton la muerte de su hermano, se adelantó rápidamente á Framlingham, levantó su bandera y muy pronto reunió á su lado buen número de leales súbditos. Casi podríamos dispensarnos de recordar el testamento de Eduardo, que directamente influido por el duque de Nortumberland, verdadero señor de aquel Estado mientras vivió el jóven rey, privó de la herencia que les pertenecía á sus dos hermanas, designando para que le sucediera á la hermosa, ejemplar é infortunada Juana Grey. No hemos de decir cómo logró María, eficazmente ayudada por sus partidarios, promover una insurreccion que deshizo los planes de sus enemigos y le devolvió su corona. A 19 de Julio fué proclamada en Lóndres en medio del mayor y más espontáneo regocijo que imaginarse puede, si hemos de creer los autorizados testimonios de los contemporáneos (1). En presencia de estos numerosos testimonios que Mr. Piggot recuerda, ciertamente es imposible sostener la opinion algo generalizada de que su advenimiento al trono fué impopular.

Aquellos que piensen como los historiadores que han querido desacreditar á María y sientan alguna prevencion contra ella, no podrán ménos de decirse que viéndose ya en el trono obró de muy distinta manera esta *cruel y mogigata* reina, como la llaman ordinariamente los que han creado una verda-

(1) Ralph Starkey's Collections. M. S. Harl. 353, pág. 139.—Calendars of State Papers in Archives of Venice ed. by Rawdon Brown (1873), página 392.

dera atmósfera de ódio contra ella. Las investigaciones recientes y la serena apreciación de los hechos no confirman á la verdad esa aventurada opinión. La gravísima insurrección que hubo de sofocar María hubiera dado lugar á su padre ó al Gobierno de su hermano para los castigos más terribles. Once conspiradores de los que influyeron más fueron juzgados y condenados á muerte; pero solo tres, el duque de Northumberland, sir John Gates y sir Thomas Palmer, fueron ejecutados. Ninguna duda podia caber á María del protestantismo de la familia Seymour, y sin embargo, puso inmediatamente en libertad á la duquesa de Somerset, reintegrando en todos sus derechos al hijo de esa dama y nombrando á Juana, á María y á Margarita Seymour damas de honor. El duque de Suffolk fué conducido á la Torre, pero se le puso muy luego en libertad por intercesión de la duquesa. Se le puede permitir, por lo tanto, teniendo en cuenta el rigor que desplegaban entónces los monarcas, al obispo Godwin que en su *Vida de María* califique esos actos diciendo que constituyen un asombroso ejemplo de clemencia.

Consérvase en los extractos de las deliberaciones del Consejo Privado nobilísimas palabras de la reina en que manifiesta su firme propósito de no constreñir á nadie á variar de fé religiosa, aunque la suya era muy profunda (1). Son numerosos los testimonios de estas inclinaciones de María á la tolerancia que se advierte en los primeros años de su reinado. Mr. Piggot los enumera cuidadosamente. Ahora debemos empezar á ocuparnos en el desgraciadísimo episodio á que ha dado la memoria de Juana Grey un sello tan lúgubre y odioso. Nos falta tiempo para entrar en largas esplicaciones sobre este asunto. Nos contentaremos con enumerar ordenadamente los descargos que presenta Mr. Piggot. En este momento nos contentaremos con hacer constar que el embajador de España instó fuertemente á María para que sometiese á Juana, juntamente con el duque de Northumberland, al proceso de que fué víctima este famoso personaje. Decíale el embajador que no reinaria en paz mientras su rival viviera. María contestó

(1) Hayne's, *Burleigh Papers*, 172.

que ni su conciencia ni su corazón le permitirían nunca llevar al suplicio á esa desgraciada mujer, emparentada con ella, exenta de verdadera complicidad en la rebelión, instrumento de Northumberland en aquellos sucesos. No entendía que se derivara un verdadero riesgo de las pretensiones de Juana, mayormente si se tenía en cuenta que no se omitiría precaución alguna ántes de ponerla en libertad. El embajador consideraba esta resolución de María como una verdadera debilidad.

Una de las primeras resoluciones de María es muy digna de apuntarse. Fundándose en que no es la más firme base del poder de un monarca el temor, sino la confianza y el cariño de sus súbditos, y teniendo en cuenta que se había infligido á diversas personas en todo extremo honorables y de mucha nobleza, por palabras y sin que mediaran hechos, vergonzosa muerte, anulaba y abolia todas las leyes de tan estremada y peligrosa severidad. Es de notar que esta disposición fué adoptada casi á raíz de varias traiciones descubiertas, y no es por lo tanto maravilla que sir W. Blackstone sostenga que ninguna disposición legal encierra más sábia lección para los príncipes (1). No nos detendremos á consignar otras medidas análogas que hablan también con mucha elocuencia en favor de María.

De la famosa rebelión capitaneada por Wyatt, y que por esta razón se denomina en Inglaterra *the Wyatt rebellion*, daremos breve noticia. Sir William Wyatt era muy mozo cuando emprendió su aventura. Contaba, en efecto, veintitres años, edad poco á propósito para derribar tronos y mudar dinastías. Había residido algún tiempo en España con su padre y concibió una profunda aversión á la política que en estos reinos prevalecía. Cuando empezó á tratarse del proyectado matrimonio de María con Felipe II, Wyatt se sintió vivamente contrariado en sus más arraigadas preocupaciones y no tardó en expresar francamente el aborrecimiento que ese enlace le inspiraba. El duque de Suffolk y los lores Tomás y Juan Grey se pusieron al lado de Wyatt, deseosos de aprove-

(1) *Corum*, Book IV, c. 53.

char esta oportunidad de proclamar á Juana. Fueron á Leicestershire y enarbolaron en todas partes la bandera de esta desgraciadísima dama. Wyatt cifraba todas sus esperanzas en el ódio del pueblo á los extranjeros. Esperaba que este ódio le reclutaria parciales, y en efecto, se los reclutó.

Esta insurreccion tomó muy pronto grandes proporciones. No se arredró María, y tuvo ocasion de desplegar una vez más su reconocido valor. Cuando las tropas de Wyatt atacaron su palacio de Westminster, viendo á sus más inmediatos servidores dominados por el miedo, sintió crecer sus bríos, y seguida tan solo de dos hombres de armas, entró en la batalla. Los insurrectos fueron rechazados y Wyatt preso. El trono de María habia corrido un gravísimo riesgo.

Habla despues Mr. Piggot de la cruel medida adoptada contra Juana Grey. Confieso ingénuamente que no me satisfacen por completo las esplicaciones de Mr. Piggot. Nos dice que María deseaba evitar el sacrificio de Juana, pero su Consejo influyó grandemente para que se hiciera, alegando que era una necesidad política. Poynt, obispo de Winchester, dice que los mismos lores del Consejo que tomaron más activa parte en proclamar á Juana, bajo la presion de Northumberland, fueron los que más interés desplegaron en arrancar á María la muerte de aquella desdichada señora. Pero de un modo ó de otro, es lo cierto que María no supo sobreponerse á las pretendidas exigencias de la razon de Estado. La hermosa cabeza de Juana rodó por el cadalso, y siempre que su nombre se pronuncia, una profunda emocion se apodera de los corazones. Cantada por Young, evocada en conocidas obras por Mad. de Stael y Briffaut, presentada en admirable creacion del pincel por Pablo Delaroche á la compasion y á las simpatías de los hombres, Juana Grey es una de esas víctimas que nunca dejarán de hablar muy alto en la historia. Tiene todos los grandes prestigios, el de su hermosura, el de su talento, el de su juventud y el de su infortunio. Es una de esas figuras que amamos desde que las conocemos. Su inocencia es su aureola; su martirio es un pedestal. Inútilmente se recorrerán todas las páginas de la historia buscando muchos personajes que enternezcan tanto á la posteridad. Su

nombre no ha dejado de ser una bandera. Ya no suscita insurrecciones concertadas para derribar tronos, pero influye para perpetuar una secta en la conciencia de su pueblo y una severa censura en la historia. Esa secta es la protestante, esa censura es la que pesa sobre la memoria de María Tudor.

Un nuevo incidente surge ahora, en el cual no creemos que pueda culparse con justicia á María. Eduardo Courtenay, conde de Devon, estaba sériamente comprometido en la rebelion de Wyatt, y con ese magnate la princesa Isabel. Sabido es que María ha sido acusada con mucha frecuencia por sus relaciones con esta hermana que habia de sucederle en el trono. En la ocasion á que nos referimos habla en su favor elocuentísimo testimonio.

Cuando sofocada ya la rebelion de Wyatt llegó la hora de aplicar el condigno castigo á los culpables, surgió la cuestion de la conducta que con la princesa y Courtenay debia seguirse. El embajador de España aconsejó que se les aplicase la pena á que se habian hecho acreedores, sosteniendo que el matrimonio con Felipe no podria efectuarse mientras no estuviesen castigados (1). Este embajador, demasiado activo, comunicó al rey y emperador Cárlos V la noble contestacion de María, que declaró estar ella y su Consejo haciendo lo posible por averiguar la verdad sobre la conducta de Isabel y Courtenay, que no faltaban grandes indicios contra este, que se habia proyectado su matrimonio con Isabel, pero que de todos modos las leyes inglesas solo imponian la pena de muerte á los que hubieran cometido realmente delitos de alta traicion. El embajador comentaba esta respuesta en los siguientes términos: «Era evidente que la reina queria salvar á Courtenay, y por supuesto á Isabel, puesto que no reconocia cuán manifiesto era su delito.» Es de advertir que hasta entónces la conducta de María para con su hermana habia sido en todo extremo bondadosa. Mucho ántes, el 21 de Julio de 1536, escribia lo siguiente á su padre: «Mi hermana Isabel está bien, y es una niña de tales condiciones, que no me cabe duda alguna de que V. A. tendrá en ella mucho regocijo an-

(1) Lodge's *Illustrations* I, 235. Machyn's *Diary*, p. 56.

dando el tiempo.» No deben atribuirse á miras interesadas estas cariñosas expresiones, porque Ana Bolena habia subido ya al cadalso, y estaba á la sazón Isabel en grandísima desgracia con Enrique. Por otra parte, se han publicado posteriormente cartas que nos muestran á las dos hermanas en las más cordiales relaciones. Estas y otras consideraciones aduce Mr. Piggot para demostrar las grandes inexactitudes en que incurren algunos escritores que, como, por ejemplo, Mr. Green, acusan á María de haber odiado á su hermana, y de haberla tratado siempre bajo las inspiraciones de una aversion injustificada.

Pisó Felipe el suelo inglés á 19 de Julio de 1554. Este matrimonio, cuyas circunstancias no puedo relatar ahora, fué acogido con agrado por una parte del pueblo inglés. Los comerciantes vieron con gusto esta union, que proporcionaba á Inglaterra el concurso beneficioso de una nacion que por su génio, su poder y sus colonias podia ofrecerle y arrebatarle, segun los casos, importantísimos elementos de prosperidad y riqueza. Felipe llegó con grandes tesoros, como si quisiera de esta suerte dar desde el primer momento los más brillantes testimonios de su inmenso poderío. Se habian unido, pues, un príncipe y una princesa que rivalizaban en amor al catolicismo y en devocion. No debia tardar mucho una perfecta reconciliacion con el Papa. El 30 de Noviembre reconcilió, en efecto, el cardenal Pole á su país con la Iglesia romana. No tardaron tampoco en llegar con su cortejo de horrores y violencias las persecuciones religiosas. ¿Cómo explica estos crueles episodios del reinado de María su erudito defensor ante el tribunal de la historia, Mr. Piggot? Vamos á verlo.

Diré, en primer término, que toda la culpa debe recaer á su juicio sobre Felipe y sobre el inmenso amor que logró inspirar á María. Mr. Piggot se funda primeramente en la notable disparidad que presentan los años que precedieron y los que siguieron al matrimonio de la reina. Cree haber deshecho los cargos de crueldad é intolerancia de que la acusan en cuanto se refieren al período anterior á su enlace con don Felipe. Invoca luego los numerosos testimonios del fanatis-

mo de este príncipe, su intolerancia, su saña contra los hereges, la larga série de horribles atentados contra la libertad del pensamiento que registra la historia de su reinado. Un escritor español que mira desapasionadamente estas cosas no puede negar á Mr. Piggot los fundamentos de su acusacion. Reconocemos de buen grado las relevantes dotes de Felipe; por inclinacion y por convencimiento filosófico nos hacemos cargo de esa lógica de los hechos, que dá un sentido á la historia y hace que aparezcan los grandes hombres como personificaciones gigantescas y necesarias; pero esto nos lleva tal vez á confesar con mayor convencimiento que la influencia de Felipe II sobre María tenia que ser muy favorable á las persecuciones y á la intolerancia. Toda su historia lo demuestra. Felipe II es una iracunda protesta contra su tiempo. Empeñó una titánica lucha y fué vencido. ¡Qué vencimiento! Acaso no le hay mayor en muchos siglos. La decadencia de España, que cae estenuada sobre sus laureles, haciendo temblar la tierra con su caída como inmensa construcción que se hunde; esta desgracia de una nacion que llegó á estrechar todo el mundo conocido entre sus hercúleos brazos, habla todavía, al través de la distancia, desde el remoto ayer, de esa terrible desventura, impuesta por la razon universal al desesperado intento en que gastó sus mejores fuerzas, y que Felipe personificó ante sus contemporáneos y personificará siempre ante la historia.

Volvamos á nuestra narracion. Mr. Piggot acumula numerosos datos para demostrar que la intolerancia religiosa y la severidad de los castigos impuestos á la heregía no eran nuevos en Inglaterra antes del advenimiento de María. Desde el año de 1382 la libertad con que las opiniones se desarrollaban, empezó á recibir rudos golpes. El estatuto *De Heretico comburendo* es la manifestacion más solemne de estos rigores. La primera víctima de esta tiránica disposicion fué William Sawtree, que murió quemado; siguióle un sastre, John Badby, y en 1418 sufrió la misma suerte sir John Oldcastle, lord Cobham. Despues de la proclamacion de Enrique VIII como cabeza suprema de la Iglesia, se consideró delito de alta traicion desconocer ó negar esta supremacía que se atribuyó. En-

tre las personas que pagaron con su vida esta oposicion figuran dos de los hombres más ilustrados y respetables de su tiempo, el obispo de Rochester, Fischer y sir Thomas More; *se calcula que 72.000 personas ó 2.000 cada año aproximadamente*, fueron ejecutadas en el reinado de *Enrique VIII* (1). Omitimos otros datos que enumera doctamente Mr. Piggot y las leyes que cita en apoyo de su tésis. Y no se limita el erudito defensor de María á estudiar con el indicado objeto los reinados anteriores, pues fijándose en los siguientes, recuerda que 204 personas murieron por su adhesion á la fé católica en el reinado de Isabel, y apunta otros hechos igualmente significativos que no recordaremos en obsequio á la brevedad. En estos hechos se apoya para afirmar que la Iglesia reformada de Inglaterra fué intolerante, que lo fueron tambien los *independientes*, pues si Cromwell y los suyos se alzaron contra Cárlos I, y no pararon hasta decapitarlo por su intolerancia, no obraron de mejor manera cuando llegaron al poder, como lo evidencia su prohibicion fulminada en 1656 contra los capellanes de las familias, la predicacion del Evangelio y la administracion de los sacramentos. Todos estos datos de Mr. Pigott se resumen en la siguiente aseveracion: la tolerancia religiosa fué desconocida en Inglaterra en todo un siglo trascurrido despues del reinado de María. Añadiremos, por nuestra parte, que la larga contienda de los partidos sobre la llamada emancipacion de los católicos, prueba evidentemente que en una ú otra forma la intolerancia se prolongó mucho más.

Mr. Piggot se detiene luego en enumerar con indisputable erudicion la lucha entablada contra María por los protestantes en violentísimos escritos que asestaban desde la emigracion contra ella y su gobierno.

Con estos argumentos trata el escritor inglés de disculpar de alguna manera el hecho en todo extremo lamentable y odioso de que sufrieran el martirio por causas religiosas doscientas setenta y siete personas en el reinado de María. Es de advertir que esta lista es de Foxe, y Mr. Piggot no da entero

(1) Holinshed's *Chronicle* I 186.

crédito á la suma, porque se lo niega á quien la hizo. Y viene, segun él, otra cuestion, una vez apuntada esta duda, y es la que se plantea al averiguar la responsabilidad que incumbe á otras personas en el cumplimiento de las injustas leyes que produjeron esas violencias de un poder arbitrario y opresor. El mismo Foxe y otros escritores acusan á Gardiner y á Bonner; pero segun los datos que ha reunido Mr. Piggot, se les acusa sin pruebas bastantes. Entre estos datos, acaso ninguno supera en importancia al hecho referido por Godwin y por Burnet de que Gardiner se vió obligado á reprimir el celo que desplegaba la Cámara de los Comunes contra los hereges. En cambio, cree Mr. Piggot, que si el cardenal Pole, sugeto de mucha influencia sobre María, la hubiese interpuesto para llevarla por las vias de la clemencia, las páginas de ese reinado tuvieran acaso singular esplendor y grandeza. Recuerda, sin embargo, el hecho digno de apuntarse de que al obrar de muy diferente manera el cardenal Pole, no cedia á sus inclinaciones, sino á las necesidades de su posicion, pues severamente calificado por el Papa en cierto suceso, urgíale presentarse ante las gentes exento de la más ligera simpatía para con los hereges ó la Reforma en cualquiera de sus manifestaciones.

De esta suerte se quiere rehabilitar entre las gentes á esa princesa que las enérgicas invectivas de Hume señalaron á las maldiciones de la posteridad. Mr. Piggot recuerda que no es esta la primera vez que se emprende la defensa de María. Miss Strickland en sus *Vidas de reinas de Inglaterra* (1) se esforzó por su parte en ser imparcial y justiciera. Contra uno de los que con más dureza la han tratado, contra Foxe, se han levantado personas de tanta competencia, como el profesor Brewer, y sobre su capacidad histórica no es inútil recordar que ha disertado docta y ámpliamente el doctor Maitland. En una defensa de María no debe omitirse tampoco el informe sobre Inglaterra ante el Senado de Venecia, de Giacomo Soranzo, embajador de aquella poderosa república en la córte

(1) Strickland's *Lives of Queens of England*. 1851.

de dicha reina, informe en todo extremo favorable para ella (1). Por último, además de los poetas que vivieron en su tiempo, figuran al lado de los que han influido en el corazón y en la mente de las actuales generaciones en favor de María, el gran Tennyson, que ha dicho de ella

«Never vomau meant so well
And fared so ill, in this disastrous world» (2)

y sir Aubrey de Vére que en su drama *Mary Tudor* habló de ella en el mismo sentido treinta años há, aunque con ménos éxito, diciendo entre otras cosas:

«But I insist upon her maiden mercyes
In proof that cruelty was not her nature (3).»

Expuestos ya todos los datos que nos ofrece Mr. Piggot y los textos que en otros lugares obran en favor de María, parecenos que ha llegado el momento de terminar con algunas consideraciones.

¿De qué se trata en esta defensa? ¿De librar á María del odioso epíteto que han arrojado sobre ella los que la califican de sanguinaria y la presentan como una encarnacion odiosísima del fanatismo y la crueldad? Creemos que en efecto no es completamente legítima esta terrible acusacion. Los primeros años, las más espontáneas manifestaciones de su carácter, el período de su reinado anterior al matrimonio que celebró llena de fé y de amor la disculpan y defienden. Queda siempre en pié el hecho de las persecuciones. Se nos dice que no eran nuevas y que no cesaron con el advenimiento de otros reyes. Se nos dice que todos los poderes eran intolerantes á la sazón, que todas las sectas eran intolerantes tambien. Perfectamente. No negamos estos hechos, pero nuestro ódio á la intoleran-

(1) *Calendar of State Papers at Venice*, edited by Mr. Rawdon Brown. 1873.

(2) *Tennysory's Queen Mary*, Act. V. sc. II.

„Nunca hubo mujer que pensara tan bien y que fuera tan desgraciada en este desastroso mundo.“

(3) Part. II. Act. V. sc. VII.

„Pero insisto en su virginal clemencia en prueba de que la crueldad no era natural en ella.“

cia no admite excepciones. Odiamos á todos los que se han manchado con sangre inocente en estas persecuciones como si viviesen todavía. No consentiremos nunca por nuestra parte en la rehabilitacion de ningun enemigo de la libertad de pensar, de ningun perseguidor que haya abusado de su poder para atropellar la justicia. ¡Pero son personificaciones de un mal histórico! Contestemos que nuestro ódio cae sobre ese mal al dirigirse á los que tuvieron la desgracia de personificarlo.

Hechas estas salvedades, debemos manifestar que acogemos con simpatía todos los descargos de Mr. Piggot. Compadezcamos á la reina de tristes destinos, cuya defensa se hace, y felicitémonos de haber alcanzado tiempos mejores para la conciencia y para la libertad. En medio de las angustias que nos rodean, de los desengaños que nos afligen, de las dudas que nos asaltan, podemos alabar, sin reservas, el espíritu de un siglo que ha librado de una vez á los que gobiernan de esas responsabilidades terribles, y á los gobernados de esas incalificables violencias.

RAFAEL MONTORO.



EL MÁGICO PRODIGIOSO.

1. A. VON SCHACK.—*Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien.*—2. ROSENKRANZ.—*Ueber Calderon's Tragedie vom wunde thœtigen Magus.*—3. SCHLEGEL.—*Historia de la literatura.*—4. DÜNTZER.—*Die Sage vom D. Johann Faustus.*—5. RIVADENEYRA.—*Coleccion de autores españoles.*

En uno de los primeros dias del año 1600 nació el autor del drama religioso, cuyo título encabeza estas líneas, D. Pedro Calderon de la Barca, gloria de España y admiracion del mundo.

No es nuestro objeto, al ocuparnos en tan magnífica obra dramática, hacer un juicio de ella que sea nuevo, ni mucho ménos presentar á nuestros lectores desconocidas particularidades referentes al gran génio que la escribió, por más que estas sean por desgracia más ignoradas en su pátria que en otras naciones. En Alemania, especialmente, notables críticos han hecho juicios minuciosos, más ó ménos apasionados, y autores dramáticos de merecido renombre han traducido ó refundido una gran parte de sus creaciones.

Nos limitaremos aquí á recordar lo que sobre el autor y el drama se ha dicho ya, y á reseñar las bellezas que hacen, á nuestro juicio, que sea *El mágico prodigioso* una de las primeras obras de tan esclarecido y famoso ingenio, depurando la verdad de ciertas analogías que con otros ha querido encontrarse por el asunto de la obra.

¿Merece Calderon un puesto análogo al de Shakspeare en la memoria de la posteridad? ¿Son iguales sus génios? Question es esta espinosa y difícilísima de resolver, contando con la posibilidad de hacerlo; pero pregunta al mismo tiempo muy frecuente entre los literatos españoles, y aun pudiéramos sin exageracion extenderla á los de toda Europa.

Shakspeare creó un teatro, en el cual no tuvo ni antecesores ni imitadores que hayan merecido el honor de acompañarle en la memoria de las generaciones. Acaso se inspiró para la concepcion de sus grandes caractéres en el teatro griego, aunque dándoles nueva vida, un vigor desconocido; algo de la exuberancia de su génio, fructificado lozanamente por profunda observacion del corazon humano, y esquisito conocimiento analítico de las pasiones que en él se desarrollan.

Calderon es diferente: es ménos creador y más perfeccionador; viene despues de autores que ya han formado un nuevo género y le han dado impulso, pulimenta sus ideas, las detalla, da más vida á sus caractéres, abre nuevos horizontes; en pocas ocasiones se vale de la fatalidad de la tragedia griega como fundamento de sus obras, cultiva el drama filosófico, mejora la comedia; pero siempre es el continuador de Lope de Vega, Mira de Méscua, Tirso de Molina y otros verdaderos fundadores del Teatro español, en cuya série de gloriosos nombres es el de Calderon culminante, y brillantísima luz que no llega, sin embargo, á oscurecer los ya apuntados ni los de Moreto, Alarcon, Rojas y otros vários.

Schlegel es quizás quien más ha contribuido á la adoracion que generalmente se presta á Calderon con detrimento y daño de los otros ilustres nombres que hemos citado. Para Schlegel, Calderon es el primero y el único: para Sismondi, en compensacion, son mayores los defectos que las bellezas. Uno y otro juicio pecan de exagerados, y parten, indudablemente, además de estar acaso influidos por las opiniones religiosas respectivas, de conocer á Calderon aisladamente, separándole de la pléyade de autores y poetas, anteriores á él y contemporáneos suyos, que forman el gran Teatro español, del que debemos envanecernos por ser único en su género, imitacion de ninguno y acaso por todos los posteriores imitado.

Y esta es la principal diferencia, en nuestro humilde sentir. Shakspeare dió nombre á un teatro; Calderon fué uno de los fundadores y no solo ni único.

El gran crítico Adolfo Federico von Schack, autoridad

sin igual en literatura española antigua, consultado siempre que de esta materia se trata hasta en nuestro propio país, á pesar de no estar traducida su obra al español por razones que no es del caso examinar, refiere que Schlegel, cuando escribió sus catorce lecciones sobre nuestra literatura, solo conocia muy pocas obras de Lope de Vega, ninguna de Tirso, Alarcon, Guevara y otros, poquísimas de Moreto y Rojas, y de otros autores muy pocas tambien y las más inferiores, segun propia confesion; siendo la razon de todo esto no haberse valido sino de la coleccion de autores españoles, hecha por D. Vicente García de la Huerta, y de otras ediciones particulares, dedicadas exclusivamente á Calderon.

Por todo esto veia Schlegel en este eminentísimo autor la representacion genuina del romanticismo cristiano, que tanto le gustaba, y personificaba en Calderon de la Barca á todo nuestro teatro antiguo, verdadero representante en su conjunto de la expresada idea.

Ni aun puede decirse que Calderon no tomó de sus predecesores sino las ideas generales que forman, por decirlo así, la atmósfera de la época en que respira el poeta. Hizo un verdadero estudio de ellos, se apropió algunas ideas de obras enteras, siendo ejemplo de ello *La dama duende* y *La devocion de la Cruz*, tomadas de otras de Tirso y Mira: otras veces solamente escenas, como en la obra que hoy nos ocupa, cuando Cipriano cree apoderarse de Justina y abraza solamente un esqueleto, que es de *El esclavo del demonio*, de Mira.

Calderon tenia en gran estima á Lope de Vega, al *mónstruo de la naturaleza*, su digno predecesor, como lo prueba la siguiente décima que le dedicó:

Aunque la persecucion
De la envidia teme el sábio,
No reciba de ella agravio,
Que es de serlo aprobacion;
Los que más presumen son,
Lope, á quien envidias das;
Y en su presuncion verás

Lo que tus glorias merecen,
 Pues los que más te engrandecen
 Son los que te envidian más.

¿Quiere todo esto decir que Calderon fuera inferior á los citados? De ninguna manera. En general es superior á todos ellos; pero debe á los que escribieron ántes los gérmenes que aprovechó magistralmente. Alguno le aventajó en el lenguaje; alguno tambien en gracejo: pero sus obras en conjunto, y sus caractéres y su versificacion le hacen ocupar con justicia el elevadísimo puesto de *príncipe* entre todos ellos.

Debemos, pues, considerar como culto digno de ser rendido y que honra á los que lo practican, que para celebrar el aniversario del natalicio de tan esclarecido poeta haya decidido la empresa del teatro del Circo de esta córte presentar con todo el apararo que la obra requiere *El mágico prodigioso*, estrenada en Yepes en 1637. Apenas podemos comprender cómo no se ha representado ántes, cuando ya en 21 de Noviembre de 1836 se puso en escena en Düsseldorf, refundida y arreglada por Cárlos Immermann, mereciendo una extraordinaria ovacion entónces y cuantas veces despues se ha representado en Alemania.

Siguiendo tambien en esto la autorizadísima opinion de von Schack, podemos afirmar que las fuentes de que tomó Calderon el argumento de su obra fueron la confesion de San Cipriano en *Cæciliæ Cypriani Episcopi Carthaginensis opera, De probatis sanctorum actis y Vita et martyriun S. Cypriani et Justinæ* de Metaphrasto. Pero sea de esto lo que fuere y cualquiera la obra que hojeara Calderon, á nadie cabe duda de que trata de la vida del mártir San Cipriano.

Fijémonos ahora en los dos elementos principales que sobresalen en *El mágico prodigioso*. Estos dos elementos son el pacto con el demonio y la mágia. El origen de cada uno de estos dos elementos es diferente; el elemento mágico es una herencia del paganismo, y el del pacto procede del sentido cristiano. La primera vez que vemos representado este elemento es en una leyenda griega del siglo VI. Teophilus, cuya historia escribió un discípulo suyo, se entregó al

diablo para que le ayudara en contra del obispo que le había quitado su empleo de ecónomo de la iglesia de Aldana. Esta leyenda fué puesta en versos latinos en el siglo X por la monja Roswitha y luego por el obispo Marbod, de Rennes. El monje Gautier, de Consí, que murió en 1236, la tradujo al francés, y en el mismo siglo hizo Rutebeuf con ella un drama milagroso muy estimado. También se hicieron traducciones á otros idiomas, conociéndose en Francia la tradición con este nombre: *Le repentir de Theophile*.

En dos obras de Calderon sus personajes hacen un pacto con el demonio: en una de ellas, *José de las mujeres*, presenta una filósofa alejandrina en Eugenia; en *El mágico prodigioso* un pagano érudito en Cipriano. Pero en las dos creaciones es semejante la marcha: Eugenia, reflexionando y estudiando sobre las siguientes palabras: *Nihil est idolum in mundo, quia nullus est Deus, nisi unus*, se separa del paganismo; Cipriano, meditando en un pasaje de Plinio, entra en relaciones con el demonio, sin conocerle y teniéndole por un gran encantador. Eugenia y Cipriano concluyen al fin en la muerte del mártir.

Se han encontrado analogías entre el *Fausto* de Goethe y *El mágico prodigioso* de Calderon, que hacen suponer á algunos que el escritor de Weimar conocia mucho la obra del poeta de la córte de Felipe. Nosotros creemos que para probar lo contrario bastará con apuntar ligeramente las diferencias que entre las dos obras existen.

El mágico prodigioso entra de lleno en el ciclo literario, cuyo punto central es la leyenda de Teophilus; lo que caracteriza á todo este ciclo, el pacto con el mal, el arrepentimiento que viene más tarde y la salvacion del pecador, bien por el martirio ó por el auxilio de la Virgen María, está en el *mágico* y hace de esta obra la primera de este ciclo por su mérito literario y filosófico y la última en el orden cronológico. El *Fausto* de Goethe tiene una significacion muy diferente, y su misma genealogía tiene otra naturaleza. Arranca de la leyenda ó Saga del Fausto, creada en medio de la efervescencia de la reforma.

Entran sin duda en la *Saga* del Fausto los dos elementos, el del pacto y el mágico, es decir, el cristiano y el pagano;

pero encarnación del período protestante, el elemento del pacto no tiene el carácter de todos los que entran en el ciclo del *Repentir de Theophile*, donde de ordinario se salva el pecador y sobresale siempre el culto de María. El Dr. Johann Faustus, ávido del mundo en que vivimos, solo piensa en él y nada apetece del mundo futuro. Las glorias, los placeres que busca no los quiere en la vida eterna, en el más allá, sino aquí, en donde todos vivimos sufriendo, en la tierra. Y nada le importa la otra vida. Por eso Goethe, al asimilarse muchos de los elementos de la leyenda hace decir á su Fausto:

Das Drüben kann mich wenig kümmern

¡Poco me atormenta lo que en las alturas acontece!

Además Goethe reforma por completo en su tragedia la antigua leyenda del *Fausto*, la cual es ya muy diferente, por sus tendencias, de sus semejantes en la Edad Media, comprendiendo en estas al *Repentir de Theophile*, diferenciándose por la innovación que presenta, y que en no poco debe acaso á la influencia del protestantismo.

«En *El mágico prodigioso*, dice Rosenkranz, se propuso Calderon llevar hasta el cristianismo sin abstracciones ni discusiones escolásticas, y solamente por influencias exteriores á un alma pagana vacilante; y preciso es decir que la concepción del drama y su desarrollo son sorprendentes.»

La *Saga* del Fausto, por otra parte, se acomoda mejor á los deseos de los poetas de nuestra época. Así se explica que además de haber brindado rico asunto á muchos ingenios, entre los cuales podemos citar á Maler Müller, Soden, Lessing, Bramthal, y sobre todos á Goethe, atraiga todavía á nuevos poetas, como sucedió con Lenau poco há.

Resumamos de una vez la diferencia entre los dos poemas. *El mágico prodigioso* está dentro del ciclo literario de la leyenda griega de Teophilus: el objeto, la finalidad de la obra es el cristianismo, el espíritu religioso; el *Fausto* de Goethe es la tragedia del espíritu, como la llama Rosenkranz; los dos elementos aquí no se presentan separados, se encarnan en una sola persona, y es el Fausto, por eso, como dice Kreyssig, la

personalidad más perfecta de la humana naturaleza. Digamos ahora algunas palabras sobre el mérito intrínseco del drama cuyo título nos sirvió de epígrafe.

En *El mágico prodigioso*, quizá más que en ninguna otra de las obras dramáticas de Calderon de la Barca, están patentes todas sus bellezas y todos sus defectos. Estos son insignificantes al lado de aquellas: el anacronismo en accion, caractéres, situaciones, etc., pues más bien parece todo suceder en el siglo XVII, y entre caballeros y damas españoles que en la época de Cipriano; dos graciosos nada ménos, parodiando el drama en una accion simultánea con la principal; largos parlamentos, no exentos en algunas partes de culteranismo; una Livia, á quien bien pudiera añadirse el *na*, que Clarin la regala, por el turno que establece entre sus dos amantes, y algunos otros de menor cuantía, con ser los anotados tan pequeños.

Pero, ¿y las bellezas? Los dos caractéres de Justina y Cipriano, particularmente el último, son notabilísimos. La gradacion en las relaciones entre el demonio y Cipriano está admirablemente trazada para dar verosimilitud y realidad al pacto. La ignorancia en que está Cipriano respecto al verdadero sér de su maestro el encantador; los recursos de que se vale el demonio para perder á Justina, y otros muchos detalles del drama son verdaderos indicios de un génio creador.

En cuanto á los pensamientos y á la expresion de ellos en sentidos versos, no bastarian los límites de un artículo para citarlos todos. Integra deberiamos transcribir la escena de Justina, cuando la excitan los espíritus amorosos, y la que sigue con el demonio (que á haberse aparecido en lugar de este Cipriano, *El mágico prodigioso* hubiera tenido necesariamente más puntos de contacto con *Fausto* y más difícil hubiera sido llevar al cielo á los dos amantes); pero en la imposibilidad de copiarla íntegra, citaremos las primeras palabras del monólogo de Justina:

Pesada imaginacion,
Al parecer lisonjera,
¿Cuándo te he dado ocasion

Para que de esta manera
Aflijas mi corazón?

Y luego, ya luchando con el demonio que la insta, dice valientemente Justina:

Sabiéndome yo ayudar
Del libre albedrío mio.

DEMONIO.

Forzaréle á tu pesar.

JUSTINA.

No fuera libre albedrío
Si se dejara forzar.

y más adelante en la misma escena:

DEMONIO.

¿Cómo te has de defender
Si te arrastra mi poder?

JUSTINA.

Mi defensa en Dios consiste.

DEMONIO.

Venciste, mujer, venciste
Con no dejarte vencer.

Terminan todas estas luchas, todas estas vacilaciones inspiradas por el espíritu del mal, yéndose Justina con su padre al templo, donde despues han de ser presos, para que se produzca el desenlace del drama.

Y en boca de Cipriano, ¡cuántos bellos conceptos!

El alma, Justina bella,
Me cuestas; pero ya juzgo,
Siendo tan grande el empleo,
Que no ha sido el precio mucho.

Hablando con el demonio, cuando ya sabe que lo es:

DEMONIO.

Un Dios que á su cargo tuvo
A Justina.

CIPRIANO.

Pues, ¿qué importa
Solo un Dios habiendo muchos?

DEMONIO.

Tiene este el poder de todos.

CIPRIANO.

Luego solamente es uno,
Pues con una voluntad
Obra más que todos juntos.

y al decirle al demonio

Mas ¿qué digo? quien de tí
Librar á Justina pudo,
¿A mí no podrá librarme?

y luego:

Si es sumo.

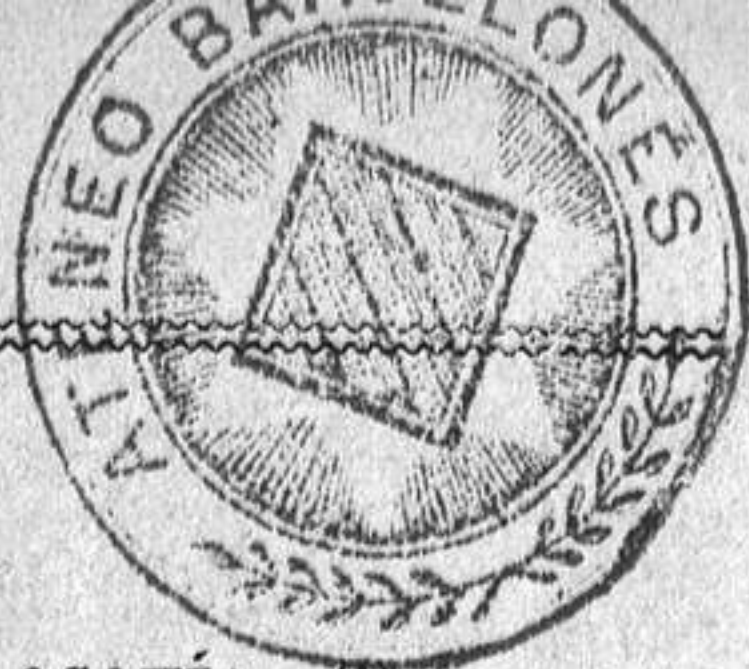
Su poder, el perdonar
Y el premiar será en él uno.

Magnífica es la confesion expontánea de Cipriano al go-
bernador; preciosa la escena entre los dos amantes cuando
ya en casa del gobernador los dejan solos, y preciosísimas las
últimas palabras de Cipriano

Quien el alma dió por tí,
¿Qué hará en dar por Dios el cuerpo?

En cuanto á las situaciones dramáticas de la obra, son vá-
rias y de primer orden: entre las principales, contaremos la
escena entre Floro y Lelio cuando se atribuyen el uno al otro,
gracias al demonio, el delito y la buena fortuna de ser res-
pectivamente el descolgado del balcon, y la que resulta de
abrazar Cipriano un cadáver en vez de la figura viva de su
adorada Justina. Todas las escenas en casa de Justina y los
incidentes que surgen de la equivocacion de Floro y Lelio
tienen el sabor de las más ricas comedias de intriga.

E. GODINEZ.



LA FÍSICA EN LA FILOSOFÍA. ⁽¹⁾

Hace próximamente ochenta años que Kant publicó una colección de memorias con este título: *La lucha de las facultades*. El célebre filósofo trataba entonces de demostrar que la división usual de las facultades universitarias, aunque esté justificada prácticamente, no tiene un valor absoluto.

Las doctrinas enseñadas en las facultades que se llaman profesionales apóyanse en parte sobre el uso y la experiencia, pero en parte deben apoyarse también sobre ciertos principios y ciertas verdades generales.

Todas las verdades generales, en cuanto son independientes de una utilidad ó aplicación inmediata, entran, según Kant, en el dominio de la facultad filosófica. Esta tendrá, pues, la ocasión y el deber de examinar y reformar los principios generales que sirven de base á las doctrinas de las otras facultades. Nace de esta suerte una lucha de las facultades, y Kant trata de determinar las reglas generales con que esa lucha puede dirigirse y resolverse, sin perjuicios para la práctica de las profesiones científicas y sin maltratar demasiado el despotismo con que la Iglesia y el gobierno dominaban la ciencia á la sazón.

En la segunda parte de su trabajo, presenta Kant algunos interesantes ejemplos del conflicto entre las facultades de filosofía y teología, entre las de filosofía y el derecho, y por último, entre la filosofía y la medicina.

La antigua división de las facultades no había creado todavía una distinción fundamental entre las ciencias naturales y las filosóficas propiamente dichas. Kant, como sus predecesores, las miraba como dos partes de una misma facultad en

(1) Discurso de apertura en el Instituto de Florencia.

cuanto tratan todas de la verdad en interés de la ciencia y no en vista de la aplicación inmediata, y buscan todas, aunque por diferentes caminos, verdades generales ó capaces de una generalización.

Los hombres más distinguidos que se dedicaron al cultivo de la filosofía en los siglos pasados, lejos de ser ajenos á las ciencias naturales, se ocupaban seriamente en los problemas de la física, las matemáticas y la historia natural. Es sabido que ya Descartes habia publicado escritos de gran valor sobre las matemáticas y la física y que disertó sobre muchos problemas de la anatomía humana. Todos recuerdan que los trabajos matemáticos de Pascal y Leibnitz les crearon una celebridad, si no mayor, al ménos tan grande como la que sus escritos filosóficos les proporcionaron; pero debe añadirse que Leibnitz se ocupó también en muchos ramos de la historia natural y que se le debe la primera idea de someter á la observación científica los fósiles. El mismo Kant nos ha legado un tratado de geografía física.

La unidad de la filosofía y de las ciencias naturales era entonces tan generalmente reconocida, que para Galileo y la escuela inglesa la misma palabra filosofía no tenia otro significado que el de ciencias físicas. En este sentido los ingleses hablan hoy todavía ó hablaban poco há de Newton como el primer filósofo, y á la física se le llama todavía *natural philosophy*.

Si Kant hubiese considerado las ciencias naturales distintas de las ciencias filosóficas, se habria referido á otra lucha, mucho más seria que la que tomó en consideración.

Pero mientras Kant meditaba en Koenisberg los principios de la filosofía crítica, las ciencias naturales eran en varias partes del globo objeto de las mismas indagaciones y el material que poseen aumentóse en tales términos, que por la riqueza de los hechos se hacia imposible mirar á las ciencias físicas como un simple apéndice de las filosóficas. La física habia dejado de ser especialmente mecánica, desde que el descubrimiento de la electricidad habia despertado la atención de los experimentadores y habia mostrado un vasto campo de fenómenos que parecian sustraerse á las leyes del movimiento y

pedir otro principio que los explicase. La óptica y la acústica habian hecho enormes progresos, y el calor habia empezado á mostrar aquella série de fenómenos que debian dar más tarde el motivo de una reforma en todas las ciencias naturales.

La historia natural se habia hecho la ocupacion predilecta de los ricos y se cultivaba en muchos museos. Enriquecida con muchos hechos por las exploraciones de intrépidos viajeros, habia adquirido un material enorme. La zoología en particular estaba entónces á punto de dar un gran paso, apropiándose los resultados de la anatomía comparada que habia resucitado en Francia. De la reunion de la anatomía y la zoología debia nacer la idea de varios tipos determinados de animales y de la correlacion de la forma y la organizacion.

La idea del tipo que en un principio se tomó de un modo demasiado absoluto, no es otra cosa que el postulado de la necesidad de ciertos órganos determinados, cuyas modificaciones producen necesariamente modificaciones correspondientes en otros órganos, por lo cual no solo se determinan los órganos recíprocamente, sino determinan tambien la forma externa, como, por otra parte, una forma externa cualquiera arguye la presencia de ciertas modificaciones determinadas en los órganos internos. El postulado de la necesidad habia existido en la disciplina mecánica de las ciencias naturales, disciplina que por esta circunstancia consideraban muchos como una especie de transicion entre las ciencias *apriorísticas* y las ciencias de observacion. Ahora se advierte que la idea de una necesidad, si no subjetiva, objetiva al ménos, trata, por no decir consigue, de introducirse en otra disciplina que hasta hoy se habia considerado enteramente subordinada, en todas sus particularidades, á un empirismo histórico. Pero donde existe la idea de una necesidad tenemos ciencia independiente y no una mera acumulacion de hechos (1).

(1) Ya Hegel (Enciclopedia, 1817, pág. 199, y más tarde en otros escritos) reconoce esta superioridad de la zoología, su mayor *racionalidad* y la atribuye justamente á la anatomía comparada que por do quiera le sirve de base y de guia. En términos generales puede decirse que todas las ciencias se hacen tanto más científicas y racionales cuanto más se enlazan con otra ciencia. Así lo reconocieron Giordano Bruno y Galileo, y esta verdad es la clave de la lógica de Hegel. Las *llamadas* ciencias que quieren buscar en su propio método

Esto no es todo. Las investigaciones de Lavoisier habian creado en la misma época la química moderna que avanzaba ya con rapidez á la química general, una *química estática*, como la llamaba entónces la escuela francesa, que debia subordinar los hechos particulares á las leyes generales de la trasformacion de la materia.

Ya en la remota antigüedad la filosofía atomista habia asestado rudos golpes á la filosofía ortodoxa, que para vengarse habia arrojado al fuego los escritos de Demócrito y Lucrecio, Ahora los filósofos *per ignem*, como en otro tiempo se llamó á los químicos de la escuela de Bergmann y Dalton, armados de balanza y metro (1), trataban de mostrar *ad oculos* la misma teoría atomista, y cada paso que la ciencia ha dado desde entónces demuestra más y más su innegable verdad.

Así aparece la ciencia natural moderna, y era de prever que debia provocar una nueva lucha de las facultades. La ciencia que hasta entónces creyó tener la prerogativa de investigar las verdades generales, se encuentra por vez primera en presencia, no solo de una cantidad considerable de hechos objetivos, sino tambien de una disciplina que á su modo aspiraba á sacar de estos hechos consecuencias, verdades generalizadas. La verdad tiene que ser *una* y la ciencia de las verdades generales ha de ceder una parte de su dominio, renunciar á la generalidad absoluta que se habia apropiado ó abrazar todas las verdades particulares. Era preciso encontrar un *modus vivendi*, y esto era entónces ménos difícil, porque si bien habian llegado las ciencias naturales á cierto grado de generalizacion, esta generalizacion tenia todavía un carácter *limitado*, y por decirlo así, *local*.

Así como en otros tiempos las leyes de la mecánica, aunque con un carácter general, solo eran valederas allí donde se reconocian cuerpos en movimiento actual ó potencial, el atomismo de la química parecia valedero solo cuando se tra-

específico, así el material como las explicaciones, no han pasado aún del primer desarrollo embrionario y no han entrado aún en el organismo del saber humano.

(1) Se habla del metro en el sentido general de medida, no del metro decimal.

taba de gases y de ácidos, y la verdad de estos principios no podia influir en el *pensamiento* que se movia *fuera* del laboratorio; la abstraccion ontológica de la vida bastaba para emancipar el cuerpo vivo de las leyes de la física, y las leyes de la óptica no podian penetrar á través de la córnea del ojo vivo (1). Con arreglo á esta naturaleza el sér pensante podia llegar á sus propias leyes y á la unidad, y como se sometia á la indagacion la cópula que reunia en sí todas estas categorías diversas, podia ser considerada bajo un doble punto de vista, *explícito* en cuanto encerraba todas las particularidades y participaba de ellas, ó *implícito* como unidad de atributos propios. Le estaba reservado á la filosofía pensar otra vez el pensamiento creador y complejo de esta unidad absoluta.

Schelling, como todos los filósofos que le siguieron, reconoce que una filosofía que tuviera fuera de sí y no en sí una ciencia de la naturaleza, dejaria de ser filosofía *absoluta especulativa*. La filosofía, segun él, debe abrazar la teoría y la esencia de toda existencia real é ideal. Partiendo de la idea de la identidad del realismo y del idealismo en el pensamiento absoluto, demuestra elocuentemente que toda filosofía debe ser en primer lugar *filosofía de la naturaleza*, en otros términos, debe acompañar al pensamiento en su manifestacion objetiva en la naturaleza para poder llegar á su manifestacion subjetiva en la psicología, en la estética, en la moral y en la religion. Este punto de partida y no su contenido esencial es lo que ha hecho que se dé á la filosofía de Schelling el nombre de *filosofía de la identidad* (es decir, identidad de lo real y lo ideal) y de *filosofía de la naturaleza*. Es sabido que esta filosofía de la naturaleza en el sentido que le daban Schelling y sus partidarios, no tiene nada que ver con lo que Italia é Inglaterra tenian mucho antes con el mismo nombre, aunque

(1) Esta era al ménos la opinion que predominaba entónces; pero se sabe que en el último decenio del siglo pasado, Reil, profesor de medicina en Halle, en un brillantísimo trabajo inserto en su diario de fisiología, se habia declarado contra la llamada *fuerza vital* y habia mostrado con importantes razones que la vida y las funciones fisiológicas y psicológicas de los séres vivos dependen de las fuerzas físicas generales que determinan, mas no alteran, la *forma* y la *conexion* de los órganos. El trabajo de Reil no fué comprendido y estimado hasta una época posterior.

el objeto de ámbas en parte sea el mismo. Schelling queria construir *a priori* toda la naturaleza, sus leyes, sus productos.

Queria construir la física, la historia natural y la cosmología con el pensamiento de la identidad de lo subjetivo y lo objetivo, sin consultar ni la experiencia ni la observacion. Tratando así de sustituir, y no necesito decirlo cuál fué el éxito que obtuvo, con el método de que se servian los metafísicos el de los naturalistas, no esperaba solamente dar á las ciencias naturales una base más sólida, más científica, más potente y ménos engañosa, sino de conquistar para la filosofía especulativa todas las ciencias naturales que grandemente necesitaba si no queria convertirse en série de abstracciones vacías y sin fundamento.

No quiero repetir aquí una página de la historia de la filosofía, no quiero decir cuáles eran los medios y artificios de que se servia la escuela de Schelling para aparentar que habia vuelto á pensar el gran pensamiento de la creacion y que habia construido *a priori* la ciencia natural, mientras, á pesar de todo, habia sacado algunos frutos de la experiencia.

Hoy, despues de tanto tiempo y tantos trabajos, no es difícil reconocer los defectos del método de Schelling y los vicios de su argumentacion; pero por esto mismo ha de costarle más trabajo á la juventud comprender el inmenso éxito que este sistema obtuvo en Alemania al empezar este siglo. No sólo se hizo por algun tiempo el sistema oficial y dominante en la filosofía, sino que los mismos físicos, los naturalistas, los médicos más distinguidos, muchos artistas y un buen número de historiadores y literatos estaban sometidos á su influjo. Esto se explica porque el fin de este sistema corresponde efectivamente á una imperiosa necesidad generalmente sentida. Mientras más profundo se hacia el conflicto entre la filosofía clásica de las escuelas y los resultados de las investigaciones físicas, con mayor fuerza debia atraer la atencion general un sistema que se anunciaba como la conciliacion de la metafísica y de las ciencias empíricas.

Pero esta promesa no se cumplió. No faltaban ejemplos en que la física especulativa habia anunciado como necesarias ciertas proposiciones concebidas *a priori* á que las ciencias de

observacion pudieran oponer más tarde una contradicción. Se volvía siempre más y más á la física empírica. Hegel, sucesor de Schelling en el trono de la filosofía especulativa, reconoció con su criterio agudo y penetrante la inanía y el hueco formalismo de casi todas las deducciones de la física *apriorística*, por lo cual muchos críticos modernos se equivocan cuando confunden en la misma sentencia la filosofía de la naturaleza de Schelling y la de Hegel.

Pero si bien Hegel concedió que no se puede reconocer el espíritu humano y los productos de su desarrollo sino sobre la base *exclusiva* de las ciencias naturales y de la fisiología, trataba también necesariamente de crearse una especie de física *especulativa* para que su filosofía no perdiese el carácter de una ciencia absolutamente independiente.

El que estudia hoy sin prejuicios las asombrosas lecciones de Hegel sobre la historia de la filosofía, se convence de que él comprendió bien la imposibilidad de un compromiso entre la metafísica y la física y de que cuando la materia no se presenta espiritualizada, la filosofía se convierte en ciencia empírica.

Hegel encuentra desde un principio gran dificultad para deducir la existencia de la naturaleza del pensamiento abstracto. Evidentemente este filósofo, que en todas sus deducciones se hace guiar por una dialéctica tan uniforme, y por decirlo así *esquemática*, vé que la transición de la idea á la naturaleza es imposible con su severo método, y se sirve de una fórmula que, si no me engaño, no se encuentra en ninguna otra deducción de Hegel y en ninguna otra parte de sus obras. La idea en su libertad absoluta se *resuelve* á salirse fuera de sí y hacerse naturaleza. Esto no es deducir, sino poner la naturaleza. Hegel no desprecia el estudio empírico, como hace algunas veces la escuela de Schelling; lo considera necesario para reconocer las particularidades en la naturaleza, que siendo la idea *fuera de sí misma*, no está estrechamente ligada como la lógica y no puede reconocerse solo por la dialéctica, limitándose á dar ciertas categorías lógicas en que estima que puede hacer entrar el material empírico, en cuanto le era posible dominarlo. De esta suerte, prometiendo poco, dando todavía mé-

nos, no era tan á propósito como la de Schelling para entusiasmar á los naturalistas, y su influencia directa fué por eso muy limitada. Tanto mayor fué, en cambio, su influencia indirecta.

Hemos visto que la filosofía especulativa en la lucha por la existencia queria avasallar la ciencia de la naturaleza y reivindicar para sí la verdadera parte científica de la física. A pesar del inmenso éxito que esta tentativa obtuvo en un principio, porque se revestía aún con una forma poética, por decirlo así, en la dialéctica más severa de Hegel mostró bien á las claras su impotencia.

Viene ahora el período del desquite de las ciencias naturales y se inició en la misma escuela de la filosofía especulativa, debiendo encontrar su primera y más poderosa expresión entre los discípulos del mismo Hegel. Fué Luis Feuerbach uno de los hombres más inspirados de los progresistas de la escuela hegeliana, quien hace más de treinta años publicó una série de trabajos que fueron acogidos con la más viva atención, y cuyo contenido podría resumirse en las siguientes proposiciones:

1.^a Que la filosofía especulativa, á pesar de todos sus esfuerzos, no ha sido ni será nunca capaz de deducir los fenómenos del mundo exterior ó naturales.

2.^a Que para el estudio de la naturaleza no es posible otro método que el empírico y experimental.

3.^a Que si, como todos reconocen, el conocimiento de la naturaleza es el camino para el estudio de la vida intelectual, la base de la filosofía del porvenir no es la dialéctica, sino el conocimiento de los resultados del método experimental.

4.^a Que el método específico de la filosofía propiamente dicha, no pudiendo procurarle ningun conocimiento del mundo ni de la *naturaleza del principio intelectual*, no hay otro que el conocimiento y el análisis del modo del pensar humano.

5.^a Que ninguno de los frutos de la dialéctica se perderá, pues todos, la lógica, la fenomenología del espíritu no deben considerarse como correlativos de un principio objetivo, sino por el contrario, partes de la psicología, fragmentos aislados,

cuyo complemento y reunion deben esperarse de una completa historia natural y psicológica del hombre, si alguna vez es posible.

Todo esto no parecerá nuevo; todo esto se ha dicho, y se ha dicho mejor por los jefes de la escuela empírica en Italia, Francia é Inglaterra, y parece coincidir en gran parte con el resultado de la crítica de Kant. Sin embargo, este trabajo de Feuerbach hizo una gran sensacion, y fué considerado en el seno de la escuela hegeliana y fuera de ella como una especie de manifiesto del partido avanzado de la escuela sobre el resultado de la filosofía especulativa. Desde entónces los miembros de la derecha de la escuela hegeliana quedaron aislados y perdieron toda influencia sobre la literatura y la enseñanza, á no ser los que, como Strauss más tarde, aceptaron los principios de la izquierda.

Para comprender la significacion y la importancia de este manifiesto filosófico, se debe considerar que los jefes de la escuela empírica, ó como falsamente se llamó *escuela experimental*, no pedian otra cosa sino que el método empírico lo fuese propiamente, que no se generalizara un hecho ó una série de hechos ántes de que todos los grados del proceso de la generalizacion no se avalorasen y justificasen con una série de variados experimentos, y que únicamente se aplicara un hecho observado despues de haber probado, no solo la posibilidad, sino tambien la realidad y el nexó actual de todos los elementos de la explicacion, y que una hipótesis, aun estando probado el derecho de hacerla, no entraña nunca un juicio sintético. Esta es la creencia del empirismo, este es todo el baconismo y el resúmen de los preceptos lógicos de los sensualistas. Pero ninguno de ellos negó ni pudo negar, despues de haberlo intentado sériamente, que no hay otro camino para llegar á la verdad objetiva, sin pasar por el laberinto de las hipótesis y de las ilusiones de los sentidos. Este camino seria el *a priori*, el camino de la especulacion. Negar la existencia de este otro camino sin haber tratado metódicamente de hallarlo, seria otro *apriorismo*, el *apriorismo* de la inercia.

La escuela especulativa reconocia los preceptos del empi-

rismo, pero solo para las investigaciones *empíricas*, experimentales. Más de una vez hace Hegel acerba crítica de las hipótesis en las ciencias naturales, y las condenaba por cierto con más rigor ciertamente que nuestra *Academia del Cimento*. Se muestra tal vez demasiado enemigo de las explicaciones que se dan en las ciencias físicas, y quiere que una ciencia de hechos no suministre otra cosa. No quería Hegel reconocer sintéticamente el nexo de los hechos, sino analíticamente por medio de la deducción especulativa. Se comprende fácilmente que si después de estas serias tentativas de la escuela especulativa los discípulos más avanzados de esta escuela declaran que la dialéctica no conduce á la verdad objetiva, y que en su forma más perfecta tiene solamente un valor psicológico, esta declaración tiene un significado mucho más importante que la continua repetición del antiguo adagio de los sensualistas, de que nada hay en el espíritu que no haya pasado ántes por los sentidos.

Y desde entónces Alemania, que fué siempre tan rica en imaginaciones filosóficas, no ha vuelto á crear ningun sistema filosófico; la metafísica está casi en descomposición. Los filósofos se han ocupado casi exclusivamente en investigaciones filosóficas, y en esta dirección de los estudios encontramos reunidos á los secuaces de todas las escuelas. Los neokantianos y los escasos discípulos de Herbart están de acuerdo con los neo-hegelianos y con la filosofía inglesa, no solo en lo mejor del principal argumento de sus estudios psicológicos, sino también en la parte esencial del método que descansa en las ciencias naturales y que busca, en cuanto sean posibles, explicaciones sacadas de la fisiología. Para toda la ciencia del hombre, para la filología, para la historia y para la pedagogía se busca una base antropológica. Si, últimamente, dos de las Universidades más adelantadas en Alemania y Suiza han ofrecido la cátedra de filosofía á un profesor de fisiología que se había distinguido en varias publicaciones sobre el sistema nervioso, esto no es más que una manifestación y producto de la conciencia general de los *científicos*, que vé en el hecho concreto la base del razonamiento.

Es verdad que esta nueva dirección de la filosofía ha pro-

ducido también una literatura popular que no ha sabido apartarse de ciertos excesos. Si algunos errores del siglo pasado han creído en ciertos escritos populares que podían tomar el ropaje de la nueva filosofía, basta decir que á pesar de este ropaje han sido apreciados muy pronto en lo que son, mientras en el siglo pasado fueron considerados por muchos hombres serios como la expresión de una verdadera filosofía.

Este breve é incompleto resúmen de la historia moderna de la filosofía especulativa basta al fin esencialmente práctico de este discurso. La ciencia está en un continuo desarrollo y su fase de hoy no contiene ni su forma definitiva ni su verdad absoluta. Yo no puedo ni quiero pedir os que aceptéis su herencia sino á beneficio de inventario. Méenos aún: quisiera hacer valer mi propio convencimiento, que se oscurecería en presencia de los grandes nombres de que os he hablado.

Veamos, pues, de un modo imparcial, sin hacer que prevalezca opinión alguna, cuáles son los resultados del proceso intelectual que he delineado. Veamos cuántos han alcanzado el consentimiento general de todos los partidos que toman parte en el movimiento y no se han petrificado aun en el dogmatismo, y cuántos están todavía sometidos á la discusión. Se comprende que, fiel al fin práctico de mi discurso, me limitaré á tratar de los resultados generales que pueden servir á mi argumentación. Debo repetir naturalmente cosas ya dichas, pero seré breve.

El apriorismo especulativo no nos conduce á ninguna verdad objetiva. A este resultado había llegado la escuela especulativa alemana. En esa conclusión convienen la escuela crítica, el kantismo, con una variante que para nosotros no es ahora de importancia, y la filosofía inglesa y francesa; los herederos de la escuela de Galileo no serán de distinta opinión. Se ha obtenido con esta proposición la unanimidad de todos los que toman todavía una parte activa en el desarrollo de la ciencia, y gracias á los cuales no pertenece aún la filosofía completamente á la historia.

El contenido de la especulación filosófica es de una importancia exclusivamente psicológica.—Esta tésis no pueden negarla todos los que convienen en que el pensamiento que se piensa

á sí propio tiene un verdadero contenido. Como ahora se reconoce que este contenido no es cosa que pertenezca al mundo *fuera* del pensamiento, este contenido, si existe, debe pertenecer á la fisiología del mismo pensamiento. Y aun los que quieran negar que el pensamiento que se piensa á sí propio tiene un verdadero contenido, creyendo que este contenido es solo aparente porque se ha introducido de un modo extraño á la experiencia y los sentidos externos, no pueden negar, sin embargo, á esta pretendida ilusion un interés psicológico. Este interés debe crecer si la historia de la filosofía y el análisis subjetivo prueban que este contenido, furtivamente introducido segun aquellos, no depende del acaso, pues su naturaleza y el ciclo de su desarrollo son determinados.

Pero esa pequeña parte de la psicología que resulta de la observacion subjetiva no es toda la psicología y no da satisfaccion bastante á nuestras necesidades científicas y prácticas. Si como es sabido la psicología ha venido á ser la base de todas las ciencias morales y estéticas, si en gran parte le pedimos la clave de los enigmas que nos presenta la historia, si es la médula espinal del organismo de la filología, si debe dominar en las nociones fundamentales de nuestra jurisprudencia y si esperamos encontrar en ella el compás que ha de guiarnos en muchas regiones desconocidas de la medicina mental, no es sin duda ese fragmento de psicología que resulta de la abstraccion, ni aquella psicología llamada empírica que llenaba de anécdotas en el siglo pasado tantos tomos.

No estimo tan escasamente la psicología de la abstraccion como Augusto Comte, ni el estudio de la fenomenología y de la lógica de Hegel y de tantos otros trabajos, entre los cuales me complazco sobre todo en citar como fundamental la profundísima estática de las pasiones contenida en el libro segundo de la *Ética* de Spinoza. Ellos nos muestran que su campo no es tan restringido ni tan estéril como muchos empíricos pretenden. Pero esta parte de la psicología es solo formal, segun el mismo Hegel, y no puede servirnos aún para comprender las ciencias morales. Por esto se quiere otra psicología que se ocupe en examinar, no una parte de los productos del espíritu, sino la naturaleza del proceso y de las le-

yes segun las cuales realiza sus operaciones. Se quiere una psicología que es á la lógica lo que el magestuoso edificio de la moderna teoría dinámica del calor á la enumeracion de los efectos subjetivos del llamado calórico con que muchos siglos pasados tuvieron que contentarse.

Una psicología así, una ciencia del espíritu, no podemos darla, pero podemos acercarnos á ella mucho más de lo que cree la orgullosa resignacion de muchos escépticos. ¿Y cuál es el camino?

El camino para llegar al conocimiento del espíritu pertenece al conocimiento de los fenómenos de la naturaleza; la psicología no es otra cosa que un desarrollo ulterior de la física y la fisiología.—A este resultado llega ya la filosofía especulativa alemana, y en esto está de acuerdo no solo con los naturalistas filósofos, sino tambien con la filosofía francesa del siglo pasado y con la escuela inglesa moderna, especialmente con *Herbert Spencer*. La gran diferencia entre los naturalistas y los filósofos propiamente dichos consistia en que los primeros consideraban como base de las ciencias morales un conocimiento empírico y experimental de la naturaleza, conocimiento que por fuerza será siempre imperfecto. La filosofía, despreciando las muletas del experimentalismo, queria sustituirlo con la física especulativa, es decir, con otro método, para abrazar con un golpe de vista toda la naturaleza inorgánica y orgánica.

Si hoy ha demostrado el desarrollo de esta filosofía que no existe esa física especulativa, subsisten, sin embargo, como verdaderas todas las razones por las que ha creído la filosofía que debia considerar las ciencias naturales como base de la psicología y de las ciencias morales. Con objeto de conservarse fiel á sí misma, la filosofía del porvenir debe proclamar y ha proclamado ya como base é indispensable preparacion suyas un exacto conocimiento de la naturaleza y especialmente de la humana, adquirida por el único camino que nos queda abierto, por la vía empírica y experimental. Es este un matrimonio de la física y la filosofía trascendental que ha llevado la conciliacion á la antigua lucha. La hija que ha nacido de este matrimonio es la *filosofía antropológica*.

Pero si la ciencia natural se ha hecho sierva de la filosofía, no es, hablando el lenguaje de Kant, la sierva que la sigue recogiendo sus obras, sino aquella que la precede con una antorcha en la mano. Los tratados de filosofía en Inglaterra y Alemania no empiezan ya con la teoría lógica del conocimiento sino con los experimentos de los físicos y los fisiólogos. De esta suerte se llega á la *tentativa* de sujetar, en calidad de hipótesis por ahora, la vida del espíritu á la gran ley de la conservación de la energía, se establece la filiación de la moral y la estética con las fuerzas físicas, no de otro modo que ántes se trataba de derivar con ingeniosas hipótesis el magnetismo de la electricidad, el calor de la luz. La física ha sido tan afortunada en estas filiaciones, que ya no pueden llamarse hipotéticas estas derivaciones, puestas en ridículo al principio por el escepticismo crítico, segun el cual debia estudiarse solamente en su modo específico todo ramo del saber, y este buen éxito ha hecho crecer en los últimos tiempos la audacia de la psicología fisiológica. Y creo tambien que la fortuna no ha prestado escasa ayuda á esa audacia, aunque no tanta como á la física. Porque si bien la derivación de la acústica y la óptica de las leyes mecánicas ha logrado alcanzar un grado que parecia fabuloso al comenzar este siglo, no es más difícil mostrar á un ciego todas las leyes de la óptica, hasta las más especiales particularidades, ni hacer que entienda un sordo todos los fenómenos de la acústica, que hacer comprensible para los que no quieren ó no pueden pensar, la psicología fisiológica. Estamos todavía léjos del ideal que Fichte se propuso, es decir, de obligar á las masas á comprender la filosofía.

La idea de acercarse á la concepción del espíritu finito mirándola como un desarrollo cuantitativo y cualitativo de los fenómenos naturales predomina en la literatura moderna y ha tenido una gran influencia sobre las ciencias; pero esta idea no ha obtenido aún el consentimiento general.

Dejemos á una parte aquellos que se hicieron sus adversarios, no por convicción científica, sino por miedo á las consecuencias de ese modo de ver las cosas, por temor de que nos condujera necesariamente al materialismo. Es verdad que esta doctrina conduce á lo que ha llamado Haeckel *monismo*, esto

es, á reconocer que las leyes de la naturaleza y del espíritu finito son en el fondo las mismas en diversas complicaciones. Pero una consideracion científica de la naturaleza, que no puede ser otra cosa que la expresion de una suprema razon inmanente en el mismo *mecanismo*, razon de la cual son formas las ideas y cuyo hecho es la voluntad, una consideracion así no puede conducir, en modo alguno, á un verdadero materialismo de que se aleja toda la física moderna.

Pero hay otros adversarios más sérios de la idea evolucionista del espíritu, adversarios que debemos tener en cuenta así por su número como por el trabajo intelectual que representan. Estos no pueden reconocer todavía la idea especulativa y *monística* de que por el estudio cada vez más perfecto de la naturaleza se deba llegar necesariamente al conocimiento del espíritu. Podemos dividir estos adversarios en *escépticos*, segun los cuales es incierto el camino para la naturaleza, y podría tal vez no conducirnos al fin ó no alcanzarlo todo, y en *dualistas*, segun los cuales la esencia del proceso intelectual es diferente del proceso físico, por cuya razon no se puede llegar por el camino de las ciencias de observacion á tener una idea del proceso psicológico.

No podemos ni queremos intentar ahora una polémica que decidiera entre los tres grupos y los conciliara.

Basta al propósito que nos hemos impuesto probar que esta gran divergencia de las opiniones teóricas carece de influencia para decidir la cuestion práctica y urgente del método.

Empecemos por los dualistas. Para ellos el espíritu está fuera de la naturaleza que habla á nuestros sentidos. Pero como hemos visto que ellos mismos ó al ménos los más avanzados convienen en que el método *apriorístico* no conduce al conocimiento de las verdades objetivas, se debe suponer que están por que se abandone enteramente á la observacion subjetiva el estudio psicológico. Esta observacion subjetiva contiene una gran cantidad ó variedad de sensaciones y si se quiere de modificaciones del yo.

El monismo, para el cual una clasificacion tiene á lo sumo una importancia secundaria, puede considerar, á reserva de

un conocimiento más perfecto, como psicológicas todas estas sensaciones. No le sucede esto al *dualismo*. Quiere y debe distinguir entre la doble naturaleza que se supone en estas sensaciones. Excluye las que son sencillamente una consecuencia de las leyes físicas y compone con las restantes su fragmento de psicología. Como las sensaciones no nos dicen nada de su origen y el análisis subjetivo no ha podido llegar á una conclusion generalmente aceptada acerca de qué sensaciones son enteramente producidas y cuáles solo provocadas como innatas que son por el mundo exterior, el dualista moderno debe desesperar de conocer directamente lo que pertenece á la Psyche. Solo le resta tratar en los límites de lo posible de averiguar qué sensaciones y modificaciones pueden explicarse empírica y físicamente y escluirlo del residuo que debe constituir el material de su futura psicología.

Se comprende que para hacer concienzudamente esta exclusion debe conocer las leyes físicas y tener en cuenta todos los nuevos descubrimientos físicos y fisiológicos. De suerte que aun para él el estado de sus conocimientos físicos determina el estado y uso que puede hacer de su psicología; tambien para él será el estudio de la naturaleza el primer paso, el fundamento para el conocimiento del mundo moral.

El escéptico se encuentra esencialmente en las mismas condiciones. Para saber hasta dónde puede llegar por el incierto camino de la física, debe hacer en persona este reconocimiento si no quiere renunciar á todo juicio propio sobre las cuestiones fundamentales de la filosofía. Porque la crítica nos ha demostrado que cualquier otro camino, ora parezca más corto ó más largo, es en el fondo mucho más extraviado ó imposible.

De suerte que todos debemos convenir, aunque contrariemos las propias inclinaciones, en que hoy la propedéutica general de las ciencias morales está en las ciencias físicas y en la antropología.

He insistido mucho en el *consensus omnium*. No creo yo que este dé testimonio de una verdad absoluta; pero entiendo que es señal infalible de una verdad relativa que expresa una necesidad temporal y que puede hacer que un error se apro-

pie á las condiciones de la época. Este consentimiento de los partidos, que parten de una base completamente distinta, nos dice que en un porvenir próximo, que en ciertos países es ya el presente, todas las ciencias no aplicadas, es decir, las que indagan verdades y no solamente preceptos técnicos, estarán basadas en nuestro conocimiento de la naturaleza y determinadas por este. Hoy busca ya todo grupo de nociones un lazo físico-antropológico. No se considera ya como ciencia un grupo de nociones, sino á medida que alcanza una cópula así, llamada á ser la base y la norma del juicio.

Tenemos en Florencia, en el Instituto, una escuela de ciencias históricas y filológicas, que en poco tiempo ha conquistado una influencia que habia buscado en vano mucho tiempo: tenemos además una seccion de ciencias físicas y de historia natural. Me parece que se sigue de lo que he tratado de exponer que se debe apretar más el lazo que existe entre ámbas escuelas, y que para las ciencias morales é históricas la ciencia natural no debe ser tan solo un complemento útil, cosa que no ha menester demostracion, sino una condicion indispensable de su progreso. Esta verdad se hace sentir ya en toda la literatura, y el discípulo de una ciencia histórica ó filosófica que careciese hoy de conocimientos físicos, quedaria privado de tomar parte activa en el progreso y estaria paralizado cuando se tratase de seguir ese progreso y de intervenir en él con juicio propio. Si un discípulo de tales condiciones sintiera la necesidad de contribuir con su actividad propia al edificio de la ciencia, tendria que limitarse á las pequeñas cuestiones de hechos particulares, léjos de poder ocuparse en las grandes cuestiones fundamentales. Seria incapaz de juzgar los trabajos que los dilucidan sobre nuevas bases científicas.

La creacion de la cátedra de antropología no corresponde plenamente todavía á la necesidad de enseñanza física que se experimenta en la escuela de filosofía. La antropología didáctica (*cattedrattica*) que toma en cuenta las propiedades y diferencias físicas y morales del género humano, necesita completarse, ó más bien, prepararse con otra enseñanza que muestra lo que tienen los hombres de comun entre sí y con las otras partes de la naturaleza orgánica é inorgánica y cuá-

les son las leyes físicas y las trasformaciones morfológicas que concurren para hacer posibles las propiedades biológicas del hombre. De otra suerte, la antropología no podría suministrar al alumno toda la base psicológica y de ciencias físicas que pide la ciencia moderna.

Y vosotros sabéis que esta base debe ser muy amplia. La historia se ha hecho hoy una ciencia que toma en cuenta, más bien que los actos, la necesidad interna de su desarrollo, que debe servir para construir según el método de las ciencias de observación un nuevo ramo de la psicología, *la psicología de los pueblos*, para utilizarla después en la justificación de sus propias deducciones, que de otra parte se derivan también de nuestro conocimiento de la influencia de los agentes físicos en el hombre. Las otras ciencias que se enseñan en nuestro Instituto experimentan con mayor intensidad aún que la historia propiamente dicha la directa influencia de las ciencias naturales. La historia de la mitología y de la religión no participa solo, como la historia política, de la base psicológica, sino que está determinada de tal suerte, por la geografía física y la historia, del desarrollo de las ciencias naturales y la etnografía física, que no faltan *científicos* que declaran con mucho sentido que la historia de la mitología tiene que enumerarse entre las ciencias naturales. Lo mismo, y en más alto grado aún, sucede con la filología. Los que han seguido, aunque de lejos, los últimos estudios, ven claramente que nos encontramos en medio del campo de las ciencias naturales, y los que se encontraban en un principio menos dispuestos á hacer esta concesión, han tenido al cabo que confesar que la filología es, en su más importante parte, una *ciencia física*. Y lo es, en efecto, no sólo como las ciencias que llamamos *morales* por su base psicológica, sino también por la ingerencia inmediata de la fisiología en la explicación de los sonidos y de las letras y de sus transformaciones. Esta ingerencia directa de la fisiología y de la historia natural crecerá extraordinariamente si se realizan los grandes esfuerzos de Leon Reinisch para probar que, al menos para todo el antiguo continente, la lengua originaria fué *una é idéntica*. El mismo Reinisch en el tomo primero

y único hasta ahora de su obra, hace observar que sus investigaciones marchan paralelamente con los espléndidos resultados á que han sabido llegar últimamente las ciencias naturales. De suerte que para completar las pruebas que cree haber dado en el campo de la lingüística, la filología debe entrar en las ciencias naturales y estas en la filología.

Los trabajos filológicos de Steinthal y de Lorenzo Geiger deben su importancia y originalidad, que nadie niega, á la base física, y Geiger con su punto de vista teórico, que ha producido tanta sensacion en Alemania, discurre evidentemente sobre la base del darwinismo. ¿Cómo puede pretenderse que nuestros estudiantes puedan, no ya completar, sino juzgar siquiera de un modo independiente tantos trabajos nuevos, si se les niegan los elementos de la física?

He citado el darwinismo. Hé aquí otro gérmen arrojado por las ciencias naturales en el seno de todas las cuestiones filosóficas é históricas. Es este un poderoso instrumento, cuya aplicación se hace tanto más fácil, cuanto con ménos claridad se ve en qué puntos su base necesita la confirmacion de la crítica. Esta crítica no se ha hecho aún. Darwin ha sido condenado, pero no se le ha juzgado todavía, y sus numerosos adversarios, en los escritos que conozco, no han podido hacerle aún una sola objecion seria ni probar científicamente una sola inconsecuencia ó contradiccion en su sistema. Solo *De Meis* me parece que con una palabra ha señalado un punto débil de su doctrina. Yo abrigo la conviccion de que no sucederá siempre lo mismo. El *darwinismo*, en su forma actual, no será la última expresion de la morfología, aunque Darwin conserve siempre el mérito innegable de haber introducido en la conciencia pública la idea del transformismo, de la lucha por la existencia y de la seleccion natural. ¡La discusion *vendrá!* Pero no podrán hacer ni entender la crítica los que no estén iniciados ya en la ciencia del organismo. Los demás serán necesariamente dogmáticos en tan importantes cuestiones y adoptarán la opinion de los manuales ó de los tratados populares, sin ser capaces de someterla á exámen y juicio propios, ó elegirán la sentencia más conforme con sus opiniones preconcebidas.

Tenemos, pues, el deber de impedir que nuestra juventud estudiosa, educada con seria crítica y avezada á ella en todo lo que concierne al grandioso edificio de la ciencia, *no se haga dogmática respecto de las nociones fundamentales.*

He indicado ya en mi discurso que el medio de conseguir este objeto es apretar más el lazo que existe entre la seccion de filosofía y la de ciencias naturales. Tenia yo la intencion de entrar en algunas particularidades para indicar el modo de que se aproximen estas dos secciones. Pero como estas consideraciones mias podrian y deberian ocasionar una discusion, creo conveniente hacerlas en más íntima conexion, si las máximas que he tenido el honor de desenvolver hoy fuesen aprobadas por nuestro consejo directivo.

He hablado solamente de dos secciones de nuestro Instituto, sin comprender tambien la de medicina, porque esta seccion se ha reservado una organizacion especial. Estoy convencido de que debe acabar, y acabará por formar una facultad completa. Solo de este modo podrá entrar en orgánica conexion con las otras secciones, porque la disciplina que falta actualmente en esta seccion forma precisamente el nexo del estudio de la medicina y el de la filosofía y las ciencias naturales. El estudio de las ciencias físicas, reconocido tiempo há como base de la medicina científica, formará entónces el tronco comun que ha de constituir la unidad de nuestro Instituto mientras sus ramas podrán extenderse en todas direcciones.

MAURICIO SCHIFF.

PSICOLOGÍA COMPARADA DEL HOMBRE.

Discutiendo con dos miembros del Instituto Antropológico sobre la tarea que habia de emprender su seccion psicológica, hice algunas sugerencias que ellos me exigieron que pusiese por escrito. Cuando se me hizo presente algunos meses despues la promesa que habia hecho, no conseguí recordar las indicaciones particulares aludidas; pero los conatos de traerlas á mi memoria me llevaron á echar una mirada sobre todo el asunto de la psicología humana comparada, y de aquí se originó el siguiente artículo.

Apenas es preciso demostrar que una revista general es útil como preliminar á un estudio deliberado, ya sea este del todo, ya de una parte. Cuando se discurre por una region sin límites conocidos hay vaguedad en el pensamiento. La atencion que se dedica á una parte del asunto lleva á conceptos falsos si se ignora la conexion de esa parte con el resto. El conjunto no puede concebirse como se debe sin algun conocimiento de las partes, y no puede concebirse exactamente una parte separada de su relacion con el conjunto.

Delinear la psicología comparada del hombre debe tambien conducir á la más metódica continuacion de las investigaciones. En esto, como en otras cosas, la division del trabajo facilitará el progreso; y para que haya division de trabajo, la misma obra debe ser dividida sistemáticamente.

Podemos separar convenientemente el asunto entero en tres principales divisiones, arregladas por órden de creciente especialidad.

La primera division tratará de los grados de evolucion mental de los diferentes tipos humanos considerados en ge-

neral, teniendo en cuenta la masa de manifestacion mental y la complejidad de esta manifestacion. Esta division incluirá las relaciones de estos caractéres con los caractéres físicos, masa y estructura del cuerpo y masa y estructura del cerebro. Contendrá tambien investigaciones concernientes al tiempo empleado en completar la evolucion mental, y al tiempo de duracion del poder mental en el adulto; y tambien los rasgos más generales de la acción mental, tales como la mayor ó menor persistencia de las emociones y de los procesos intelectuales. La conexion entre el tipo mental general y el tipo social general serán tambien tratados en esta parte.

En la division segunda pueden ser colocadas convenientemente las investigaciones concernientes á la naturaleza mental relativa de los dos sexos en cada raza. En ella se presentarán cuestiones como las siguientes: ¿Qué diferencias de masa mental y de complejidad mental, si es que hay alguna, entre varones y hembras, son comunes á todas las razas? ¿Varían estas diferencias en grado, ó en clase, ó en ámbas cosas? ¿Hay razones para creer que están sujetas á cambios de aumento ó disminucion? ¿Qué relaciones tienen en cada caso con los hábitos de vida, los arreglos domésticos y la organizacion social? Esta division deberá tambien incluir los sentimientos recíprocos de los sexos, considerados como variables cuantitativa y cualitativamente, y tambien sus respectivos sentimientos hácia la descendencia, variables de un modo semejante.

Para la tercera division pueden reservarse los caracteres mentales más especiales que distinguen los diversos tipos de la especie humana. Una clase de estas especialidades proviene de la diferencia de proporcion entre facultades poseidas en comun, y otra clase resulta de la presencia en algunas razas de facultades que casi faltan ó que faltan por completo en otras. Cada diferencia en cada uno de estos grupos, cuando está ya establecida por comparacion, debe ser estudiada en conexion con el punto de evolucion mental alcanzado y con los hábitos de vida y el desarrollo social, considerándola como relacionada con estos, como están la causa y el efecto.

Bosquejadas ya estas distintas divisiones, pasemos á consi-

derar en detalle las subdivisiones contenidas en cada una de ellas.

I.

Bajo el epígrafe de evolucion mental general, podemos empezar con el carácter de:

1. *Masa mental*.—Experimentos diarios nos demuestran que los séres humanos difieren por la masa de sus manifestaciones mentales. Hay algunos cuya inteligencia, aun siendo elevada, produce poca impresion en los que les rodean; mientras que hay otros que, aun cuando digan vulgaridades, lo hacen de tal modo, que conmueven en alto grado á los que escuchan.

La comparacion entre dos de estas clases, manifiesta que, en general, es debida la diferencia al lenguaje natural de las emociones. Tras la prontitud intelectual del uno, no se percibe ningun poder de carácter; mientras que el otro deja ver un *momentum*, un ímpetu capaz de echar por tierra toda oposicion, una potencia de emocion que tiene en sí algo que es formidable.

Evidentemente las variedades de la humanidad se diferencian mucho con respecto á este carácter. Aparte de la clase de sentimientos, son desemejantes en suma de sentimiento. Las razas dominantes van delante de las inferiores, principalmente en virtud de la mayor cantidad de energía, en la que se patentiza esta mayor masa mental. De aquí una série de preguntas de las cuales son algunas las siguientes: (a) ¿Qué relacion hay entre la masa mental y la masa corpórea? Manifiestamente en las razas pequeñas se nota inferioridad. Pero tambien parece que razas muy iguales en tamaño como, por ejemplo, un inglés y un damara, se diferencian considerablemente en masa mental. (b) ¿Cuál es su relacion con la masa de cerebro? y recordando la ley general que en la misma especie, el tamaño de cerebro aumenta con el del cuerpo (aunque no en la misma proporcion), ¿hasta qué punto podemos unir la mayor masa mental de las razas superiores con una mayor suma de cerebro, más allá de lo que es adecuado á su

mayor masa corpórea? (c) ¿Qué relación, si es que existe, hay entre la masa mental y el estado fisiológico expresado por el vigor de circulación y la riqueza de la sangre, como separadamente determinados por el modo de vida y la nutrición general? (d) ¿Cuáles son las relaciones de este carácter con el estado social, sea este de pillaje ó de industria, nómada ó agricultor?

2. *Complejidad mental.*—Se entenderá mejor cómo difieren las razas con respecto á las estructuras más ó menos desarrolladas de sus cerebros, recordando la semejanza entre la inteligencia juvenil y la adulta, que tan bien representa la semejanza entre las inteligencias del salvaje y del hombre civilizado. El niño se absorbe en los hechos especiales. Apenas puede reconocer las generalidades de un orden interior, y desconoce por completo las más elevadas. Vemos que se interesa por individuos, por aventuras personales, por asuntos domésticos; pero no siente interés por asuntos políticos ó sociales. Le vemos fundar su vanidad en los trajes y en pequeños actos; pero nos muestra poco sentido de justicia, como lo prueba la apropiación á la fuerza de los juguetes de otro. Al mismo tiempo que entran en juego muchas de las manifestaciones mentales más simples, no ha llegado todavía á esa complicación mental que resulta de la acumulación de estas manifestaciones más simples. Diferencias análogas de complejidad existen entre la inteligencia de las razas inferiores y la de las superiores; y habría que hacer comparaciones para averiguar las clases y grados de esas diferencias. Aquí también puede haber una subdivisión de preguntas: (a) ¿Cuál es la relación entre la complejidad mental y la masa mental? ¿No están sujetos ordinariamente á las mismas variaciones? (b) ¿Cuál es la relación con el estado social, como más ó menos complejo? es decir ¿la complejidad mental y la complejidad social, no obran y reaccionan una sobre otra mutuamente?

3. *Grado de desarrollo mental.*—En conformidad con la ley biológica, según la cual cuanto más elevados son los organismos más tiempo necesitan para desarrollarse, podía esperarse que los miembros de las razas humanas inferiores completaran su evolución mental más pronto que los miembros

bros de las razas superiores, y tenemos pruebas de que así lo hacen. Viajeros de todas las regiones refieren la gran precocidad de los niños entre los salvajes y en los pueblos semicivilizados y la temprana detención de sus progresos mentales. Aunque no necesitamos más pruebas para saber que este contraste general existe, queda por preguntar si se conserva en las mismas proporciones en todas las razas, desde la más inferior á la más elevada; si, por ejemplo, el hombre de la Australia se diferencia en este respecto del del Indostan tanto como este del europeo. Varias preguntas secundarias se presentan en esta subdivisión, y entre ellas las siguientes: (a) ¿Se muestra siempre con desigualdad en los dos sexos esta evolución más rápida y esta detención más temprana? O en otras palabras: ¿hay en los tipos inferiores diferencias proporcionales en cantidad y grado de desarrollo tales como las que nos muestran los tipos superiores? (b) ¿Hay en muchos casos, como parece haber en algunos, una relación entre el momento de detención y el período de pubertad? (c) ¿Es el decaimiento mental más temprano en proporción á la mayor rapidez de la evolución mental? (d) ¿Podemos en otros aspectos asegurar que donde el tipo es inferior, el curso entero de cambios mentales desde el nacimiento hasta la muerte—ascendente, uniforme, descendente—se verifica en un intervalo más corto?

4. *Plasticidad relativa.*—¿Existe alguna relación entre el grado de posibilidad de las modificaciones mentales que permanece en la vida adulta y el carácter de evolución mental con respecto á masa, complejidad y rapidez? El reino animal en general nos da razones para asociar un tipo mental inferior y más rápidamente completado con una naturaleza relativamente automática. Criaturas ínfimamente organizadas, guiadas casi enteramente por acciones reflejas, solo son susceptibles de cambio en muy pequeña escala por experiencia individual. Conforme se complica la estructura nerviosa, sus acciones se encierran ménos rigurosamente en los límites preestablecidos; y según nos aproximamos á las más altas criaturas, la experiencia individual toma una parte cada vez mayor en modelar la conducta; hay una creciente habilidad para apoderarse de nuevas impresiones y para aprovecharse de las

adquisiciones. Las razas humanas inferiores y superiores contrastan en este particular. Muchos viajeros hablan de los hábitos inmutables de los salvajes. Las naciones semicivilizadas del Oriente, pasadas y presentes, fueron ó son caracterizadas por mayor rigidez de costumbre que la que caracteriza á las naciones más civilizadas de Occidente. La historia de las naciones más civilizadas nos demuestra que en sus tiempos más primitivos era menor la disposición á ser modificados las ideas y los hábitos. Y si contrastamos clases ó individuos de los que nos rodean, vemos que presentan mayor plasticidad los que han alcanzado un grado mayor de desarrollo mental. A preguntas respecto á este rasgo de plasticidad comparada en sus relaciones con la precocidad y temprano complemento de desarrollo mental, pueden propiamente añadirse las preguntas respecto á sus relaciones con el estado social que ella ayuda á determinar y que á su vez reacciona sobre ella.

5. *Variabilidad.*—Decir de una naturaleza mental que sus actos son extremadamente inconstantes y al mismo tiempo decir que es una naturaleza relativamente inmutable, implica en apariencia una contradicción. Cuando no obstante se entiende que la inconstancia se refiere á las manifestaciones que se suceden de minuto á minuto, y que la poca tendencia á modificarse se refiere á las manifestaciones medias que se extienden á largos períodos, desaparece la aparente contradicción, y se hace comprensible que los dos caracteres puedan coexistir como ordinariamente coexisten. Un niño, prontamente cansado de cada clase de percepción, que necesita siempre un nuevo objeto, que presto abandona por cualquier otro, y que pasa veinte veces al día de las risas á las lágrimas, nos demuestra una persistencia muy pequeña en cada género de acción mental; todos sus estados intelectuales y afectivos son transitorios. Sin embargo, su inteligencia no puede cambiar fácilmente de carácter. Verdad es que cambia espontáneamente á su debido tiempo; pero durante mucho tiempo permanece incapaz de recibir ideas ó emociones que excedan de los órdenes simples. El niño exhibe tantas menos rápidas variaciones intelectuales y afectivas cuanto más grande es su facultad de ser educado. Las razas humanas in-

feriores nos demuestran esta combinacion: gran rigidez de carácter general con gran irregularidad en sus manifestaciones pasajeras. Hablando más en general, al mismo tiempo que resisten la modificacion permanente, tienen falta de persistencia intelectual y de persistencia afectiva. De varios tipos inferiores sabemos que no pueden fijar la atencion sino pocos minutos en una cosa que requiera pensar, aun cuando sea de un modo simple. Semejantemente sucede con sus sentimientos; estos son ménos duraderos que los de los hombres civilizados.

Hay, sin embargo, restricciones que hacer en este punto, y es necesario comparar para averiguar hasta dónde llegan estas restricciones. El salvaje muestra gran persistencia en la accion de las facultades intelectuales inferiores. Es incansable en la observacion menuda. Es incansable tambien en ese género de actividad perceptiva que acompaña á la confeccion de sus armas y adornos; frecuentemente dedica períodos muy largos á tallar una piedra, etc. Respecto de las emociones, demuestra tambien persistencia, no solo en los motivos que le inducen á estas pequeñas industrias, sino tambien para ciertas pasiones, especialmente para la venganza. De aquí que al estudiar los grados de variabilidad mental, debemos preguntar hasta qué punto caracteriza la variabilidad á toda la inteligencia, ó solamente á parte de la misma.

6. *Impulsion*.—Este carácter está íntimamente unido al último; emociones sin duracion son emociones que inclinan la conducta unas veces á un lado y otras á otro, sin ninguna consistencia. El carácter de la impulsión puede, sin embargo, con propiedad ser tratado separadamente, porque implica otras cosas que la mera falta de persistencia. La comparacion de las razas humanas inferiores con las superiores, parece demostrar generalmente que la violencia acompaña, generalmente hablando, á las pasiones poco duraderas. Los arrebatos repentinos á que se entregan los hombres de tipos inferiores, son excesivos en grado cuando son cortos en duracion; y hay probablemente una afinidad entre estos dos caracteres: la intensidad produciendo más pronto el agotamiento.

Observando que las pasiones de la niñez prueban esta

conexión, volvamos á ciertas cuestiones interesantes referentes al decrecimiento del impulso que acompaña al adelanto de la evolución. Los procedimientos nerviosos de un sér impulsivo, están ménos lejos de las acciones reflejas que los de un sér no impulsivo. En las acciones reflejas vemos un simple estímulo que pasa repentinamente á movimiento, sin que las otras partes del sistema nervioso ejerzan influencia ó teniendo muy poca. Conforme ascendemos á actos más elevados, producidos por combinaciones del estímulo más y más complicadas, no vemos la misma conversión instantánea á movimientos simples; vemos un ajuste comparativamente deliberado y más variable de conocimientos compuestos, debidamente restringidos y proporcionados. Así sucede con las pasiones y con los sentimientos en las naturalezas ménos desarrolladas y en las naturalezas que más lo están. Donde no hay sino muy poca complejidad afectiva, una emoción excitada por cualquier ocurrencia, se convierte explosivamente en acción ántes de que otras emociones hayan entrado en juego; y cada una de estas de vez en cuando se encuentra lo mismo. Pero la estructura afectiva más compleja es aquella en la cual estas emociones más simples están de tal manera coordinadas, que no obran independientemente. Antes de que la existencia de cualquiera de ellas haya tenido tiempo de trasformarse en acto, alguna excitación ha sido comunicada á las otras—frecuentemente antagónicas—y la conducta se modifica con arreglo á los dictados combinados. De aquí resulta una disminución en la tendencia impulsiva y también mayor persistencia. La conducta seguida, dirigida por varias emociones que cooperan en grados que no las agotan, adquiere mayor continuidad; y mientras que la fuerza espasmódica se hace ménos conspicua, hay un aumento en la energía total.

Examinando los hechos bajo este punto de vista, hay diferentes preguntas de interés que hacer respecto á las diferentes razas de los hombres. (a) ¿Con qué otros caractéres, fuera del grado de evolución mental, se relaciona la tendencia impulsiva? Aparte de la diferencia en elevación del tipo, las razas del Nuevo Mundo parecen ser ménos impulsivas que las del Viejo. ¿Es debido esto á apatía constitucional? ¿Puede trazarse

una relacion (las demás cosas son iguales) entre la vivacidad física y el impulso mental? (b) ¿Qué afinidad hay entre este carácter y el estado social? Claramente una naturaleza muy explosiva, tal como la del Bushuman, es inadecuada para la union social, y comunmente la union social, cualquiera que sea el modo de estar establecida, enfrena la tendencia impulsiva. (c) ¿Qué papel respectivo desempeñan para contener la impulsión, los sentimientos que engendra el estado social, tales como el miedo de los que nos rodean, el instinto de sociabilidad, el deseo de acumular propiedades, los sentimientos simpáticos, el de justicia? Estos que requieren un círculo social para su desarrollo, envuelven todos la idea de consecuencia más ó ménos distante, y por lo tanto, implican resistencias á los ímpetus de las pasiones más simples. De aquí surgen las preguntas: ¿En qué orden, en qué grados y en qué combinaciones entran en juego?

Puede añadirse una investigacion general de naturaleza diferente. ¿Qué efecto se produce en la naturaleza mental por la mezcla de razas? Hay razon para creer que en todo el reino animal la union entre variedades que han llegado á diverger mucho es físicamente perjudicial, mientras que la union de las poco divergentes es físicamente beneficiosa. ¿Sucede lo mismo con la naturaleza mental? Algunos hechos parecen demostrar que la mezcla de razas humanas desemejantes en extremo produce un tipo mental sin valor, una inteligencia que no sirve ni para la clase de vida llevada por la más alta de las dos razas ni para la seguida por la más baja, una inteligencia fuera de ajuste para todas las condiciones de la vida. Por el contrario, encontramos que pueblos de la misma estirpe que se han diferenciado ligeramente por una clase de vida en circunstancias desemejantes durante muchas generaciones, producen por la mezcla un tipo mental que tiene ciertas superioridades. En su obra *Los hugonotes*, Mr. Smiles enseña cuán gran número de hombres distinguidos en Inglaterra han descendido de refugiados flamencos ó franceses, y Mr. Alphonse de Candolle en su *Historia de las ciencias y de los sábios desde hace dos siglos* demuestra que los descendientes de los refugiados franceses en Suiza han producido una pro-

porcion grandísima de hombres científicos. Aunque, en parte, pueda atribuirse este resultado á las naturalezas originales de tales refugiados, que debieron haber tenido precisamente la independencia, que es el factor principal de originalidad, sin embargo, es probable que sea debido en parte á la mezcla de razas. Para pensarlo así tenemos testimonio que no se presta á dos interpretaciones. El profesor Morley llama la atención al hecho de que durante ochocientos años de nuestra primera historia «los mejores génios de Inglaterra brotaron en la línea de país en que se reunieron los celtas y los anglo-sajones.» De igual modo, Mr. Galton en sus *Hombres de ciencia ingleses* demuestra que en dias recientes estos han venido principalmente de una region de tierra adentro, que corre generalmente de Norte á Sur, la cual podemos razonablemente presumir contiene más sangre mezclada que las regiones al Este y Oeste de ella. Tal resultado parece probable *a priori*. Puede creerse que dos naturalezas respectivamente adaptadas á condiciones sociales ligeramente diferentes, produzcan por su union una naturaleza algo más plástica que cualquiera de las dos, una naturaleza más impresionable para las nuevas circunstancias de la adelantada vida social, y por lo tanto más á propósito para originar nuevas ideas y desplegar sentimientos modificados. La psicología comparada del hombre puede, pues, propiamente incluir los efectos mentales de la mezcla, y como corolario podemos preguntar: ¿Hasta qué punto la conquista de una raza por otra ha sido instrumento de progreso en la civilizacion, por mezclas lo mismo que por otros medios?

II.

La segunda de las tres divisiones capitales hechas al empezar es ménos extensa. Todavía quedan cuestiones de mucha importancia concernientes á las naturalezas mentales relativas de los sexos en cada raza.

1. *Grado de diferencia entre los sexos.*—Es un hecho establecido que, físicamente considerado, el contraste entre varones y hembras no es igualmente grande en todos los tipos de

la humanidad. Las razas barbudas, por ejemplo, nos demuestran mayor semejanza entre los dos que las razas sin barba. Entre las tribus de la América del Sur, hombres y mujeres tienen mayor parecido general en forma, etc., que el ordinario en otras razas. La cuestión, pues, surge por sí misma. ¿Las naturalezas mentales de los sexos, difieren en un grado constante ó variable? La diferencia no es probable que sea constante; y buscando la variación, podemos preguntar: ¿cuánta es, y en qué condiciones ocurre?

2. *Diferencia en masa y en complejidad.*—Las comparaciones entre los sexos naturalmente admiten subdivisiones análogas á las hechas en las comparaciones entre las razas. Deben ser principalmente observadas la masa mental relativa y la complejidad mental relativa. Suponiendo que la gran desigualdad en el esfuerzo de la reproducción para los dos sexos es la causa de semejanza en masa mental como en masa física, puede estudiarse esta diferencia en conexión con diferencias reproductivas presentadas por varias razas con respecto á las edades en que comienza la reproducción y la duración del período reproductivo. Puede unirse á esta otra investigación, á saber: ¿hasta qué punto se afecta el desarrollo mental de los dos sexos por sus hábitos relativos con respecto al alimento y al trabajo físico? En muchas de las razas inferiores, las mujeres, tratadas con gran brutalidad, son físicamente muy inferiores á los hombres; ¿siendo aparentemente causas combinadas el exceso de trabajo y la falta de nutrición, se produce simultáneamente alguna detención del desarrollo mental?

3. *Variación de las diferencias.*—Si la semejanza física y mental de los sexos no es constante, entónces, suponiendo que todas las razas han salido de una casta original, se sigue que necesariamente debe haber habido transmisión de diferencias acumuladas á las del mismo sexo en la posteridad. Si, por ejemplo, el tipo prehistórico del hombre era barbilampiño, la producción de una variedad en barbas implica que dentro de esa variedad los varones continuaron transmitiendo una creciente suma de barba á los descendientes del mismo sexo. Esta limitación de herencia por sexo, que vemos en múltiples maneras en todo el reino animal, probablemente se apli-

ca á las estructuras cerebrales tanto como á otras estructuras. De aquí la pregunta: ¿No diverjen por caminos y en grados diferentes las naturalezas mentales de los sexos en tipos discordes del hombre?

4. *Causas de las diferencias.*—¿Hay alguna relacion que trazar entre esta diferencia variable y los cometidos variables que los sexos desempeñan en los asuntos de la vida? Suponiendo los efectos acumulados de hábito en funcion y estructura, y la limitacion de herencia por sexo, debe esperarse que si en una sociedad las actividades de un sexo, generacion tras generacion, difieren de las del otro, surgirán adaptaciones sêxuales de la inteligencia. Pueden citarse para aclaracion algunos ejemplos. Entre los africanos de Loango y otros distritos, como tambien entre algunas de las trîbus montaraces indias, los hombres y las mujeres contrastan extraordinariamente por ser respectivamente inertes y enérgicas; habiendo llegado á ser en apariencia tan natural la industria en las mujeres, que no es necesaria la violencia. Naturalmente, tales hechos sugieren una extensa sêrie de cuestiones. La limitacion de la herencia del sexo puede explicar esas diferencias sexuales de inteligencia que distinguen á hombres y mujeres en todas las razas, y las que los distinguen en cada raza ó en cada sociedad. Puede presentarse como interesante corolario: ¿hasta qué punto tales diferencias mentales son invertidas en los casos en que hay inversion de relaciones sociales y domésticas? como entre las tribus de las colinas de Khasi, cuyas mujeres ejercen el predominio hasta tal punto, que despiden á sus maridos de una manera bien expedita cuando no les gustan ó las desagradan.

5. *Aptitud para modificaciones mentales en los dos sexos.*—Paralelamente con las comparaciones de razas, con respecto á plasticidad mental, pueden ir las comparaciones de los sexos en cada raza. ¿Es verdad siempre, como generalmente aparece, que las mujeres son ménos modificables que los hombres?

Esta cualidad relativamente conservadora de las mujeres, su mayor apego á ideas y prácticas establecidas, es manifiesta en muchas sociedades civilizadas y semicivilizadas. ¿Suces-

de lo mismo entre las no civilizadas? Cita Dalton un curioso caso de mayor adhesión á la costumbre en las mujeres que en los hombres, ocurrido entre los Juangos, una de las tribus salvajes más inferiores de Bengala. Hasta poco ha el único traje de ámbos sexos era algo ménos que el que la leyenda hebrea da á Adán y Eva. Hace años fueron inducidos los hombres á usar una faja de lienzo al rededor de los riñones, en vez de un atado de hojas; pero las mujeres continúan con el hábito primitivo; espíritu conservador demostrado donde ménos podia esperarse.

6. *El sentimiento sexual.*—Resultados de valor pueden buscarse en las comparaciones de razas hechas para determinar las sumas y caractéres de los más elevados sentimientos á que dan nacimiento las relaciones de los sexos. Las variedades ínfimas de la humanidad están muy escasamente dotadas de estos sentimientos. Entre las variedades de más elevados tipos, tales como los Malayo-Polinesios, estos sentimientos aparecen considerablemente desarrollados; los Dyakos, por ejemplo, algunas veces los despliegan con gran fuerza. Hablando en general, parecen hacerse más fuertes con el adelanto en la civilización. Algunas preguntas pueden hacerse como derivaciones. (a) ¿Hasta qué punto depende el desarrollo del sentimiento sexual del adelantamiento intelectual y del crecimiento de poder imaginativo? (b) ¿Hasta qué punto está relacionado con el adelantamiento afectivo y especialmente con la evolución de aquellas emociones que se originan en la simpatía? ¿Cuáles son sus relaciones con la poliandria y la poligamia? (c) ¿No tiende hácia la monogamia y no está por esta engendrado? (d) ¿Qué afinidad tiene con el mantenimiento del lazo de familia, y la mejor educación de los hijos?

III.

En la tercera sección, á la cual pasamos ahora, entran los caractéres más especiales de diferentes razas.

1. *Imitación.*—Uno de los distintivos por los cuales nos muestran los tipos inferiores de hombres ménos separación

de las acciones reflejas que los superiores, es su fuerte tendencia á copiar los movimientos y sonidos hechos por otros, hábito casi involuntario que los viajeros difícilmente pueden corregir. Esta repetición impensada, que parece implicar que la idea de un acto observado no puede ser formada en la inteligencia del observador, sin tender en el acto á transformarse en el acto concebido (y cada acto ideal es una formación de la conciencia que acompaña á la realización de tal acto), se diferencia evidentemente muy poco de la automática; y hay que suponer que ha de disminuir cuando aumenta el poder sobre sí mismo. Este carácter de remedo automático está unido evidentemente á ese remedo menos automático que se muestra en la persistencia de costumbres. Porque las costumbres adoptadas por cada generación, desde la primera, sin pensamiento ni investigación, implican una tendencia á imitar que sobrepuja las tendencias críticas y escépticas; y por eso se mantienen hábitos para los que no podría darse razón alguna. La disminución de este remedo irracional, más fuerte en el ínfimo salvaje, y más débil en el más elevado de los civilizados, debería estudiarse al compás de los estados sucesivamente más elevados de vida social, por ser á la vez ayuda y embarazo para la civilización; ayuda en cuanto da esa firmeza á la organización social, sin la que no puede sobrevivir una sociedad; embarazo en cuanto ofrece resistencia á cambios de organización social que han llegado á ser apetecibles.

2. *Falta de curiosidad.*—Proyectando nuestras mismas naturalezas en las circunstancias del salvaje, nos maravillamos grandemente al ver por primera vez los productos y aplicaciones de la vida civilizada. Pero erramos al suponer que el salvaje tiene los sentimientos que en su lugar tendríamos nosotros. Es carácter notado en las razas inferiores, halladas en todas partes, la falta de curiosidad racional respecto á estas incomprensibles novedades; y las razas parcialmente civilizadas se distinguen de ellas porque manifiestan curiosidad racional. Debería ser estudiada la relación de este carácter con la naturaleza intelectual, con la naturaleza afectiva y con el estado social.

3. *Calidad de pensamiento.*—Bajo este vago epígrafe pueden ser colocadas varias clases de investigaciones, todas ellas extensas. (*a*) El grado de generalidad de las ideas; (*b*) el grado de abstracción de las ideas; (*c*) el grado de determinación de las ideas; (*d*) el grado de coherencia de las ideas; (*e*) la extensión con la que han sido desarrolladas nociones tales como *clase, causa, uniformidad, ley, verdad*. Muchos conceptos que han llegado á sernos tan familiares, que los suponemos propiedad común de todas las inteligencias, no los poseen los salvajes inferiores mejor que nuestros propios niños; y debería hacerse comparaciones de tipos para dilucidar los procesos mediante los cuales se han alcanzado dichos conceptos. El desarrollo en cada punto tiene que ser observado: (*a*) independientemente en sus grados sucesivos; (*b*) en conexión con los conceptos intelectuales cooperativos; (*c*) en conexión con el progreso del idioma, de las artes y de la organización social. Ya los fenómenos lingüísticos han sido usados en apoyo de tales investigaciones y debería hacerse uso más sistemático de ellos.

No solamente el número de palabras generales, y el número de palabras abstractas en el vocabulario de un pueblo deberían tomarse como testimonio, sino también sus *grados* de generalidad y abstracción; porque hay generalidades de primero, de segundo, de tercer orden, etc., y abstracciones que ascienden de modo semejante en grado. *Azul*, es una abstracción que se refiere á una clase de impresiones derivadas de objetos visibles; *color*, es una abstracción superior que se refiere á muchas de estas clases de impresiones de la vista; *propiedad*, es abstracción aun más elevada, supuesto que se refiere á clases de impresiones recibidas, no solamente por medio de los ojos, sino por otros órganos de sensación. Si las generalidades y las abstracciones fuesen ordenadas por su extensión y por sus grados, se obtendrían resultados que, aplicados á los vocabularios de los no civilizados, darían testimonio valiosísimo del estado intelectual alcanzado.

4. *Aptitudes peculiares.*—A las especialidades de la inteligencia que marcan diferentes grados de evolución, hay que añadir otras menores que se refieren á modos de vida; las cla-

ses y grados de facultad que se han organizado en adaptación á los hábitos diarios: la habilidad en el uso de armas, la facultad de rastrear, la pronta distincion de objetos individuales. Y bajo este epígrafe se puede propiamente colocar las investigaciones referentes á algunas peculiaridades de raza de clase estética, no explicables ahora. Al mismo tiempo que los restos de las cavernas de Dordogne nos dicen que sus habitantes, inferiores como debemos suponer que han sido, podian representar en dibujo y tallado con algún grado de fidelidad los animales, hay razas existentes, probablemente superiores en otros conceptos, que apenas parecen capaces de reconocer la reproduccion pictórica. Lo mismo sucede con la facultad musical, que siendo ninguna ó casi ninguna en algunas razas inferiores, la vemos en otras razas, no superiores, desarrollada hasta un grado inesperado: ejemplo los negros, algunos de los cuales son tan innatos músicos, que, segun me ha referido un misionero, los niños en las escuelas, cuando se les enseñan tonos de psalmos europeos, cantan espontáneamente acompañándolos. Es cuestion interesante la de si es dable descubrir causas para las peculiaridades de raza de esta naturaleza.

5. *Especialidades de la naturaleza afectiva.*—Estas son dignas de cuidadoso estudio, por estar íntimamente relacionadas con los fenómenos sociales, con la posibilidad del progreso social, y con la naturaleza de la estructura social. De las que principalmente deben notarse, son: (a) Cualidades gregales ó sociables, un rasgo en cuya fuerza difieren extraordinariamente las razas; algunas, como los Mantras, son casi indiferentes á las relaciones sociales; otras no pueden pasarse sin ellas. Evidentemente el grado del deseo de la presencia de otros semejantes, afecta grandemente la formacion de grupos sociales, y plantea por consiguiente el progreso social. (b) Intolerancia de freno. Hombres de algunos tipos inferiores, como los Mapuchés, son ingobernables; mientras que los de otros tipos no superiores en grado, no solamente se someten al freno, sino que admiran á las personas que lo ejercen. Estos caractéres contrastados deben ser observados en conexion con la evolucion social, y son antagónicos y favorables respectivamente á los primeros estados de estos. (c) El deseo de

elogio es un carácter que, comun á todas las razas, altas ó bajas, varia considerablemente en grado. Hay razas completamente inferiores, como algunas de las de los Estados del Pacífico, cuyos miembros sacrifican sin límites cuanto tienen para ganar el aplauso que produce una pródiga generosidad, mientras que en otras partes el aplauso es buscado con ménos ahinco: debería notarse la afinidad entre este amor de la aprobacion y los frenos sociales, desde que desempeña tan importante papel en estos. (d) La propension adquisitiva. Este tambien es un carácter, cuyos varios grados y cuyas relaciones con el estado social, deben ser especialmente observados. El deseo de la propiedad crece al mismo tiempo que la posibilidad de satisfacerlo; y esta, pequeña en extremo entre los hombres inferiores, aumenta cuando adelanta el desarrollo social. Con el progreso de la propiedad de la tribu, á la de la familia y á la del individuo, la nocion del derecho privado de posesiones se determina y el amor á las adquisiciones se fortalece. Cada paso hácia un estado social de órden, hace posibles mayores acumulaciones y los placeres asequibles por estas más seguros; mientras que el resultante estímulo para acumular conduce á aumento de capital y ulterior progreso. Esta accion y reaccion del sentimiento y el estado social deberian ser observadas en todo caso.

6. *Los sentimientos altruistas.*—Los últimos que se presentan y al mismo tiempo tambien los más elevados. La evolucion de ellos en el curso de la civilizacion nos demuestra muy claramente las influencias recíprocas de la unidad del conjunto social y del organismo social. Por una parte, no puede haber simpatía, ni ninguno de los sentimientos que la simpatía engendra, á ménos que haya séres análogos que nos rodeen. Por otra parte, el mantenimiento de la union con los semejantes depende en parte de la presencia de la simpatía y de las restricciones resultantes en la conducta. La sociabilidad favorece el crecimiento de la simpatía; la simpatía aumentada conduce á más estrecha sociabilidad y á un estado social más estable; y así, continuamente, cada incremento de la una hace posible un ulterior incremento del otro.

Pueden ser convenientemente arregladas en tres partes las

comparaciones de los sentimientos altruistas que resultan de la simpatía, tales como se exhiben en diferentes tipos de hombres y diferentes estados sociales: (a) Piedad, que debería observarse cuando se ejerce con la descendencia, con el enfermo y anciano y con los enemigos. (b) Generosidad (debidamente distinta del amor de la ostentación), cómo se manifiesta al dar, cómo se prueba en la renuncia de placeres en favor de otros, cómo se muestra por esfuerzos activos en beneficio de otros. Las manifestaciones de este sentimiento, también, deben ser notadas con respecto á su rango, si están limitadas á parientes, si se extienden solamente á los de la misma sociedad, si se extienden á los de otras sociedades, y deben también ser estudiadas en relación al grado de providencia, si resultan de repentinos impulsos obedecidos sin calcular el coste, ó si acompañan á una clara prevision del futuro sacrificio impuesto. (c) Justicia. Este, el más abstracto de los sentimientos altruistas, debe ser considerado bajo aspectos semejantes á los recién nombrados y bajo otros muchos aspectos: hasta qué punto se manifiesta para con las vidas de otros, hasta qué punto para con sus propiedades, hasta qué punto para con sus varios intereses de ménos monta. Y las comparaciones de los hombres con respecto á este, el más elevado de los sentimientos, deberían acompañarse más que todas las otras de observaciones sobre el estado social correspondiente que en gran parte determina, las formas y actos del Gobierno, el carácter de las leyes, las relaciones de clases.

Tales, manifestadas tan brevemente como es compatible con la claridad, son las principales divisiones y subdivisiones bajo las que puede ser distribuida la psicología comparada del hombre. Al recorrer rápidamente campo tan vasto, he dejado de considerar indudablemente mucho que debiera ser incluido. Sin duda también varias de las investigaciones apuntadas se ramificarán en otros corolarios bien dignos de ser estudiados. Aun tal como es, sin embargo, es bastante extenso el programa para ocupar á numerosos investigadores que pueden tomar divisiones separadas con ventaja.

Aunque después de ocuparse con artes y productos primi-

tivos, los antropólogos han dedicado su atención principalmente á los caracteres físicos de las razas humanas, es indispensable, á mi juicio, admitir que el estudio de estos cede en importancia al estudio de sus caracteres psíquicos. Las conclusiones generales á que la primera série de investigaciones puede conducir, no pueden afectar tanto nuestras opiniones respecto á las más elevadas clases de fenómenos, como pueden las conclusiones generales á que la segunda série puede conducir. Una verdadera teoría de la inteligencia humana nos interesa vitalmente; y las comparaciones sistemáticas de las inteligencias humanas que se diferencian en sus naturalezas y grados, nos ayudará á formar una verdadera teoría. El convencimiento de las relaciones recíprocas entre los caracteres de los hombres y los caracteres de las sociedades que ellos forman, debe necesariamente influir profundamente en nuestras ideas de organización política. Cuando se entienda la dependencia recíproca que existe entre la naturaleza individual y la constitución social, nuestros conceptos de los cambios que ahora se verifican y que se han de verificar de aquí en adelante, serán rectificadas. Una comprensión de desarrollo mental como proceso de adaptación á las condiciones sociales, que están continuamente obrando en la inteligencia, y en las que esta obra otra vez, conducirá á una saludable conciencia de más lejanos efectos producidos por las instituciones en el carácter y detendrán los graves errores que la legislación causa actualmente por ignorancia. Finalmente, una teoría exacta de la evolución mental como la presenta la humanidad en conjunto, que dé una clave como la daría á la evolución de la inteligencia humana, indispensablemente ayudará á racionalizar nuestros perversos métodos de educación, y con esto á levantar el poder intelectual y la naturaleza moral del hombre.

HERBERT SPENCER.

(*Mind.*)



EL CALOR INTERNO DE LA TIERRA.

En el núm. 4 del nuevo anuario de mineralogía (*Neues Jahrbuch für Mineralogie*) publica el profesor Mohr importantísimos datos sobre las causas del calor interno de la tierra. Después de presentar las diferentes objeciones que contra la teoría plutónica se hacen, expone los resultados obtenidos por la investigación termométrica en un pozo de 4.000 pies de profundidad, practicado en roca salina y á las inmediaciones de Berlin, en Speremberg.

Dice que si el interior de la tierra todavía se encuentra en un estado de fusión, al aumentar la profundidad de la perforación, como se aumenta también la proximidad al foco, debe ser necesario un espacio más corto para el correspondiente aumento de calor. Este se transmitiría al exterior por una serie de circunferencias que más pequeñas al comienzo, van sucesivamente haciéndose mayores. Suponiendo que la transmisión sea uniforme, la temperatura de las capas exteriores de la esfera debe disminuir en proporción al aumento de superficie; en otros términos, el aumento de calor por cada 100 pies será mayor según se vaya descendiendo más.

Los resultados termométricos en Speremberg son los que siguen:

| Por profundidad de | | | Aumento por 100 piés. |
|-----------------------|-----------|-------------|--------------------------|
| 700 piés. | | 15'654° R | |
| 900 » | | 17'849 » | 1'097 |
| 1.100 » | | 19'943 » | 1'047 |
| 1.300 » | | 21'939 » | 0'997 |
| 1.500 » | | 23'830 » | 0'946 |
| 1.700 » | | 25'623 » | 0'896 |
| 1.900 » | | 27'315 » | 0'846 |
| 2.100 » | | 28'906 » | 0'795 |
| 3.390 » | | 36'756 » | 0'608 |

La tercera columna es, pues, una série sistemática en disminución del órden primero que muestra una diferencia igual de $0'050$ ó $\frac{1^0}{20}$ R por cada 100 piés. Comprendiendo ahora el calor que pasando de los 700 piés existe y el que hay entre los 2.100 y 3.390, aplica el Profesor Mohr los principios ántes adquiridos á la evaluacion del aumento del calor por cada 100 piés de profundidad y presenta la tabla siguiente:

| Profundidad. | | | Aumento de calor por cada 100 piés. |
|-------------------|-----------|-----------|---|
| 100 á 200 piés. | | 1'35° R | |
| 200 á 300 » | | 1'30 » | |
| 300 á 400 » | | 1'25 » | |
| 400 á 500 » | | 1'20 » | |
| 500 á 600 » | | 1'15 » | |
| 600 á 700 » | | 1'10 » | |
| 700 á 900 » | | 1'097 » | |
| 900 á 1.100 » | | 1'047 » | |
| 1.100 á 1.300 » | | 0'997 » | |
| 1.300 á 1.500 » | | 0'946 » | |

| Profundidad. | Aumento de calor por cada 100 piés. |
|-----------------------------|---|
| 1.500 á 1.700 piés. | 0'896° R |
| 1.700 á 1.900 » | 0'846 » |
| 1.900 á 2.100 » | 0'795 » |
| 2.100 á 2.300 » | 0'745 » |
| 2.300 á 2.500 » | 0'695 » |
| 2.500 á 2.700 » | 0'645 » |
| 2.700 á 2.900 » | 0'595 » |
| 2.900 á 3.100 » | 0'545 » |
| 3.100 á 3.300 » | 0'495 » |
| 3.300 á 3.390 » | 0'445 » |

Siguiendo esta série, deduce Mohr que á una profundidad de 5.170 piés no experimentará ya aumento alguno, porque el término del aumento se alcanzará cuando la última proporción de 0'445° R sea absorbida por la deducción de 0'05° R, por lo tanto despues de $\frac{0'445}{0'05}$ ó 89 capas de 200 piés, y por consiguiente 1.780 piés más profundo que 3.390 piés. Y aunque el aumento del calor, añade, se efectuara únicamente á razon de $\frac{1^{\circ}}{100}$ R en lugar de $\frac{5^{\circ}}{100}$ R, se alcanzará la region de la temperatura constante á los 13.500 piés.

El profesor Mohr encuentra en estos resultados atenta y doctamente examinados, la más elocuente confirmacion de las objeciones que por otros caminos se habian dirigido anteriormente á la teoría plutónica. La causa del aumento del calor en el interior de la tierra se encuentra en los lechos superiores de la capa terrestre. La misma teoría de los volcanes debe adaptarse á los resultados que se han consignado ya y la fluidez de la lava no aparecerá como una parte de la incan-

descencia de la tierra, sino como una evolucion local del calor producido por los hundimientos que ocasiona siempre la accion del mar sobre las rocas. Se ha observado en efecto, y se puede observar muy fácilmente que los volcanes están situados en el mar ó en sus cercanías. La aglomeracion local de calor propia de los focos volcánicos contribuye de un modo muy eficaz y muy digno de tenerse en cuenta al calor interno de la tierra.

E. C.

LA NAVE.

¡Qué rápida la nave, va bogando
 Sobre el azul del mar!
 Un niño va en la proa contemplando
 Las costas que impaciente está anhelando
 Alegre atravesar.
 Y un anciano en la popa se desvela
 En medir la extension
 Que la nave, que el mar cortando vuela,
 Va atrás dejando, en plateada estela
 Que dibuja el timon.
 Siempre mirando el niño hácia adelante
 Ansioso de ver más.
 Con amarga sonrisa en el semblante
 El anciano con éxtasis constante
 Mirando siempre atrás.
 Una nave es tambien la vida humana
 Que en rápido correr
 Lleva á proa al que espera en el mañana
 Y á popa lleva la memoria anciana
 Que vive del ayer.

R. BLANCO ASENJO.

REVISTA CRÍTICA. (1)



Reanudados los trabajos del Ateneo y constituidas las nuevas mesas de las secciones, han continuado en estas los debates, tomando parte en ellos en primera línea los Sres. Magáz y Moreno Nieto, este último, sosteniendo la discusión con infatigable ardimiento en la sección de ciencias naturales y en la de morales y políticas.

En la sección de ciencias naturales se ha circunscrito el debate á la grave cuestión del origen de la vida orgánica, y muy especialmente al juicio de las doctrinas animistas, defendidas por el Sr. Moreno Nieto. Este incidente de la discusión se debe á la singular actitud adoptada por el ilustrado catedrático de la facultad de Medicina de Madrid, Sr. Magáz.

Pertenece el Sr. Magáz á cierta escuela médica muy conocida que, sin atreverse á profesar el materialismo, tampoco se decide á sostener abiertamente las doctrinas espiritualistas. Los que tal piensan combaten el animismo, juzgando innecesaria la intervención del alma para explicar los fenómenos de la vida orgánica, pero admiten la existencia de aquella, estimándola como sujeto activo de los fenómenos intelectuales. Es para ellos el alma un ser casi completamente ageno á la vida del cuerpo, distante de este, aunque unido con él, y que vive y funciona solitario en la apartada región del pensamiento. Si tal doctrina es una confesión sincera ó un homenaje de cortesía á la opinión espiritualista reinante, cosa es que no hemos de dilucidar aquí; pero lo cierto es que dualismo tan abstracto, sobre ser abiertamente contrario á la experien-

(1) Por un error involuntario dijimos en nuestra última REVISTA que el Sr. Lastres había fundado una colonia-modelo para jóvenes penados, debiendo decir un asilo correccional.

cia, no satisface á espiritualistas ni materialistas, ni puede agradar al espíritu humano, ávido de unidad y poco aficionado á estimar al hombre como suma incoherente de dos sustancias heterogéneas, unidas por fortuitos y débiles lazos.

Consecuente con estas doctrinas, rechazaba el Sr. Magáz toda intervencion del alma en las funciones de la vida (renovando en esto las opiniones de Descartes) y á la par refutaba que dichas funciones pudieran explicarse por causas físicas, declarando juntamente que la vida era en sí misma indescifrable misterio. No negaremos este último extremo; lo íntimo de la vida (su esencia como suele decirse) es, como la vida misma, considerada en abstracto, un *noumeno* incognoscible; pero aunque así sea, es indudable, contra lo que opina el Sr. Magáz, que si la accion del alma no explica los fenómenos vitales, fuerza será recurrir para ello á los agentes físicos. Podrá suceder que la explicacion no sea satisfactoria; pero no cabe duda de que esos fenómenos tienen su causa, y si esta no es psíquica habrá de ser física necesariamente.

Como es natural, las afirmaciones del Sr. Magáz habian de provocar las iras del Sr. Moreno Nieto, á quien no ha sido difícil mostrar las lagunas del discurso de aquel en una razonada y vigorosa réplica. Pero no contento con esto, ha querido el elocuente orador espiritualista librar batalla al positivismo en las dos secciones, y así lo ha hecho con éxito brillante en la parte oratoria, con deplorable resultado en cuanto al fondo de sus peroraciones.

La elocuencia es el ángel malo del Sr. Moreno Nieto. Si tan elocuente no fuera; si no acudieran con tal facilidad á sus lábios esos torrentes de sonoras palabras que tal fascinacion ejercen en el auditorio; si la inspiracion del poeta no ahogara en él la reflexion del científico; si su corazon impresionable y su fantasía ardiente no usurparan los derechos de su razon, el Sr. Moreno Nieto no seria tan gran orador, tan acabado artista, pero valdria más como hombre de ciencia y obtendria para sus doctrinas triunfos, si ménos ruidosos, más seguros. Por desgracia, el Sr. Moreno Nieto se guia únicamente por sus impresiones; acalórase y enardécese en el debate; da proporciones monstruosas á las doctrinas que combate; su fantasía desbordada le pinta gigantes donde hay molinos y ejércitos donde hay rebaños; lánzase airado contra el vano fantasma que su mente forja, lo hiere y desbarata, lo derriba rendido á sus plantas, y cuando el combate cesa y los aplausos concedidos al poeta más que al filósofo premian su ardimiento, el enemigo verdadero queda ileso y solo se retuerce en el polvo el soñado fantasma. Luchas contra sombras, estocadas en el vacío, victorias sobre lo que no existe; hé aquí lo que son los discursos del Sr. Moreno Nieto.

Harto lo demuestran los actuales debates. Háse empeñado el orador espiritualista en confundir al positivismo con el materialismo y en hacer de este último un retrato pavoroso que no concuerda con la realidad, y todos sus discursos se reducen á apasionados apóstrofes, recursos sentimentales, disertaciones místicas y ascéticas, y refutaciones de un materialismo que ningun positivista sério defiende. Cuatro *enfants terribles* del positivismo, como Buehner, Vogt, Moleschott y otros semejantes, constituyen para el Sr. Moreno Nieto las grandes autoridades de la escuela, y las exageraciones de estos escritores (antiguos materialistas no bien empapados todavía en los métodos positivistas) son para él las pruebas más fehacientes de los horrores de la nueva escuela, como si esta no tuviera más autorizados y sensatos representantes en Stuart Mill, Spencer, Bain, Lewes, Wundt, Tyndall, Helmholtz, Ribot y otros muchos que distan de los materialistas *pur sang* tanto cuanto dista un crítico de un dogmático.

No ha conseguido tampoco el Sr. Moreno Nieto hacerse cargo de lo que vale y significa el neo-kantismo, escuela conforme en el método y la dirección con el positivismo, pero separada de este en puntos esencialísimos. Para el Sr. Moreno Nieto los neo-kantianos son materialistas vergonzantes que profanan el nombre de Kant poniéndole al servicio de doctrinas monstruosas y repulsivas; pero no tiene en cuenta al decir esto que no hay en el positivismo *sério* nada repulsivo ni monstruoso, que ni él ni el neo-kantismo niegan ni ponen en peligro los altos ideales que defiende el Sr. Moreno Nieto, y que uno y otro se limitan á poner límites á la ciencia y á colocar fuera de ella (sin negarlo ni combatirlo) lo que está por cima de la razón humana.

Que bajo el disfraz positivista se oculten materialistas dogmáticos que pretendan hacer afirmaciones y formular negaciones incompatibles con los métodos del positivismo; que no falte quien, renegando de la metafísica, construya metafísicas fundadas en hipótesis no comprobadas y en inducciones con exceso atrevidas; que haya quien, negando sin razón sus derechos á la fé, pretenda fundar una fé nueva sobre principios desconsoladores y que distan mucho de ser evidentes, como ha hecho Strauss, cosas son que no hemos de negar al Sr. Moreno Nieto; pero que estos extravíos de algunos basten para juzgar de una doctrina cuyas conclusiones pugnan con semejantes dislates, es lo que no podemos conceder. Y sobre todo, que con esas direcciones se confunda la dirección neo-kantiana, en la cual nada se niega de lo que puede satisfacer al sentimiento moral y al sentimiento religioso, y nada se afirma que de materialismo pueda tacharse, es lo que tampoco nos parece permitido ni tolerable en quien se precie de tratar las cuestiones científicas con el deteni-

miento, la medida y la ausencia de pasión que requieren tales debates. Fácil es sin duda, crear un positivismo de capricho y un neo-kantismo de convención y arrojar sobre ellos un diluvio de elocuentes apóstrofes; fácil conmover al auditorio con arrebatos místicos y sentimentales; pero no lo es tanto desbaratar con ánimo sereno y lógica inflexible las conclusiones críticas de una doctrina á la cual no se oponen otra cosa que vacíos idealismos y poéticas declamaciones que huelgan de todo punto en la esfera de la ciencia.

Ha llamado la atención en estos debates el obstinado y pertinaz silencio que guardan los representantes de la escuela ultramontana. Cual si obedecieran á severa consigna, hánse negado á hablar en aquellos los Sres. Perier y Carballeda, resistiendo á todo género de excitaciones y alegando en favor de su resolución fútiles pretextos. A qué secretos móviles obedece esta conducta, cosa es que no tratamos de averiguar; pero conste que esa escuela, que tantas batallas ha reñido en el Ateneo cuando se ponía en tela de juicio la dominación de la Iglesia, ó cuando se veían en peligro los fundamentos de la propiedad, guarda silencio cuando se trata de saber si existen Dios y el alma. ¿Será acaso que para los ultramontanos importen ménos Dios y el alma que la dominación de la Iglesia y la propiedad de los bienes terrenos?

* * *

Tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de la publicación de un libro verdaderamente notable. Nos referimos á la bella colección de poesías del señor Campo-Arana, titulada *Impresiones*. Es el Sr. Campo-Arana un verdadero poeta, lleno de inspiración y sentimiento, que no se confunde con el vulgo de versificadores que entre nosotros abundan. Eminentemente subjetivo, hijo legítimo de su siglo, impregnado en las ideas propias de la época refleja el señor Campo-Arana en sus versos, no sólo las múltiples impresiones de su alma, sino la variedad confusa de ideas y sentimientos contradictorios que hoy se libran batalla en el seno de las conciencias. Nada de convencional ni artificioso hay en esas páginas, no siempre correctas, pero siempre espontáneas y verdaderas, en que el Sr. Campo-Arana vierte la amargura de su alma, y canta en variado estilo, ya las dudas que asaltan á su inteligencia, ora las esperanzas que iluminan su mente, los desengaños que le atormentan, las decepciones que le abaten ó las escasas ilusiones que le restan aún. El fondo de amargura y de tristeza, que es patrimonio de los hijos del siglo, es también el

fondo de estas poesías profundamente humanas y verdaderas; y así como en la conciencia contemporánea se mezclan con las sombras de la duda los trémulos albores de una fé, apenas percibida, así tambien en las inspiradas páginas de este libro, se retratan análogos sentimientos. Quizá pudiera exigirse al señor Campo-Arana mayor esmero y correccion en la forma de sus composiciones; pero tales descuidos débense por ventura á la espontaneidad de su inspiracion más que á otra cosa. De todas maneras, las *Impresiones* son la revelacion de un poeta de alientos no vulgares, fecundo en promesas, y que ocupará distinguido puesto entre los vates españoles.

Y vea el discreto prologuista del libro del Sr. Campo-Arana, cómo no siempre los críticos *biliosos* son tan temibles que sólo por fuerza haya que someterse á su juicio. Verdad es que cuando la bÍlis sirve para azotar lo malo, pero no impide ensalzar lo bueno, el calificativo de bilioso puede ser sinónimo de justo.

* * *

Escasa ha sido en novedades teatrales la última quincena. El acontecimiento más importante que en ella ha habido, ha sido la representacion de *El Mágico prodigioso*, de Calderon de la Barca, puesto en escena en el teatro del Circo. El escogido público que acudió á esta solemnidad literaria premió con sus aplausos el talento de Elisa Boldun, la más eminente de nuestras actrices, hábilmente secundada por Rafael Calvo; pero no otorgó á la obra inmortal de Calderon el éxito entusiasta á que tenia derecho. Podrá explicarse esto por el escaso movimiento dramático de la obra; pero á nuestro juicio lo cierto es que el público de hoy no se halla en aptitud de saborear las bellezas de la grandiosa concepcion calderoniana. Acostumbrado á buscar en el teatro sensaciones más que sentimientos, no muy dispuesto á penetrar en las profundidades de la teología cristiana, el público actual no alcanza á comprender las singuiars bellezas del *Mágico*, ni á desentrañar los levantados pensamientos que en él se encierran. Hace tiempo que observamos con dolor en nuestro público una instintiva repulsion á todo lo que en el teatro le invite á pensar y un apego desmedido á todo lo que ponga en actividad sus facultades y pasiones más inferiores. Y es digno de notarse tambien que, preciándose este público de religioso y de católico, muestra singular desvío á esas altas concepciones teológicas que causaban las delicias de nuestros mayores y que hoy son apenas

comprendidas. Las manifestaciones austeras y profundas del ideal y del sentimiento religiosos apenas tienen eco en la conciencia moderna; en cambio alcanzan aplauso la devoción fácil, el histérico misticismo y la servil superstición. Píntese en un drama la devoción afeminada, intercálense en él oraciones vulgares y el éxito será seguro; llévense á la escena profundos conceptos teológicos, austeras enseñanzas morales, viriles rasgos de piedad acendrada y el público no comprenderá ese lenguaje. Hay verdadero anhelo por buscar en el cristianismo aspectos risueños y un tanto paganos, y menospréciase el fondo austero y algo sombrío de sus concepciones, repugna ó excita mofa la concepción grandiosa de Satán; pone espanto en el ánimo la devoción severa de nuestros grandes místicos y la teología profunda de nuestros grandes dramáticos; y á todo ello se prefieren afeminados sentimientos y detalles de devoción menuda. No es esta ocasión de señalar las causas de tal fenómeno; pero séanos permitido deplorar que esta sociedad, que por tan católica se tiene, no se sienta con fuerzas para profesar aquella grandiosa y severa religion que inspiraba á Fray Luis de Leon y á Calderon de la Barca, no sepa saborear las grandezas de *El Mágico prodigioso*, *El condenado por desconfiado* ó *el Anticristo*, y en vez de buscar aliento para su fé en *La guía de Pecadores*, *Los nombres de Cristo* ó *La Introduccion á la vida devota* los busque en los productos mal sanos de un misticismo histérico, mundano y *recoco* que nada tiene de comun con las concepciones austeras de la religion fundada en el Calvario.

Fuera de la representacion del *Mágico*, los teatros no han ofrecido otra novedad que una comedia del Sr. Marco, titulada *Figuras de cera*, puesta en escena en el nuevo coliseo de la calle del Príncipe. Pertenece esa obra á un género especial, muy cultivado entre nosotros, y que es la expresion artística de lo que se pudiera llamar *moral casera*. Mostrar que la mujer casada debe ser señora de su casa, hacendosa, trabajadora y económica, sin dejar por eso de poseer cierto brillo y cierta idealidad en su vida, es el objeto nada nuevo de esta obra. Una accion vulgar y poco entretenida y una série de personajes caricaturescos son los medios que para ello pone en juego el Sr. Marco, sin lograr excitar el interés ni el aplauso de los espectadores. La facilidad y gracejo de la versificacion atenúan, pero no disculpan por completo la escasa importancia y los defectos gravísimos de esta obra.

Y ya que de teatros nos ocupamos, debemos desvanecer una errónea interpretacion á que dió márgen una frase de nuestra última REVISTA. Al indicar en ella la conveniencia de que el Gobierno adoptara medidas para salvar á la escena española de una ruina inminente, á nuestro juicio, hablamos de cercenar los privilegios de que la ópera disfruta. No ha faltado quien ha interpre-

tado estas palabras en el sentido de que pedíamos la supresión de la subvención que se paga al régio coliseo, y como no era esta nuestra intención, nos apresuramos á rectificar semejante aserto. Nosotros queremos que la subvención de que se trata no sea privilegio de la ópera, sino que se haga extensiva al teatro nacional, y á esto nos referíamos, como también á ciertas medidas de detalle que pudieran adoptarse para disminuir los efectos de la competencia terrible que hace la ópera á los teatros de verso. Sobre este y otros extremos hemos hablado largamente en un trabajo especial que hemos dedicado á asunto tan importante en nuestro colega *El Globo*; allí podrán ver nuestros lectores lo que pensamos, y comprenderán cuán distante está de nuestro ánimo la violenta medida á que se referían los que se han escandalizado de nuestras frases.

* * *

Terminada esta revista, llega á nuestras manos el último número de la *Revista Europea*, que contiene un artículo titulado *La política antigua y la política nueva*, firmado por un Sr. D. J. C., y en el cual, con motivo de nuestro juicio acerca de los *Estudios jurídicos y políticos*, del Sr. Giner, nos dirige su anónimo autor cargos tan graves é infundados que no podemos pasarlos en silencio.

Si nuestros lectores recuerdan el juicio que del libro del Sr. Giner hicimos en el primer número de esta REVISTA, observarán con cuánta mesura y respeto procedimos, y cuán inmotivado es por tanto el exabrupto del Sr. J. C., que sin duda será alguno de esos krausistas *convaincus* que no toleran siquiera la más pequeña censura contra los jefes de la secta. No de otra suerte se explica que á un juicio crítico tan mesurado y cortés como el nuestro se conteste lanzándonos con injustificable ligereza la grave acusación de que no hemos leído siquiera el libro que hemos juzgado, porque dijimos que "en la organización de los poderes del Estado descubre el autor aquella vaga nebulosidad en que gusta envolverse la escuela krausista", á lo cual contesta el Sr. J. C.: "Con decir que el autor no se ocupa ni poco ni mucho de la organización de los poderes, pues tal no era su propósito, se habrá dicho más de lo necesario para acreditar la solidez de los juicios que el crítico de la REVISTA formula acerca del libro del Sr. Giner."

Aparte de las indicaciones esparcidas en varios pasajes de la obra del señor

Giner acerca de organizacion de poderes del Estado, la cuestion está tratada con especialidad en el estudio de Ahrens sobre el *Estado de la ciencia política*, traducido por el Sr. Giner, trabajo que va incluido en el libro y con el cual suponemos estará de todo en todo conforme el traductor. Igualmente en los *Apuntes para un plan de elementos de Política general* con que finaliza el volumen, se indica, aunque sumariamente, la organizacion de los poderes, sin que falte en ellos aquel célebre *poder armónico* que tanta fama ha dado á los políticos krausistas.

Incrépanos tambien el Sr. J. C. porque hemos dicho que no se hallaban en el libro del Sr. Giner afirmaciones concretas y terminantes. Cuando el señor J. C. nos diga qué sistema político se desprende de las enseñanzas de ese libro, cuando nos diga en términos precisos y concluyentes en qué escuela y partido puede filiarse al Sr. Giner, nos confesaremos reos de ese delito. Por nuestra parte insistimos en que en el libro del Sr. Giner no hay definido un sistema claro, preciso y viable de Gobierno, sino una série de críticas de todas las escuelas, seguidas de esas vagas síntesis armónicas en que el krausismo tanto se complace y que tan difícilmente se concretan en fórmulas positivas.

Por último, el Sr. J. C. se enfada con nosotros porque no hemos reconocido la utilidad que para los políticos prácticos pueda tener el libro del señor Giner, y nos endereza una tremenda filípica con tal motivo. En este punto seremos muy parcos por razones fáciles de comprender; pero sí diremos que de un libro en que no se formula un sistema de Gobierno y en el cual se concentran todos los idealismos y todos los armonismos utópicos de la escuela krausista, no creemos que puedan reportar gran provecho los políticos, al ménos los que entienden que la política es una ciencia positiva en que el *a priori* sirve de poco ó nada y en que el estudio de las condiciones de espacio, tiempo, raza, etc., en que se han de aplicar las instituciones importa algo más que el de vagos principios abstractos deducidos de una metafísica nebulosa é idealista que llevada á la vida no da otro fruto (como la experiencia muestra) que lastimosas séries de deplorables equivocaciones.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 30 de Enero de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

15 DICIEMBRE 1875.

| | | |
|-------|--|-----|
| I. | De Guardia.—Novela alemana.— <i>Berthold Auerbach</i> | 1 |
| II. | La cortina.—Imitacion de Goethe.— <i>E. Lopez Iriarte</i> | 17 |
| III. | Aspecto histórico de los milagros.— <i>James Gairdner</i> | 18 |
| IV. | Lucrecia Borgia rehabilitada.—Un libro de <i>Gregorovius</i> | 30 |
| V. | La música dramática.— <i>Edward Danreuther</i> | 57 |
| VI. | Teoría de la sensibilidad.— <i>M. J. Delbœuf</i> | 67 |
| VII. | Vida de Kant.— <i>Kuno Fischer</i> | 98 |
| VIII. | Las lágrimas.—Original de Bauernfeld.—Traduccion de <i>A. Charro-Hidalgo</i> | 120 |
| IX. | El pino del Norte.—Original de E. Heine.—Traduccion de <i>E. Lopez Iriarte</i> | 120 |
| X. | Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> | 121 |

30 DICIEMBRE 1875.

| | | |
|-------|---|-----|
| I. | El corazon frio.—Cuento aleman por <i>W. Hauff</i> | 129 |
| II. | Octavio Feuillet y sus novelas.— <i>Charles Bigot</i> | 153 |
| III. | ¡Qué risa!—Poesía.— <i>M. de la Revilla</i> | 171 |
| IV. | Bases físicas y fisiológicas de la armonía.—Teorías de Helmholtz y Tyndall. | 172 |
| V. | Mi pálido rostro. Heine.—Traduccion.— <i>E. Lopez Iriarte</i> | 194 |
| VI. | El realismo Razonado.—Ultima faz de la filosofía positivista.— <i>J. Scot Henderson</i> | 195 |
| VII. | La perla de la vida.—Imitacion de Dorer-Egloss.— <i>A. Charro-Hidalgo</i> | 218 |
| VIII. | Goethe y Schiller.— <i>George Henry Lewes</i> | 219 |
| IX. | Vida de Kant.— <i>Kuno Fischer</i> | 233 |
| X. | Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> | 242 |
| XI. | Crónica de la literatura inglesa y norteamericana.—I. Teología.—II. Filosofía.—III. Historia.—IV. Ciencias.—V. Literatura vária.— <i>Rafael Montoro</i> | 249 |

15 ENERO 1876.

| | | |
|-------|---|-----|
| I. | El corazon frio.—Conclusion.— <i>W. Hauff</i> | 261 |
| II. | El Papa y la Carta Magna.— <i>El Cardenal Manning</i> | 284 |
| III. | Guillermo Bilderdyck, poeta holandés.— <i>A. Schwartz</i> | 311 |
| IV. | A la muerte de un poeta.—Poesía.— <i>A. Charro-Hidalgo</i> | 328 |
| V. | La educacion nacional como un deber de la nacion.— <i>F. Max Müller</i> | 329 |
| VI. | De la conservacion de la energía en el mundo material.— <i>J. Echegaray</i> | 342 |
| VII. | El arroyo.—Cancion sueca.— <i>Manuel del Palacio</i> | 357 |
| VIII. | Haeckel juzgado por Hartmann.— <i>José del Perrojo</i> | 358 |
| IX. | Vida de Kant.—Conclusion.— <i>Kuno Fischer</i> | 370 |
| X. | Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> | 383 |

30 ENERO 1876.

| | | |
|-------|--|-----|
| I. | La bordadora de Treviso.—Novela.— <i>Paul Heyse</i> | 389 |
| II. | La música.—Poema en un canto.— <i>R. de Campoamor</i> | 418 |
| III. | El cuakerismo. | 426 |
| IV. | Una defensa de María Tudor.— <i>Rafael Montoro</i> | 448 |
| V. | El mágico prodigioso de Calderon.— <i>E. Godinez</i> | 471 |
| VI. | La física en la filosofía.— <i>Mauricio Schiff</i> | 480 |
| VII. | Psicología comparada del hombre.— <i>Herbert Spencer</i> | 500 |
| VIII. | El calor interno de la tierra.— <i>Profesor Mohr</i> | 519 |
| IX. | La nave.—Poesía.— <i>R. Blanco Asenjo</i> | 522 |
| X. | Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> | 523 |

FIN DEL TOMO PRIMERO.